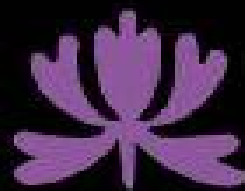




LOS
Caprichos
MILLONARIO
DEL



MELISSA HALL

LOS
Caprichos
MILLONARIO DEL

LOS
Caprichos
MILLONARIO DEL

MELISSA HALL

No se puede decir adiós a la persona
que le da sentido a tu vida, incluso
sabiendo que era otro ángel imperfecto.

© Melissa Hall, 2020

© Ediciones M e l, s.l., 2020

Primera edición: enero de 2020

«Esta novela es una obra de ficción. Cualquier alusión a hechos históricos, personas o lugares reales es ficticia. Nombres, personajes, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación de la autora y cualquier parecido con episodios, lugares o personas vivas o muertas es mera coincidencia.»

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Capítulo 1

Aleksander Bogdánov

No fui capaz de terminarme la taza de café que me sirvió la señora Harris. Cuando llegué a mi despacho, inmediatamente me vi obligado a cerrar la puerta para tener algo de intimidad. Lo que sostuve entre mis dedos pasó a estar en algún rincón del suelo de la oficina, y dos minutos más tarde, mi corbata abandonó mi cuello. Unos dedos traviosos se encargaron de empujarme hasta mi escritorio. Dejé mi cuerpo caer hacia atrás, hasta que la mujer encontró la manera de acomodarse sobre mí mientras que su trasero golpeaba mi entrepierna. Ella gimió sin importarle que mi secretaria pudiera escucharnos.

Agrandé los ojos en el momento en el que ella echó hacia atrás su brazo derecho y encontró una forma de meter su mano en el interior de mis pantalones. Una vez que sus uñas arañaron la tela del bóxer, me vi obligado a doblar la lengua y mordérmela para no soltar un gruñido; me estaba agarrando las pelotas hasta retorcerlas en un intento de ser una dominatrix.

—Bonita, eso no me va —le recordé.

Ella dejó caer su cabello rubio por encima de sus pechos mientras que saltaba encima de mi abdomen. No dijo nada. Así todo era más fácil. Venía de vez en cuando a la oficina, me calentaba unos 5 minutos y me dejaba follarla hasta que me cansara. Ella no me conocía, y yo a ella tampoco. Simplemente pasó. Nos encontramos una mañana, cinco meses atrás, y desde entonces, todos nuestros encuentros habían sido sexuales. Las primeras semanas fueron divertidas, después, con el paso del tiempo me aburría: no sabía si era por qué siempre hacíamos lo mismo, o es que era la misma mujer de siempre.

—¿Vas a metérmela? —reclamó furiosa.

Arrastré sus piernas hacia delante hasta que mi miembro quedó más cerca de la tela de su tanga. La mini falda que había elegido no iba a ser un obstáculo entre nosotros dos. Dejé que sus labios jugaran por mi cuello, y cuando intentó alcanzar mi boca, me separé. Antes de que gruñera me dispuse a penetrarla hasta que nos interrumpieron.

No llamaron a la puerta. Ni siquiera la señora Harris me avisó por teléfono de que había alguien esperándome.

—¡Joder, hermano! ¿En serio? Son las 8 de la mañana —dijo Charlie, cerrando la puerta. Se acomodó en uno de los sillones más cercanos al mueble bar. Se sirvió una copa y observó a la mujer rubia que se bajaba de la mesa y me miraba enfurecida. —Por mí no os cortéis. Echar uno rápido. Yo me serviré una copa.

La miré a ella, esperando una respuesta.

—¡Ni hablar! —me golpeó en el pecho, cogió su bolso y se marchó del despacho dejándome terriblemente caliente.

—¿Quién te la ha puesto dura? ¿Ella o yo? —preguntó, soltando una fuerte carcajada.

Recogí la corbata del suelo y me la puse inmediatamente antes de que entrara la señora Harris. Mi secretaria era una mujer de 60 años que servía a la empresa de mi abuelo desde que era una adolescente. Mi padre, por miedo a que contratara a alguna de las mujeres que pasaban por mi cama, me dejó con ella para tenerme vigilado. Así podía estar tranquilo que no me gastaba su dinero en prostitutas.

—Me he aburrido de ella.

Charlie se levantó del asiento que ocupó unos segundos.

—¿Y por qué sigue viniendo?

—No se lo he dicho —me dejaba llevar, y ni siquiera era capaz de decirle que ese juego nuestro se había acabado.

—Ya tenemos planes para esta noche —me dio unos golpes en la espalda, y cuando se dio cuenta que me molestó, siguió golpeándome hasta que lo detuve. —Iremos al club. Llevamos años sin ir. A lo mejor hay algo interesante para los dos.

Sacudí la cabeza, negándome a ir al club donde por poco termino en prisión.

—¡Alek! Por favor, hermano —Charlie no dejaba de insistir. —Tú no tienes la culpa de que esa chica se quitara la vida. Eso pasó hace dos años. No tienes ni la entrada prohibida.

No quería hablar de ese tema, así que cogí la taza y me bebí el café de un solo sorbo.

—Mañana tengo visita. Mi padre viene a verme.

—¡Qué le jodan! Vamos a ir a divertirnos esta noche, y no pienso aceptar un no por respuesta —me ignoró por completo. Dio unos pasos hasta el mueble bar, dejó la copa de brandy y se dirigió hasta la puerta. —Por cierto, yo de ti intentaría bajar el calentón.

Miré mi entrepierna; seguía dura y caliente.

—Cabrón —fue lo único que dije en aquel momento antes de encerrarme en el baño.

No estaba seguro de lo que iba a pasar esa noche, pero sí podía asegurar que no lo pasaría muy bien con todos los malos recuerdos que tenía de aquel lugar. Una chica falleció, y yo acabé marcado por la tragedia. Por suerte, como bien había dicho mi amigo Charlie, yo no fui culpable. Era una cría de 18 años que hizo una locura porque seguramente estaba sola.

Sacudí la cabeza e intenté olvidar su rostro.

Al menos ya no estaba tan caliente como antes.

Peyton Raksy

Me cubrí con un abrigo antes de desaparecer del apartamento. Minutos antes, me despedí de mi madre que seguía durmiendo sobre el sofá. Sentí pena al abandonarla aquella noche después de haber estado a su lado durante los dos peores años de nuestras vidas.

Bajé los escalones del edificio mientras que tecleaba el teléfono móvil de mi amiga Gwen.

—¿Estás segura de querer hacerlo? —me preguntó.

—Sí. Quiero conocer a Aleksander Bogdánov —gruñí su nombre. —Voy a matar a ese hijo de puta al igual que él le arrebató la vida a mi hermana.

Gwen se calló durante un largo minuto. Estaba siendo cómplice del delito que cometería muy pronto.

—Tiene que ser lejos del club. Peyton, tienes que dejar que él confíe en ti para que confiese lo que le hizo a Ruby. Entonces... —tragó saliva.

— ...entonces podré vengarla —finalicé.

Sería capaz de todo.

Primero llamaría su atención, después lo seduciría, y cuando estuviera enamorado de mí, le arrebataría el último aliento.

Capítulo 2

—Un Martini seco —pedí. Al darme cuenta que el barman no me hizo caso, intenté alzar la voz, pero me detuve. El hombre, en vez de servir copas a sus clientes, curioseaba todo lo que le rodeaba. Y no podía culparlo. Cuando conseguí adentrarme en el interior del club, me pasó lo mismo. Quedé asombrada ante la naturalidad de los miembros para practicar sexo en público. Pero tenía que quitarme todos esos miedos. Si quería llamar la atención de Bogdánov acabaría igual que los demás; desnuda en una esquina y complaciendo a un asesino.

Salí de mis pensamientos cuando el hombre se dignó a servirme el cóctel. Se acomodó delante de mí con una sonrisa traviesa. Sabía perfectamente lo que estaba pasando por su cabeza: una joven millonaria que quería acabar en los brazos de cualquier hombre que se cruzara en su camino. Y estaba equivocado. No buscaba a cualquiera.

—¿Sucede algo? —pregunté, cuando sus penetrantes ojos llegaron a ponerme nerviosa.

Sus mejillas se tiñeron de un color rosado y bajó inmediatamente la cabeza como un perro sumiso. Sostuvo entre sus manos un trapo de cocina e intentó disculparse conmigo. Pero las palabras se atragantaron en su garganta. Cogió aire y se dirigió a mí con algo más de educación.

—Lo siento muchísimo, señorita —se olvidó de mantener el contacto visual. —Soy nuevo. No estoy acostumbrado a este ambiente.

Los jadeos se escuchaban por encima de la música clásica que sonaba de fondo.

—Es un ambiente normal —dije, intentando ser natural. —Salvo por el *dogging*.

Se le escapó una carcajada.

—No sabía que tenía nombre.

—Lo tiene —sonreí. —El *dogging* suele practicarse en parques, baños públicos o en carreteras. Los ricos, buscan lugares como este club para practicarlo.

—¿Y usted? —preguntó descaradamente.

En aquel momento sentí como me ardía el cuerpo al sentir vergüenza ajena por lo que estaba a punto de hacer. Jamás imaginé que acabaría en un lugar como en el que me estaba tomando una copa tranquilamente mientras que hablaba con el camarero de lo que podía hacer en cuestión de minutos. Solo busqué un motivo para quedarme; Ruby.

—¿Qué le parece? Estoy aquí, ¿no?

Cogí mi Martini seco y me alejé del joven curioso. Sabía que me seguía con la mirada, por

ese motivo intenté esconderme entre los demás. Mantuve la cabeza bien alta para no ser consciente de lo que estaban haciendo las personas que me rodeaban, pero no lo conseguí. Acabé participando como una *voyeurista* en una orgía de niños de papá.

—No recordaba lo excitante que era mirar a los demás —susurró un hombre, que quedó detrás de mí. Me giré con cuidado. Y ahí estaba, Aleksander Bogdánov. —¿Estás de acuerdo?

Sabía que escogí el vestido indicado cuando su mirada me desnudó aquella noche. Me observó detalladamente, y antes de perderse en mi mirada, se detuvo en el escote de la fina tela que me cubría.

—Muy excitante —susurré sus palabras.

Al parecer le complació.

—¿Por qué estás sola, preciosa? —preguntó, apartando el cabello oscuro que me caía sobre los hombros. Tocó mi piel y ni siquiera fui capaz de apartarlo de mi lado. No, porque entonces todos sospecharían de mí. Estaba allí para dejarme tocar por cualquier persona. Era una de las reglas si cruzaba las puertas del club. —Tienes unos labios muy bonitos. Hacen un dulce corazón cuando los aprietas.

Tenía que sonreír antes de que notara que no estaba a gusto a su lado.

Acercó lentamente su rostro, y sentí sus labios recorriendo mi mejilla para bajar lentamente hasta mis labios. Necesitaba apartarlo y a la vez mantenerlo dentro de mi boca. Me mordisqueé el labio inferior de ira, y subí mis manos por su espalda hasta detenerlas detrás de su cuello.

Cuando terminó de besarme, y de jugar con mi lengua, se apartó para examinarme una vez más de arriba a abajo.

—Puedo ser tuya esta noche si quieres.

«Llévame contigo» pensé.

El corazón se me disparó. Estaba nerviosa y no podía temblar delante de Aleksander.

—Desde que te he visto sabía que eras mía —vaciló con orgullo. —Cariño, pienso tenerte toda la noche ocupada. Tendrás tu boca y tu coño lleno. Y si te portas mal, te castigaré.

Reí.

—Soy como una gatita, cielo —le susurré en el oído e incluso la ira me acompañó cuando mis uñas se arrastraron por su piel hasta marcarla. —Siempre termino arañando.

Aleksander se alejó por primera vez de mí en esa noche.

«¡Idiota! Lo he jodido todo.»

Capítulo 3

Aleksander Bogdánov

Me quedé callado en el momento que la mujer de cabello oscuro decidió desaparecer del club. Era preciosa; tenía unas curvas de escándalo y había conseguido sorprenderme con un par de frases. Esa noche decidí pasar por allí con la única intención de liberarme sexualmente y después ahogarme en una copa de whisky escocés antes de volver a mi apartamento. La quería a ella. Y ella a mí. ¿Cuál fue el problema? No lo sabía. Deseé probar su boca una y otra vez, y perderme entre sus piernas antes de que los jadeos escaparan de sus labios. Y allí me quedé, solo. No quise seguir buscando. Esa noche elegí a esa desconocida. Ninguna más llamaría mi atención.

Pedí que me sirvieran del licor más caro, y me entretuve mirando a las parejas que disfrutaban del sexo con libertad. Sentí envidia. Me acomodé en uno de los sillones, y antes de adentrar mi mano en el interior de los pantalones, la detuve cuando visualicé a Charlie al fondo de la sala aproximarse. Cuando ocupó el asiento continuo me di cuenta que estaba a punto de perder la poca privacidad que había conseguido.

—Venimos a un club a follar y tú terminas pelándote la polla. Muy bien, hermano —aplaudí, llamando la atención de los voyeurs que se habían centrado alrededor de una pareja que practicaba el sexo oral. —He encontrado dos gemelas que están dispuestas a una orgía. ¿Las invito?

Antes de que alzara la mano para llamar la atención de dos mujeres pelirrojas, lo detuve. En verdad, si no conseguía a la morena de ojos verdosos, volvería a casa y me prepararía mentalmente de la reunión que tendría con mi padre; ese viejo de cabello canoso que seguía controlándome a mis veintinueve años. Últimamente se le había metido en la cabeza la estúpida idea de tener accionistas en el negocio que yo controlaba. Cuando mi hermana mayor se casó, ella decidió pasar de los coches de alta gama. Le di las gracias a Rebecca, pero me lamenté de tener a mis espaldas a nuestro padre. Él seguía pensando que yo era un desastre, y cuando empezó a desaparecer dinero de la empresa, conseguí que no se fiara de mí. Estaba tocado y hundido.

—Me tomaré una copa más y me iré.

—¡Alek!

Charlie me odió en ese momento. Estuvo toda la mañana convenciéndome para después terminar marchándome.

—Será mejor que nos marchemos los dos —le propuse.

—¿Vas a metérmela tú por el culo? —rio.

Dejé la copa en la mesa y miré esos enormes ojos azules que empezaban a pestañear por la cantidad de alcohol que habían ingerido en tan solo diez minutos. Estaba borracho. ¿Qué cojones se había tomado? Empezó a reír solo y buscó a sus amigas de esa noche. No se lo impedí. Era mayor. Podía hacer lo que quisiera. Estábamos acostumbrados.

—Estás muy borracho —lo sacudí por el hombro. —Llamaré a tu chofer para que te lleve a casa después de la fiesta.

—Gracias —estiró los labios. —Por eso eres como mi hermano.

—Muy bien, Charlie —reí, era divertida aquella escena. —¿Me harás un favor? No olvides mañana venir a la oficina. Necesitaré a alguien de confianza antes de que mi padre se presente con los nuevos accionistas. Te lo agradeceré.

—Meter, follar y comer —empezó a hablar solo. —¡Sí, Alek! Meter, follar y beber —rio. — Iré, te lo prometo.

—Solo —le recordé. —No quiero a nadie más.

Siguió a lo suyo.

Así que me dirigí a la barra a terminarme la copa antes de que el chofer viniera a por mí y me dejara en el bloque de apartamentos donde vivía. Para mí empezó bien la noche, conociendo a una mujer preciosa que estaba dispuesta a venir conmigo, y acabó siendo una noche solitaria y con la mano aferrándose en mi miembro mientras que terminaba la última gota de whisky.

Peyton Raksy

Estaba muy nerviosa; temblando delante de las oficinas *Lux Bogdánov*. Mi plan cambió. Antes de plantarme en el club, invertí una gran cantidad de dinero -que le ingresaron en la cuenta bancaria a mi hermana antes de morir- a una de las empresas de coches de alta gama, de la cual Aleksander Bogdánov era dueño y yo formaría parte del grupo socio accionista. Estaba dispuesta a verlo cada día hasta conseguir las pruebas suficientes para meter a ese hijo de puta en la cárcel.

Me vestí con un bonito traje de *Alexander Wang* y recogí mi cabello para que mi cuello estuviera más desnudo. Terminé mis estudios empresariales en la universidad, así que era consciente de como levantar una pequeña empresa. El problema era que *Lux Bogdánov* no era una empresa pequeña, era una multinacional. Tenía que jugar muy bien mis cartas antes de que me descubrieran. Dejé a mi madre en buenas manos, confiándosela a mi mejor amiga Gwen, y me mudé a un pequeño loft situado en el centro de la ciudad; cerca de mi nuevo trabajo.

Mi idea seguía siendo la misma; seducir a Aleksander, pero después de mi fracaso, no sabía cómo lo conseguiría. Me armé de valor hasta adentrarme al interior del edificio. Antes de entrar en el ascensor para dirigirme a la planta 35, esperé a que un grupo de empresarios subiera para colarme con ellos. Y así pasó, cuando el ascensor se detuvo en mi planta, me bajé mordiéndome el

interior de la mejilla ante los nervios que estaba sintiendo.

Una mujer, mayor que mi madre, me invitó a que me acomodara en una sala donde se encontraban los demás accionistas. El padre de Aleksander se encontraba esperando a su hijo, así que hasta que el dueño no se presentara, la reunión no empezaría. Sería algo rápido, una pequeña presentación junto a una introducción a todas las ideas que teníamos para mejorar las fábricas que tenían repartidas por Alemania, Estados Unidos y Dubái.

—Buenos días —me saludó, el hombre que se encontraba sentado a mi derecha. —Mi nombre es André Boumedjane, vengo de Francia. Me alegra ver caras nuevas.

Sonreí.

Allí todos los ricos se conocían.

Salvo a mí.

Me había convertido en una millonaria desconocida.

—Peyton Raksy. Es un placer.

—¿Tú también conoces a Aleksander? —Le respondí con un *no* a su pregunta. —Yo estudiaba con ese capullo. Me he alegrado muchísimo cuando su padre me ha llamado para ofrecerme un hueco como accionista. Sabía que hundiría su propio negocio.

—Veo que el señor Bogdánov no tiene muchos amigos —dije, aguantándome las ganas de reír.

—Los tiene —aclaró. —Aunque suelen abrirle bastante la mano y después darle la espalda. Salvo Charlie. Su mejor amigo desde que eran críos. Charlie nunca se ha metido en los negocios de Aleksander. Por eso se llevan tan bien —se cruzó de brazos y de repente bajó el tono de voz. —¿Has escuchado los rumores?

—¿Qué rumores? —Quise saber. —¿La empresa está en banca rota?

—No, por supuesto que no. No te preocupes, Raksy, aquí triplicarás tu inversión, el negocio es seguro —sonrió. —Me refiero a la chica que se suicidó por Aleksander. Una joven de dieciocho años.

—¿Qué le pasó?

Me puse nerviosa. Todos conocían la muerte de mi hermana.

—Se enamoró de él. Le rompió el corazón y terminó volándose la cabeza en un club. ¿Qué te parece? —No le respondí. André se me quedó mirando, y cuando se dio cuenta que mi rostro se puso pálido, intentó asegurarse que estuviera bien. —Lo siento. No tendría que haber sido tan específico con algo tan serio. Simplemente quería que lo supieras. Eres la única mujer que hay en este pequeño grupo de accionistas.

—Yo...Yo...—no me salían las palabras. Se me revolvió el estómago y quería salir corriendo para vomitar en el baño. Me levanté del asiento. —Discúlpame. Tengo que-que salir... un-un momento.

Cerré la puerta y salí directa al baño. Cuando pensaba que estaba a punto de llegar, me golpeé contra un cuerpo masculino, el cual también iba entretenido leyendo unos documentos. Por suerte no caí al suelo, me mantuve de pie, pero con dolor en el cuerpo que me invitaría a desaparecer de la reunión que no habíamos tenido todavía.

—Lo siento, señorita, es culpa mía —dijo Aleksander. —Estaba leyendo...

De repente me reconoció.

—Discúlpeme a mí, señor...

Esperé a que me dijera su nombre.

—Aleksander Bogdánov —me tendió su mano. —Pensaba que no volvería a verte.

Se olvidó de los documentos y se centró exclusivamente en mí.

—Esta situación es un poco embarazosa.

—¿Por qué?

—Nos conocimos en un club donde practican el *dogging*. Éramos dos desconocidos...y ahora...ahora... —tenía que ser tímida con él.

—Anoche soñé contigo —me sorprendió lo rápido que empezó a tutearme.

—¿Y bien?

No le importó que los trabajadores se dieran cuenta de lo cerca que estábamos el uno con el otro.

—Me enamoraba de ti.

Era su técnica de ligar. Quería llevarme a la cama. Estaba escrito en su frente y en su mano cuando tocó de nuevo mi piel.

—Qué lástima —cogí su mano entre la mía, y se la aparté de mi hombro. —Ayer podría haber sido una gran noche. Tú y yo desnudos. Yo jadeando bajo tu cuerpo. Ambos sudados y enredados bajo las sábanas. Y como bien habías dicho, podría haber sido tuya. Pero hoy ya no.

—¿Por qué? —sintió interés mientras que removía su cabello rubio con nerviosismo.

—Porque hoy seré una de tus accionistas —sonreí con picardía. —Los líos en el trabajo no acaban muy bien, señor Bogdánov.

Avancé, dejando a Aleksander detrás de mí. Pero antes de que desapareciera, me detuvo por la muñeca, me giró dejándome cara a cara con él.

—Puedes dejarme cachondo una vez. Incluso dos —alzó mi barbilla con sus largos dedos. — Pero no una tercera vez. ¿Lo entiendes?

Por supuesto que lo entendía.

«Te gustan sumisas, Aleksander. Pero conmigo sufrirás.» —Pensé, mientras que miraba sus oscuros ojos.

Capítulo 4

Por suerte llegó el padre de Aleksander, el cual no dudó en interrumpirnos. Se presentó formalmente, y después de estrecharme la mano, me dio la espalda para dirigirse a su hijo sin importarle que yo estuviera presente. Tenía que admitir la belleza del hombre incluso cuando me doblaba la edad; era alto, se veía en buena forma y tenía un rostro muy varonil sin barba. Su cabello canoso se mantenía impoluto por un elegante corte de cabello. Aleksander heredó los ojos de su padre y su bonita sonrisa.

—¿Dónde estabas? —preguntó, bajando el tono de voz. —Llevo toda la semana intentando ponermelo en contacto contigo. La señora Harris dice que has estado muy ocupado, pero lo dudo.

—No es el momento, papá —respondió Aleksander y después me miró. Inmediatamente bajé la cabeza e intenté apartarme de ambos, pero me detuvo. —Tenemos una reunión importante. No quiero llegar tarde. ¿Lo entiendes?

—Espero que hagas las cosas bien, Alek. No quiero que vuelvas a defraudarme.

Su hijo soltó una carcajada burlándose de él.

—¿Yo te defraudo? —dijo, hinchando su pecho. Se aproximó hasta su padre y le susurró en el oído: —No olvides que todo lo malo lo he aprendido de ti, papá. Y ahora, por favor, reunámonos con los accionistas que tú mismo has elegido para la empresa —le mostró su mejor sonrisa. —Después de ti.

El señor Bogdánov le dio la espalda y avanzó con el rostro serio. Aleksander no solo tenía enemigos, también era odiado por su familia. Lo último que le faltaba en su vida era ser traicionado por la persona que más amara en ese mundo. Sería difícil, pero no era algo que no intentaría.

Cuando sentí su curiosa mirada intenté devolverle una sonrisa, pero fallé.

—¿Eso es lástima?

Negué con la cabeza:

—Yo no me crié con mi padre biológico.

—¿Eres adoptada? —Quiso saber.

—Más o menos —no entré en detalles. Él no podía conocerme, o me descubriría.

—Yo habría vendido mi alma al diablo por criarme con otra familia —arrugó los documentos que llevaba de la ira que sentía hacia su padre. Al darse cuenta que estaba hablando más de la cuenta, sacudió la cabeza, dejando que su corto cabello rubio le cayera sobre la frente y volvió a estirar sus carnosos labios. —Será mejor que nos reunamos con los demás.

Me encogí de hombros y giré sobre los zapatos de tacón para volver a la sala. Pero antes de que me reuniera con los demás, Aleksander me detuvo por el brazo.

—¿Sucede algo?

Se inclinó hacia delante, acercando su rostro. Me miró a los ojos y se quedó con cada detalle.

—¿Nos habíamos visto antes? Me refiero fuera del club.

Tragué saliva.

Ruby y yo teníamos el mismo color de ojos.

—No —fui tajante.

Me deshice de su mano y me colé en el interior de la sala de reuniones. Ocupé mi asiento y dejé que André Boumedjane me pusiera al tanto de los demás accionistas. La mayoría eran hombres alemanes, un francés y los demás americanos. Dejé que siguiera hablando incluso cuando no le prestaba la más mínima atención. Estaba asustada. Temía ser descubierta por Aleksander. Si realmente pasó tiempo con Ruby, acabaría viéndola a ella en mí.

La puerta se cerró cuando Aleksander se acomodó en uno de los sillones que había en el fondo de la sala. Su padre empezó a contarnos como se fundó *Lux Bogdánov*; nació en la Alemania de 1900. El bisabuelo de Aleksander empezó haciendo coches de carreras hasta que se hizo famoso y decidió crear coches de lujo exclusivos. El fundador murió en un accidente en 1930 probando uno de sus nuevos motores más potentes que acabó revolucionando el mercado después de que su hijo puliera lo que empezó su padre. *Lux Bogdánov* se convirtió en una de las marcas más importantes del mundo en el sector automovilístico.

—Mi idea es reinventar el modelo B-15 MUSSA —intervino Aleksander. —Se creará una edición limitada. Cada coche costará 6 millones de euros. 100 coches. Ni uno más, ni uno menos —miró a su padre. —Y se llevará a cabo, con accionistas o sin accionistas de por medio.

El señor Bogdánov endureció la mirada. Aun así, no dijo nada. Se mantuvo en silencio, como todos los demás. Observábamos a Aleksander sin protestar ante sus ideas. Quería perfeccionar el vehículo con el que murió su bisabuelo.

—¿Alguna pregunta?

Silencio.

—¡Estupendo! —se levantó del sillón. Acomodó ambas manos sobre la mesa y nos miró a todos con el ceño fruncido. —Antes de terminar la reunión quiero recordaros que tenéis una pequeña parte de *Lux Bogdánov*. Alguno de vosotros un 1%, otros un 2% y una sola persona mantiene un 5%. Eso significa que yo sigo siendo el accionista mayoritario. Así que no me toquéis la polla...

Su padre lo interrumpió:

—¡Alek!

—¡Es verdad, papá! Aquí mando yo —alzó la voz. —Vosotros solo vendréis a perder el tiempo aquí. ¿Ha quedado claro? —Todos murmuraron, pero nadie replicó. —La reunión acaba de terminar.

El señor Bogdánov se quedó a un lado de la sala esperando a que todos marcharan para quedarse a solas con su hijo. Cogí el dossier que me tendió la secretaria de Aleksander y me dispuse a salir. No contaba con André, que aceleró los pasos para alcanzarme.

—Te lo dije —soltó una carcajada. —Es un capullo.

—Defiende su negocio —no sé por qué lo defendí.

—Un negocio familiar que él mismo hundirá —sonrió orgullosamente. Para ser accionistas tuvimos que invertir 10 millones de euros. No entendía esas ganas que tenía André por ver fracasar a Aleksander. —Peyton, ¿te apetece tomar un café?

Agrandé los ojos, no me lo esperaba.

—La verdad es... Bueno... —¿Cómo podía rechazarlo?

—Lo siento, André —nos interrumpió Aleksander, el cual dejó a su padre en un segundo plano. —La señorita Peyton había accedido a desayunar conmigo.

No podía bajar la cabeza avergonzada, ya que la idea era negarme de todas formas a tomar un café con André.

—Es cierto —sonreí, tímidamente. —Lo siento. Otro día.

—O nunca —respondió Aleksander, dándole unas palmadas en el brazo del francés. André se despidió de mí y se marchó enfurecido. —Si me das 10 minutos, te llevaré a una cafetería que te encantará.

Se disponía a marcharse, cuando lo detuve con mis palabras.

—¿Por qué has hecho eso? —pregunté.

—Estaba claro que no querías ir con él.

—Pero es problema mío.

Sonrió dulcemente y paseó sus dedos por mi mejilla hasta detenerse en la barbilla.

—No te conviene André Boumedjane.

Reí.

—¿Y tú sí? —Le recordé algo. —Has dicho que no te toquemos la polla. Soy una accionista como los demás.

—Gatita, tú puedes tocarme lo que quieras —dijo, guiñándome un ojo. —¿Por qué no vienes a mi despacho?

Capítulo 5

Me acerqué hasta Aleksander cuidadosamente, dejando que mis dedos treparan por los botones de su americana negra. Los detuve en el nudo de la corbata, y antes de responder a su invitación, sonreí dulcemente para jugar con él. Quería ponerle nervioso, pero estaba acostumbrado a que las mujeres cayeran a sus pies. Conmigo tenía que ser diferente. Era Aleksander el que tendría que arrodillarse ante mí.

—Lo siento. Otro día —dije, cuando me di cuenta que su padre se coló en el interior de su despacho y se entretuvo mientras que lo esperaba. Al parecer padre e hijo mantendrían una seria conversación. —Tengo que irme.

Me excusé.

—¿Tienes algo mejor que hacer? —preguntó mientras que sostenía mi mano con la suya.

—La verdad es que sí —quise hundir su ego, pero estaba segura que no lo conseguiría. —Podrías darme el correo electrónico de tu secretaria y mi asistente se pondrá en contacto con ella para ajustar nuestras agendas.

Aleksander soltó una carcajada.

—Muy profesional —no se esfumó esa estúpida sonrisa del rostro. —¿Qué haces esta noche?

Vacilé:

—Dormir.

—Entonces duerme conmigo.

—Ambos sabemos que si nos reunimos en una cama no llegaremos a dormir —me relamí los labios, provocándolo. —Será mejor que me marche —intenté soltarme de su mano, pero lo único que hizo fue arrimarse más. —Tu padre te está esperando. No parece muy contento.

—Él nunca está contento conmigo. Así que puede esperar —insistió. —¿Y bien? ¿Aceptas cenar conmigo?

—Me lo pensaré —conseguí alejarme de él. —Hablaré con tu secretaria y le pasaré mi dirección para que pases a por mí. ¿Te parece una buena idea?

—Me parece una idea estupenda —se inclinó hacia delante para dejar un beso en mi mejilla, y terminó por susurrarme algo en el oído. —Lo de compartir cama me la ha puesto dura.

Reí.

—A mí me pone más hacerlo en estas oficinas.

Aleksander gruñó.

—Eres perfecta.

No dije nada más y fingí salir de las oficinas. Simplemente me quedé esperando en las escaleras de emergencia hasta que Aleksander se dignó a reunirse con su padre. Los primeros minutos se pasaron mirándose el uno al otro, mientras que la tensión aumentaba. Uno de los dos estallaría.

Cogí un dossier que se habían olvidado, y me acerqué hasta la secretaria que se encontraba pendiente de que nadie interrumpiera a los señores Bogdánov. Tenía que alejarla de allí y conseguir escuchar toda la conversación.

—¿Señora Harris?

—¿Sí?

—El señor Bogdánov me ha pedido que le comunique que si es tan amable de mirar su agenda para esta noche. Es un tema urgente.

Ella pareció dudar.

—Está reunido. No me ha dicho nada cuando pasó por aquí.

Tenía que pensar rápido, o me descubriría.

—Creo que se trata de una mujer. Bogdánov no fue concreto por no llamar la atención.

La señora Harris se levantó inmediatamente de su asiento, atemorizada.

—¿Una amiga del señor Aleksander? —Asentí con la cabeza. —¡Oh, dios! Entonces querrá que prepare el apartamento. Tendré que comprar pétalos de rosas, champagne y condones — empezó a anotar todo en una libreta. —Voy a buscar la agenda. La dejé esta mañana en la planta de recursos humanos porque dentro de unas semanas...—se calló al darse cuenta que estaba dando demasiada información. —Gracias, señorita.

—De nada —le devolví la sonrisa.

Esperé a que se marchara, la pobre mujer salió corriendo. Me acerqué hasta la puerta del despacho para escucharlo todo. El único que empezó la conversación fue el señor Bogdánov, ya que su hijo se encontraba mirando el móvil e ignorando a su padre.

—La reunión de accionistas ha sido un desastre. Esas personas han colaborado con millones de euros —golpeó la mesa con sus puños. —¿¡Me estás escuchando!?

Aleksander dejó de reír y se centró en él.

—Estaba mirando como bañaban a un gatito —se burló de su padre. —No te estoy escuchando porque se supone que este negocio es mío.

—Me estoy arrepintiendo, Aleksander.

—Díselo al abuelo —se levantó para empezar a dar paseos. —Él manda. Tú solo decides quién ocupará este lugar. Rebecca no quiere.

—Rebecca está ocupada formando una familia.

—Bien por ella.

—Pero le abriré los ojos.

—¿Tanta manía me tienes? —detuvo sus pasos y encaró al señor Bogdánov.

No tuvo respuesta.

—Me mantendré a un lado de *Lux Bogdánov* si me demuestras que puedes ser como tu hermana.

Se cachondeó de su padre.

—¿Tengo que casarme con alguien más rico que yo?

—¡Tienes que formar tu propia familia!

—¡Eso es ridículo! —gritó con más fuerza. —Yo tengo mi propia familia y ni siquiera me quiere. Yo no voy a ser como tú, papá. No pienso tener hijos solo para que sigan mis pasos.

Temí por un momento que la señora Harris me descubriera escuchando una conversación ajena.

—Al menos yo no he sido sospechoso de un asesinato —el señor Bogdánov se alejó de su hijo.

—¿Tú también crees que la maté?

Tragué saliva.

—Te recuerdo que nuestros abogados siguen luchando por limpiar nuestro apellido —escuché de más cerca su voz. Se estaba aproximando. —Haz lo que te pido, o puedes coger tus cosas e irte con tu madre a una de esas islas para jubilados. ¿Lo has entendido?

Me quedé sin escuchar la respuesta, ya que cuando el hombre movió la manecilla de la puerta, me aparté rápidamente para que nadie me descubriera.

Aleksander Bogdánov

Estaba arrepentido por invitar a Charlie a la oficina. Tenía demasiados problemas como para escuchar lo bien que se lo había pasado la noche anterior. Lo único que hice fue hundirme en el sofá de cuero mientras que me bebía de un sorbo el café que me sirvió la señora Harris.

—¿Alguna vez has visto a dos hermanas besarse?

—En las películas porno. Pero no son hermanas, son actrices.

—Las gemelas de ayer cometieron incesto —se mordisqueó el labio al recordarlo. —Volveré a llamarlas. ¿Alek?

—¿Qué?

Él pareció ofenderse por no escuchar su relato.

—¿Sucedo algo?

—Mi padre quiere cogerme por las pelotas.

—¿Otra vez?

—Me echa por cara todo lo que sucedió con esa chica. Cree que la maté —enfurecí. —Estoy cansado de ese tema. Vaya a donde vaya me sigue. Yo no tengo la culpa que perdiera la cabeza. Ni siquiera tuve algo serio con esa chiquilla.

—Lo sé —me apoyó. Era el único que lo hacía. —¿Cómo ha quedado la cosa?

—Quiere que me case. Al igual que Rebecca.

—¿Tu hermana? —Reímos. —¿Qué vas a hacer?

Me encogí de hombros.

—Realmente no lo sé. Quiero disfrutar de los años que me quedan de vida. Conocer a las mujeres que estén dispuestas a hacerlo—de repente me acordé de Peyton. —Y tengo una candidata.

—¿La mujer de ayer? ¿La que salió corriendo?

—La misma que se ha presentado hoy como accionista de *Lux Bogdánov*.

—Qué raro, ¿no?

Crucé los brazos bajo el pecho.

—¿Te dice algo el apellido Raksy? —sacudió la cabeza. —Una millonaria sin salir en la prensa. No me fio. Está muy buena, pero no pienso volver a caer en ninguna trampa más. Hazme el favor de investigarla.

Charlie asintió con la cabeza.

—¿Y qué pasa con la futura mujer Bogdánov?

Eché hacia atrás la cabeza porque no tenía ni idea de lo que pasaría con mi padre.

—Tendré que engañarle —«*como última opción*», pensé. —Pero antes quiero divertirme.

¿Quién eres Peyton Raksy?

Capítulo 6

No servía de nada acelerar los pasos, estaba segura que el hombre del abrigo negro y sombrero de vestir me estaba siguiendo. Fingí pintarme los labios, y lo vi detenerse a través de la pantalla del teléfono móvil. Guardé el maquillaje en el bolso, y tecleé velozmente once dígitos.

—¿Peyton?

—Me están siguiendo —dije, informándola de todo lo que estaba pasando en ese momento. —He salido de las oficinas *Lux Bogdánov* y un hombre no deja de pisarme los talones. He dado la vuelta a la manzana dos veces, y sigue ahí.

—¿Se ha dado cuenta de que lo has descubierto?

Lo miré por el rabillo del ojo.

—No.

—Mejor —escuché como se disculpaba con mi madre y buscaba un lugar para hablar con más intimidad. —Entra en la tienda más cara y compra cualquier cosa —Gwen se adelantó a decir lo siguiente: —No es una tontería. Te han descubierto. Seguramente han conseguido acceder a tu cuenta bancaria y no habrán encontrado movimientos.

No podía ser. Me aseguré de gastar una gran suma antes de trasladarme a una ciudad como Núremberg. Cogí aire. No podía ponerme nerviosa y menos delante del hombre que me seguía. Estaba todo calculado a la perfección; incluso que Aleksander mandara a alguien a investigarme. El problema era que no lo esperaba tan pronto.

—¿Y el apartamento? —le recordé. —1.200.000 euros.

—Es un domicilio, Peyton —dijo con calma. —Es normal que duden de ti. Aparece una mujer de la noche a la mañana con más de cincuenta millones de euros y nadie sabe quién es. No eres nadie en ese mundo, ni siquiera para la prensa rosa. Y así tiene que seguir siendo. No lo olvides.

Reí, seguía histérica.

—Quiere cenar conmigo. En un restaurante —sostuve con fuerza el móvil.

—Dile que no.

—Parece fácil, pero no lo es.

—Me lo imagino —hizo una pequeña pausa. —Los *paparazzis* de la revista *Gold Executive*,

siguen a Aleksander por estar soltero y por estar involucrado en un escándalo. Si lo ven con una mujer, empezarán a rascar en tu pasado...

—...y descubrirán que soy la hermana de Ruby —finalicé.

—Exacto.

Me encontraba en un callejón sin salida. Tenía que empezar a buscar la manera de saltar el muro y salir de allí sin hacerme daño.

—Te enviaré el contacto de su secretaria —era la única manera. —Hazte pasar por mi asistente. Convéncela de que envíe a Aleksander a mi apartamento.

Gwen refunfuñó.

—¿Llevas el arma encima?

Sacudí la cabeza, aunque ella no pudiera verme.

—No. En las oficinas *Lux Bogdánov* hay bastante seguridad. Detectores y seguridad privada revisando los maletines y los bolsos de los empleados.

—¿A qué temen? —se preguntó.

Ambas lo sabíamos; Temían a que atentaran contra la vida de alguno de los Bogdánov.

Si no lo veía, no lo creía.

Había terminado de preparar la cena. Más bien, acabé de servir unas cuantas conservas que compré en el supermercado más cercano al bloque de apartamentos. Esa noche iba a compartir mesa con un asesino.

Me tomé unas cuantas copas de vino. Quería estar relajada cuando estuviera cara a cara con Aleksander. Lo que no esperé era que me subiera tan rápido. Cuando el timbre sonó, salí corriendo para abrir la puerta. Por suerte -y falta de voluntad en algo que no me llamaba la atención- el apartamento no tenía muebles que obstaculizaran mis pasos. Únicamente compré una mesa con cuatro sillas, un sofá y una cama donde dormiría las noches que no decidiera pasar por mi verdadero hogar.

Antes de abrir la puerta intenté mostrar mi mejor sonrisa, y cuando me convencí de ello, empujé hacia abajo la manecilla.

—Buenas noches —saludé, lo más sexy posible.

A Aleksander le gustó el vestido de *Valentino* que compré esa tarde. Se centró en el largo escote que caía hasta el ombligo. Lo vi relamerse los labios y se acercó para dejar un beso lo más cerca posible de mi boca.

—No sabía que iría al cielo esta noche —él y sus gilipolleces para ligar.

«Al cielo no creo. Pero al infierno, muy pronto.» —Pensé, mientras que seguía manteniendo la sonrisa.

—¿Una copa de vino?

Él la rechazó.

—Prefiero no beber esta noche. Quiero estar centrado —pasó su brazo por detrás de mi espalda.

—Me siento rechazada —dije, y de repente me sentí inquieta al notar su lengua recorriendo la curva de mi cuello. —¿No eres un caballero?

Dejó de lamer mi piel y me miró a los ojos.

—Seré lo que tú quieras, gatita.

Empujé la copa contra su pecho. Cuando la sostuvo, dejé que se entretuviera mirando como me bebía mi propia copa de vino. Empujó sus labios, dejando esos dientes perfectos y blancos a la luz cálida del lugar.

—Estás preciosa —susurró, una vez que se terminó la copa. —Me has vuelto loco desde el primer momento.

—Me siento halagada —jugueteeé con su pajarita. —Y más viniendo de un hombre tan atractivo.

Y no mentí. Aleksander Bogdánov era un hombre elegante. Una persona con un exterior hermoso y un corazón podrido. Era un ángel caído dispuesto a torturar las almas más vulnerables.

Antes de deshacerse de su abrigo, se inclinó para reunir su boca con la mía. Sentí el empujón de su lengua atravesando mis labios mientras que luchaba por quitarse la camisa. El sonido de nuestros pasos hacia el sofá fue acompañado por el chirrido de la cremallera de sus pantalones. Dejé que mis manos tocaran su torso desnudo, y mantuve los ojos cerrados en todo momento por temor a encontrarme con su curiosa mirada oscura.

Me hundí en el sofá, y sentí como su mano se posaba alrededor de mi tobillo para separarme las piernas. Había caído en la seducción; Aleksander era mío, lo tenía comiendo en la palma de mi mano.

Pero no podía olvidar, por muy musculoso y esbelto que fuera Bogdánov, que también era terriblemente peligroso. No podía dejarme llevar por la excitación que me obligaría a caer ante él.

—¿Lo sientes? —preguntó, llevando mi mano por debajo de su vientre hasta detenerse en su falo. —Llevas dos días poniéndome la polla dura. Dime que te gusta. ¿La quieres dentro? —preguntó, ardiendo en deseo.

Humedecí mis labios y me mantuve callada. Únicamente mis ojos siguieron sus movimientos. Subió lentamente y con elegancia, acomodando sus rodillas cada una a un costado, mientras que sentía como nos hundíamos en el sofá. Eché hacia atrás la cabeza y olvidé por completo el nombre de la persona que se estaba colando entre mis piernas.

«¡No sientas placer!» Quería castigarme por lo que estaba a punto de pasar entre nosotros dos.

Mis manos llegaron a detenerse detrás de la nuca, alejadas de su cuerpo y refugiadas sobre un cojín. Mientras tanto, dejé que Aleksander colara una de sus manos por detrás de mi rodilla para alzarme la pierna a la vez que sus labios jugaban por encima de mi piel.

«¡Coge el arma!» Abrí los ojos cuando toqué con la yema de los dedos el gatillo.

Pero me detuve en el instante que su lengua alcanzó mi sexo. Sus labios disfrutaron del néctar que le estaba ofreciendo sin darme cuenta. Gemí ante la necesidad de más. Su lengua ascendió por las curvas de los húmedos labios bajos hasta rozar con su áspera lengua el clítoris. Cuando intenté apartar su cabeza, por miedo a gemir una vez más, me detuvo con su mano y besó mis dedos antes de seguir.

«¡Mátalo!» —Pensé, una vez que arqueé mis caderas por el placer.

Su cálida boca siguió resbalando por mi vagina. Solté otro grito por el éxtasis que me provocó sus dientes al morder la perla. Se llenó la boca con mi carne, sentía la presión de sus labios. Gruñó ante el deseo y el sabor que le inundaba mi sexo en el interior de sus mejillas.

«Duérmete»

Una de sus manos subió por encima de mi vientre hasta colarse en el interior del vestido. Sus dedos, humedecidos por la esencia, se encargaron de frotar uno de mis pezones, excitándome a

través de la sensación del agradable dolor. Acunó lentamente mi pecho, y cuando se disponía a subir para capturar el otro con su dulce boca, cayó rendido en mi abdomen.

Gruñí por no liberarme.

Jadeé a la vez que mis piernas acorralaban su cuerpo buscando el calor que él mismo les dio.

Dos minutos más, adentrando su lengua dentro mí, y hubiera terminado en su boca. Estaba a punto de estallar y de haber gemido su nombre.

Pero él terminó dormido.

Y yo volví a la realidad.

—¡Hijo de puta! —cogí el arma, y entre lágrimas me acerqué a él. Seguía boca abajo en el sofá. —Me has arrebatado a lo que más quiero. Pienso matarte.

Aunque si apretaba el gatillo, Aleksander Bogdánov de alguna manera habría ganado.

Yo quería verlo entre rejas.

Necesitaba escuchar de sus propias palabras que él era el culpable una vez que estuviera enamorado de mí. Pero si terminaba con su vida, yo, estaba segura que no vengaría la muerte de Ruby; más bien, me complacería a mí misma de ver a ese cabrón tumbado sobre su propia sangre.

Me subí las bragas rápidamente. Temía que los efectos del somnífero terminaran y él me descubriera buscando pruebas. Saqué su teléfono móvil del pantalón que dejó tirado, y desbloqueé el iPhone con su dedo pulgar.

—Sé que hablabas con ella por teléfono —busqué sus contactos. —¿Dónde estás, Ruby?

Y llegué a lo que más temí.

Cerré los ojos y dejé que las lágrimas cayeran sobre mi piel.

No estaba preparada para leer los últimos mensajes que le escribió.

Capítulo 7

Estaba atacada de los nervios y con un nudo en la boca del estómago. Aun así, busqué la fuerza necesaria para abrir el chat que seguía manteniendo Aleksander en su teléfono móvil. Me alejé del sofá, detuve mis pasos enfrente de los enormes cristales del apartamento y cogí una bocanada de aire antes de leer las últimas palabras que intercambiaron. Pero no esperaba que no hubiera absolutamente nada. Todos los mensajes se encontraban borrados.

Miré por encima del hombro, encontrándome a un Aleksander Bogdánov completamente dormido; respirando por la nariz y la boca, sin el temor de no despertar jamás. Su cabello rubio se encontraba alborotado, y su brazo empezó a descansar sobre el suelo. Atrapó su reloj con la muñeca e imaginé que se le quedaría la marca sobre su piel por los diminutos diamantes. Ninguno de sus enemigos lo había visto tan débil y vulnerable como en aquel instante.

Me aproximé, lentamente y con sumo cuidado, y una vez que volví a quedar delante de él, bajé mi cuerpo para dejar mi rostro más cerca del suyo. Su mejilla, sonrojada por la presión de tener la cabeza boca abajo, quedó marcada por la silueta de unos cuantos dedos que impactaron en él.

No se despertó.

—No has bebido tanto —susurré. No temía que estuviera escuchándome. Después de abofetearlo, estaba segura que la pequeña dosis que serví en su copa, había hecho el doble de efecto del que esperaba. Arrastré su rostro hasta al filo del sofá. —Al final tú y yo no seremos tan diferentes —dije, presionando el pulgar y el dedo índice en sus mofletes. —Deseo con todas mis fuerzas acabar contigo en este mismo instante —sacudí la cabeza —, pero no sería justo para Ruby, ni para mi madre. Déjame decirte, Aleksander, que pienso arrebatarte todo lo que esté en tu poder; La familia que tanto te odia, tus pocas amistades, y lo que más amas... —eché hacia atrás su cabello, dejando desnudas sus cejas —*Lux Bogdánov*. No hará falta matarte, tú mismo terminarás con tu vida.

Lo dejé allí durmiendo, y yo me encerré en la única habitación en la que me había tomado la molestia de adornar con una cama y un colchón viscoelástico. El día que compré el apartamento, me alegró saber que todos los armarios iban empotrados. Cuando decidí mudarme, no era con la idea de decorar un domicilio que utilizaría de tapadera.

A las 5:30 de la mañana sonó la alarma de mi teléfono móvil. Recogí mi cabello, me vestí con unos leggins negros y una sudadera blanca, y cuando me calcé, salí de la habitación y me aseguré de que Aleksander seguía tirado en el comedor.

Antes de desaparecer del apartamento para hacer *jogging*, le tomé el pulso. Cuando comprobé que seguía vivo, me marché tranquila. Aleksander seguía durmiendo, y lo único que esperaba es que consiguiera despertarse y que se esfumara de mi camino al menos un par de horas.

«No leí nada de que pudieran caer en coma las personas que ingerían *Zolpidem*»

Terminé mi rutina como de costumbre; A las 06:40 ya me encontraba subiendo las escaleras del edificio para darme una ducha bien fría. Cuando abrí la puerta, lo primero que eché en falta fue la camisa de hombre que había tirada en el sofá. Arrastré las zapatillas hasta los pocos muebles que había en el comedor. Aleksander se había marchado; significaba que seguía vivo y suelto por la ciudad. Solté una carcajada, y antes de meterme en la ducha, comprobé el teléfono móvil.

No había llamadas.

El señor Bogdánov no intentó ponerse en contacto conmigo después de salir del apartamento. Me pregunté si él creía que me había dejado dormida en la cama mientras que él huía en silencio.

Aleksander Bogdánov

—Chloris, sírvale más café a Aleksander —pidió Charlie. Intentó levantarme la cabeza, pero le aparté la mano porque quería seguir durmiendo. —Si tu padre te ve así, especulará que estás metido en las drogas. ¿Qué cojones hiciste anoche a parte de follar?

Le di las gracias a la señora Chloris y me bebí el café de un solo trago; cargado y sin azúcar, como a mí me gustaba.

—¿Follar? —reí para mis adentros. —Al otro lado del sofá no había nadie —me aseguré que estuviéramos solos. Cuando eso pasó, seguí con la conversación. —Recuerdo estar comiéndole el coño, pero ya está. A partir de ahí no hay recuerdos.

Charlie me golpeó en la espalda y empezó a reír.

—¡No me jodas, Alek!

Otra carcajada.

Gruñí.

—¿Y si me ha drogado? —fue lo primero que me pregunté cuando me encontré tirado en el

sofá y con medio cuerpo fuera. —Estoy acostumbrado a beber. Anoche solo tomé una copa de vino.

Mi gran amigo no dejaba de burlarse de mí. De golpear la mesa con los puños cerrados. En más de una ocasión la señora Chloris se acercó para ver qué estaba pasando, y cuando se encontraba a Charlie riendo y limpiándose las lágrimas que le caían de los ojos, desaparecía para seguir con su trabajo.

—Cuando te quedas en las piernas de una mujer, siempre tienes que lamer como si estuvieras catando el caviar *Almas* con unas gotas de *Dom pérignon rose gold* —me estaba dando lecciones. —¿Tan mal lo hiciste para que quisiera matarte?

Esquivé su mano que iba directa a mi nunca.

—¿Hiciste lo que te pedí? —pregunté.

Conseguí acomodarme en el respaldo de la silla.

—Sí, y creo que hay algo que no te va a gustar de ella —cogió su teléfono móvil, y antes de tendérmelo dijo con seriedad: —Es peligrosa.

Capítulo 8

Alejé la taza de café, y cuando intenté sostener el teléfono móvil que me tendió Charlie, me pregunté si estaba dispuesto a conocer todos los trapos sucios de una mujer que me interesaba. Llevaba años sin sentir esa fuerte atracción hacia el sexo opuesto; era hermosa, inteligente e independiente. Era una completa desconocida que se había colado en mi mundo sin darme cuenta. El problema venía de años atrás. No podía perder el control y meterla en el primer agujero húmedo que me excitara. Tenía un gran negocio entre manos, y si decepcionaba a mi padre, él se encargaría de quitármelo.

Así que tomé el control, olvidándome del cerebro que me machacaba la entrepierna.

—¿Es una psicópata? —pregunté, antes de clavar la mirada en la pantalla.

Cuando lo hice, me arrepentí de haberle confiado esa tarea que debería ejecutar un profesional. Charlie empezó a reír, y lo entendía. Lo que me estaba mostrando a través de su teléfono móvil era una mujer que enseñaba descaradamente sus pechos en un vagón de metro mientras que el público la observaba o directamente le pedía que se cubriera. Era uno de esos vídeos que circulaban últimamente por las redes sociales para hacer reír a la gente, o simplemente excitarlos; conmigo no tuvo ninguna reacción. Bloquéé la pantalla. Charlie estaba de suerte que siguiera cansado por alguna extraña razón.

—¿Te parece divertido? —Insistí.

Dejó de reír, y por fin se comportó como un hombre maduro. Recuperó su móvil y esperó a que dejara de fruncir el ceño. Quería información de Peyton, y no ver vídeos tontos que circularan por la red.

—La chica está limpia —me dejó saber. —Le pedí a uno de los abogados de mi padre que la investigara. Recibí ayer la información, una vez que la seguí. Ha ganado el dinero honradamente, jugándose todo en empresas pequeñas que han crecido en poco tiempo. Invierte y gana. Ahí tienes por qué se ha interesado en Lux Bogdánov. Quiere ganar dinero. Ser más rica de lo que puede ser en estos momentos.

—¿Seguro?

—¡Qué sí! —Sonrió. —Así que, si estás interesado en ella, a por todas, amigo.

Era una buena noticia. Podía seguir viendo a Peyton sin dudar de ella. Pero no quería mentirme a mí mismo, no podía bajar la guardia.

—Llamaré a la señora Harris. Ella sabrá que enviarle para llamar su atención —tecleé el mensaje lo más rápido posible. —Unas flores, una nota y una posible cita.

—Tienes a esa pobre mujer explotada.

—No es verdad —defendí mi postura. —Le pago el doble en esas situaciones.

Era cierto que eran las 6 de la mañana, pero la señora Harris nunca se había quejado. Temía que llegara el día de su jubilación y tuviera que despedirme de ella. No encontraría a una mujer igual. Tan atenta, generosa y respetuosa ante un jefe tan capullo como yo. Por eso la adoraba incluso cuando me quejé de ella el día que empezó a trabajar a mi lado.

—Me daré una ducha antes de ir a trabajar —tenía que deshacerme de alguna manera del cansancio que me perseguía. —Te cogeré algo de ropa.

Charlie me dio el visto bueno como de costumbre, y me dirigí al baño de invitados. Me esperaba un día bastante largo, sobre todo con las visitas inesperadas de mi padre.

Peyton Raksy

Golpearon la puerta principal. No esperaba visita, así que lo ignoré. Después de dos minutos, la persona que estaba al otro lado, insistió. No me quedó de otra que abandonar el asiento que ocupé durante un par de minutos para reunirme con el desconocido. Más bien, desconocida. Me sorprendió encontrarme a la señora Harris, la secretaria de Aleksander, a las 7 de la mañana. La pobre mujer se había desplazado hasta el centro de la ciudad para cargar un enorme ramo de rosas blancas. Parecía cansada, así que le pedí que se tomara un café conmigo mientras que recobraba el aliento.

—Se lo agradezco, señorita Raksy.

—Puede llamarme Peyton —sonreí, y le tendí la taza de café.

Su frente se encontraba cubierta por diminutas gotas de sudor. El pulso le temblaba e intentaba coger una bocanada de aire antes de hablar. Imaginé, después de la lealtad que le tenía a su jefe, que había recorrido toda la ciudad andando para encontrar una floristería abierta a esas horas de la mañana.

—Es usted muy amable, señorita Peyton —dijo, avergonzada. Le dio un sorbo al café y miró el apartamento con curiosidad. —¿Lleva poco tiempo en la ciudad? —Respondí a su pregunta asintiendo con la cabeza. —Si quiere puedo recomendarle un par de diseñadores de interiores. Tiene un apartamento muy amplio para estar tan desnudo.

Le devolví la sonrisa.

—Se lo agradezco —fui sincera. —El problema es qué no sé cuánto tiempo permaneceré aquí. Por eso solo compré lo necesario para mí.

—¿Está usted sola? ¿Sin familia?

Seguramente Aleksander la mandó para averiguar más cosas sobre la desconocida que apareció en su vida.

—Exacto. Mis padres viven en Freudenberg. Yo me he mudado por negocios.

—Una mujer astuta —inclinó la cabeza hacia un lado. —Me gusta.

Las últimas palabras de la señora Harris debieron ser en voz baja, pero los nervios y el cansancio la confundieron.

—Y dígame, ¿en qué puedo ayudarla?

Se dio un golpecito en la frente. Dejó la taza de café en la pequeña mesa auxiliar y me tendió el ramo de rosas blancas.

—El señor Bogdánov me ha pedido que le traiga personalmente estas rosas que ha elegido exclusivamente para usted —mintió. —También me ha dicho que sería un placer contar con su compañía esta noche para cenar en el restaurante Mit Klasse.

—¿En serio? —Seguí su juego. Ella asintió con la cabeza y siguió mostrando su dulce sonrisa. —Y, ¿por qué no ha venido personalmente?

De repente se puso nerviosa. No había memorizado ningún texto si reclamaba la presencia del señor Bogdánov. No tenía nada en su contra, parecía una mujer inocente que seguía los mandatos de Aleksander. Así que, para no volverla loca, me disculpé con ella y rechacé la invitación.

—Pero el señor Bogdánov estaba ansioso por verla de nuevo —insistió.

—Y yo se lo agradezco —sonreí. —Pero no puedo salir con un hombre que le pide a su secretaria a las 7 de la mañana que haga sus propias tareas. Dígale, de mi parte que, si quiere verme, puede llamarme a este número —le tendí mi tarjeta de presentación —o visitarme. Ya sabe dónde vivo.

No decepcioné a la señora Harris. Siguió mostrando su sonrisa aún más orgullosa.

—¿Señorita Peyton?

—¿Sí?

—¿Podría ir al baño unos minutos?

—Por supuesto —me levanté junto a ella, y le indiqué donde se encontraba.

Era el momento perfecto para seguir con mi plan. La señora Harris se dejó el bolso, y en el interior se encontraba su agenda. Rebusqué hasta encontrar el número de teléfono de André Boumedjane. La idea era quedar con él, en el mismo restaurante en el que pretendía llevarme Aleksander y proponerle hundir *Lux Bogdánov*.

¿Estaba tan loca para arriesgarme?

Sí, por supuesto. Era una buena idea. Para acabar con Aleksander necesitaba reunir a sus enemigos o competencia. En André vi ambición, así que estaba segura que me ayudaría.

Dejé de inmediato la agenda en el interior del bolso, y cuando llegó la señora Harris cambié de idea.

—Mejor dígale al señor Bogdánov que acepto su invitación —recogí el ramo de rosas.

—No se arrepentirá.

«Yo no» —Pensé. «Él, quizás.»

Capítulo 9

Recordé el día que Ruby me dijo que quería ser como yo; una mujer independiente que no solía aferrarse a ningún hombre. Lo que mi hermana pequeña no sabía es que había sufrido como cualquier mujer después de enamorarse. Lo único que hacía era guardarme el dolor para mí sola. Y ella hizo lo mismo; ocultándome sus penas hasta que estalló de rabia y puso fin a su vida.

Los hombres, por muy desacuerdo que estuvieran las demás conmigo, había que disfrutarlos un par de noches y después terminar con ellos antes de que destrozaran tu corazón. Si seguías en su vida, acabarías por ocuparte de cosas que solo ellos le daban demasiada importancia; el maquillaje, los vestidos y la copa de sujetador. Eran exigentes, arrogantes y dominantes con el sexo que los mantenía con vida.

Y desde que llegué a Núremberg, no dejaba de cruzarme con ellos. En el momento que atravesé las puertas del restaurante *Mit Klasse*, sentí como la mirada de André Boumedjane me desnudaba desde la otra punta de la sala. Era el único que podía palpar en el aire una atracción sexual que jamás pasaría entre los dos. Pero ahí estaba, saboreando un placer que no le habían servido sobre la mesa. Imaginando hasta qué punto la excitación nos llevaría. Sexo duro y salvaje en su limusina o quizás en el baño del local. De momento le permití soñar despierto. Que observara mis movimientos mientras que me aproximaba a él con una amplia y bonita sonrisa.

Se levantó de su asiento, y en el momento que intentó ayudarme para ocupar el mío, acomodó su mano bajo mi espalda y contuve las ganas de arrancársela de un solo mordisco. Simplemente tenía que arrastrar con ese lado sumiso que les volvía locos. Solté una risita, y cuando su mano por fin se alejó de mi cuerpo, arrastré la silla y dejé que besara fugazmente mi mejilla.

—Déjame decirte que estás preciosa —dijo, mientras que se movía sobre el asiento. Intentó acomodar los brazos sobre la mesa, pero eché hacia atrás mis manos para que no las alcanzara. Su gruñido masculino calmó su nerviosismo. —No esperaba tu llamada. Y menos cuando he escuchado que Aleksander y tú habéis empezado una buena relación.

—Lo único que me interesa es su negocio —sonreí. En ese momento deseé haberme vestido con unos pantalones vaqueros y una camiseta que cubriera mi piel helada. Y no ese viejo vestido que solía llevar en fin de año cuando salía con mis antiguas amistades. —Y no puedes culparme

por ello, André, tú también deseas formar parte de *Lux Bogdánov*.

Así que destrocé sus ilusiones con un par de palabras. Tenía que olvidarse por completo que no me entregaría a él y menos que acabaría desnuda en su cama o en cualquier hotel de lujo. André tragó saliva y ahogó su dolor masculino en una copa de vino. Los rumores entre Aleksander y yo empezaron a correr muy rápido. Nos habíamos visto un par de veces y ya me etiquetaron como su amante. Era lo que buscaba. Era la forma más sencilla de tenerlo cerca y encontrar su punto débil.

—Es cierto —recordó. —Pero no puedo hacer nada con un 5% —era el que más poder tenía de los diez accionistas que nos reunimos en *Lux Bogdánov*. —¿Me has citado para hablar de negocios?

Me encogí de hombros.

—¿Te molesta? —Quise saber, y tuve la respuesta en su rostro; se quedó en silencio, con las cejas caídas, acomodando su mejilla en el puño que cerró inmediatamente al conocer mis intenciones. —Pensé que serías un buen aliado —reí. —Pero creo que no es una buena idea.

—¿A qué te referes?

Y de nuevo, obtuve su atención.

Acerqué mi cuerpo, pegando mis pechos al filo de la mesa. Mirándolo sin pestañear.

—Para tocarle la polla a Aleksander —citó las propias palabras de Bogdánov —hay que ser accionistas de un 10%. Tú tienes un 5, yo un 2. Consigamos lo que nos falta. Te ayudaré. Tengo dinero...

—Un dinero que has ganado hundiendo a otras empresas —él se quedó en silencio para catar una vez más el vino que le sirvieron. Otro que se encargó de investigar los pasos que di en los dos últimos años. —¿Por qué me la iba a jugar? Si hundes el negocio de Aleksander, yo también perderé mi dinero.

Arrastré mis uñas por la mesa sin que él se diera cuenta. Lo estaba perdiendo y tenía la solución para ganarme su confianza. Por supuesto que quería arruinar el negocio de Aleksander, pero también quería vengarme de él. Así que, si André conseguía aumentar su patrimonio a través de las ventas de *Lux Bogdánov*, me daría absolutamente igual. Cada uno podía jugar sus cartas a su manera.

—O lo multiplicarías —tragué saliva, tenía que librarme del nerviosismo que me entró. —Yo solo quiero demostrar que puedo llegar alto una vez más. Después, y lo prometo, desapareceré.

—¿Os habéis acostado?

La pregunta me tomó por sorpresa.

—¿Disculpa?

—Si te vas a acostar con él, adiós negocio —él frunció el ceño. —Todas caen. Unas se van llorando, otras desaparecen o simplemente terminan por suicidarse. No me fío de ti. Y menos si eres una mujer.

Odiaba que los hombres nos tuvieran como el sexo débil. Nosotras nos enamorábamos, pero ellos también. Podíamos sufrir, pero los hombres no terminaban de curar los golpes que la vida les daba. Estaba dispuesta a callar todas esas bocas que parlotaban sin conocer lo asombrosas que podíamos llegar a ser.

Y si tenía que acabar en la cárcel por matar a un hombre, no me importaba deshacerme de otro más si seguía cuestionándose mi poder.

—Cariño, —mantuve la voz baja —no mezclo placer y trabajo. Y si eso sucediera, déjame decirte que no caeré por un polvo y perderé mi dinero por una polla alemana. O te unes, o te conviertes en mi enemigo. Tú decides.

Acabé amenazándolo. O estaba en mi barco, o me encargaría de que el suyo jamás tomara tierra. André endureció la postura, y estaba convencida que en cualquier momento estallaría de ira. Pero antes de que lo hiciera, me aseguré de escuchar su decisión.

—¿Por qué debería tenerme miedo? —Se acercó, acechándome como un depredador. —Eres una zorra sin armas.

¿Eso es lo que pensaba?

Mi arma entró en el restaurante. Una mujer de cabello caoba, paseaba entre las mesas mostrando un hermoso vestido negro. Echó hacia atrás su cabello rizado, y se dejó caer en el asiento continuo al mío. Miró al francés, y se limitó a sonreír en el momento que me dejó un fichero lleno de documentos.

—Ella es Gwendolyne, —la presenté —mi asistente. Podemos decir que estamos entre amigos —nosotras reímos, él no. —Debió de ser duro salir de ese orfanato alemán y que nadie creyera a un pobre niño francés. En los años 80 se ocultaron muchísimos casos de pederastia — André se quedó paralizado ante mis palabras. —Ese cura te hizo daño. Abusó de ti y salió sin cargos. André, yo podría decirte dónde está ese hijo de puta —esperé a que reaccionara, pero no lo hizo. —Te prometo que, si estás a mi lado, te daré la información que has buscado durante tantos años.

—¿Co-cómo? ¿Cómo lo sabes?

No podía confesarle que los padres de Gwen se encargaron de defender a la iglesia ante todas las barbaridades que cometieron en la Alemania de los 80.

—Yo gano voz y voto en *Lux Bogdánov*, y tú te encargas del cabrón que jodió tu infancia — estiré el brazo esperando a que estrechara mi mano. —¿Te unes?

Odié la lujuriosa mirada del hombre que cité en el restaurante, pero tenía que comprender que por dentro estaba roto.

—Acepto —dijo, con un nudo en la garganta.

Gwen me informó que Aleksander había llegado al restaurante. Antes de que me buscara con la mirada, intenté levantarme, pero mi amiga me lo impidió. Rodeó mi brazo con la mano, y antes de que marchara, acercó su mejilla junto a la mía, fingiendo que depositaba un beso.

—Disfruta jodiendo a ese cabrón.

Sonreí.

—Lo haré. Dame 7 minutos antes de reunirte con nosotros.

Ella asintió con la cabeza, y se quedó junto André, el cual no había visto aparecer a Aleksander.

Intenté caminar lo más silenciosa posible, pero los tacones no me ayudaron lo suficiente. Detuve mis pasos detrás de Aleksander, el cual se giró y se lanzó como un cachorrito indefenso a mis brazos.

—Estaba deseando verte —dijo, observándome con una sonrisa pícaro. Sacudí la cabeza, y aferré mis dedos al bonito traje blanco marfil.

—No me recites las mismas palabras que a las demás.

Soltó una carcajada.

—No eres como las demás, cariño —acomodó su enorme mano en mi mejilla y paseó su pulgar sobre mis labios. —Me dejas inconsciente en tu sofá, y en vez de preocuparme, sigo buscando una excusa para verte y dejar de jugar con mi polla que no deja de emocionarse cada vez que estás cerca.

—Deberías controlar tu falta de sueño —aparté su mano, y me acerqué a su boca. —No me

gusta jugar sola.

Echó hacia atrás la cabeza, y volvió a reír.

—¿Quieres jugar?

Me mordisqueé el labio, y asentí con la cabeza.

Se encargó de que respirara sobre su boca.

—Juguemos —susurré.

—Vamos a mi apartamento.

—No —me aparté de su lado. —Fóllame aquí —apunté los baños del restaurante con la cabeza. —Te espero ahí dentro.

Él apretó la mandíbula.

Di unos pasos hacia atrás, alejándome de la tensión de su cuerpo. Estaba al borde del descontrol. Una vez que lo abandoné, se encargó de hacer todo lo que le pedí. Me siguió como un perro callejero dispuesto a lamerme la mano y todo lo que le tendiera.

Aleksander creyó que estaba dispuesta a encerrarme en una de las cabinas individuales del baño de señoras, pero cuando me encontró sentada en el lavámanos, bajándome las bragas sin temer que nos descubrieran, se lanzó sobre mí hambriento de sexo.

Jadeé cuando su lengua atrapó el lóbulo de mi oreja. Llevé mis manos hasta sus duros glúteos y clavé mis uñas sobre la carne cubierta por sus pantalones de traje.

Podía sentir, como su endurecido miembro, sobresalía de la tela. Lo miré a los ojos, y antes de besarlo, jugué con su paciencia. Alejándome de su necesitada boca. Apartando su cuerpo cada vez que descansaba sobre mi pecho.

Y de repente pasó. Una mujer apareció en el baño, sobresaltándonos. Aleksander la miró a través del espejo, yo, simplemente sonreí y él ni siquiera se dio cuenta.

—¿Ruby? —preguntó, con una temblorosa voz.

La mujer mantuvo su rostro oculto en todo momento. Aleksander se alejó de mí e intentó seguir el fantasma que lo torturaba. Pero no lo dejé. Tiré de su corbata y lo obligué a que me mirara a los ojos.

—Suéltame —gruñó.

—¿Qué sucede? ¿Es tu novia?

Esperé una respuesta.

Pero solo dijo el nombre de mi hermana.

—Ruby.

¿Por qué se asustó? Él era el culpable de su muerte.

Capítulo 10

Aleksander consiguió quedarse en el baño sin salir detrás de la mujer que nos interrumpió. Acomodó las manos a cada lado de mi cuerpo y presionó mi pecho con su cabeza. Su cuerpo tembló y gruñó por la ira que sintió al sentirse impotente por no descubrir quién llevaba el vestido de Ruby. Podía sentir un dolor que nació en él en cuestión de minutos. Pero en el fondo estaba fingiendo; o eso intenté decirme. No podía sentir lástima por él. Tenía que ser fuerte y descubrir que pasó entre ellos dos.

Me limité a ser la mujer dulce que insistía en seducirlo. Pasé mis dedos por su cabello y lo obligué a que me mirara a los ojos. Cuando sus ojos marrones se perdieron en los míos, tragué saliva ante la sorpresa de verlos aguosos por las lágrimas que amenazaban en salir.

Su miembro, que estuvo hinchado y deseando estallar en mi interior, desapareció.

—Quiero salir de aquí —dijo, levantando la mirada con horror. Por primera vez vi a un hombre débil que se consumía por su pasado. —Me gustaría que vinieras junto a mí. Pero entenderé si tu decisión es otra.

Mi expresión se había cerrado inmediatamente, haciéndose serena y sin emoción. Estaba confusa y no luché por liberar toda la ira que sentía hacía él. La cólera se escapaba y me estaba convirtiendo en una mujer débil por no controlar los sentimientos. Aleksander Bogdánov estaba jugando conmigo, y tenía que detenerlo pronto.

No me quedó de otra que asentir con la cabeza. Él rodeó mi cintura con sus enormes manos y me ayudó a bajarme del lavamanos que ocupé durante unos minutos. Me ajusté el vestido al cuerpo, y seguí inmediatamente sus pasos. Salimos del restaurante y no conseguí despedirme de Gwen, la cual observó la escena desde la otra punta del local.

En la puerta de *Mit Klasse*, nos esperaba un hombre elegante que le tendió las llaves de su coche. Antes de ayudarme a subir, Aleksander agradeció al trabajador económicamente. Desapareció de su vista con una amplia sonrisa, y me ayudó a que ocupara el asiento de copiloto levantando la puerta del vehículo hacia arriba.

Él hizo lo mismo. Posó las manos en el volante, y se obligó a sonreír para no preocuparme.

Tenía tantas preguntas que hacerle, que cuando llegáramos al club, las soltaría acompañándolas de una buena copa de alcohol.

Rompí el incómodo silencio que nació entre los dos.

—Bonito coche —dije, mostrando los dientes en una sonrisa.

Aleksander pareció haber olvidado a Ruby.

—Es el coche más exclusivo que tenemos en *Lux Bogdánov*. Hay cinco; El primero salió directamente para un jeque árabe. Cristiano Ronaldo se enteró y nos pidió el segundo. El tercero se fue directamente a Moscú. El penúltimo se perdió en España para el príncipe Kenneth que insistió tenerlo en la mayor brevedad. Y el último, para el dueño de la empresa—presumió.

Veinte minutos después, cuando Aleksander terminó de contarme la historia del modelo AZ-K500, nos detuvimos en las puertas del club. De nuevo un aparcacoches nos esperaba con su mejor sonrisa. Bajé con cuidado, y cuando Aleksander apareció a mi lado, no dudé en rodear su brazo con el mío.

Empujaron las puertas del club, y nos colamos en una noche donde el sadomasoquismo era el protagonista. Las parejas paseaban por la sala en busca de un sumiso o un dominante que jugara con ellos un par de horas. Nosotros, por lo contrario, ocupamos una mesa mientras que el camarero nos sirvió un par de copas.

Bebí sin mirar a mi alrededor. Los jadeos estallaban en mis oídos, y los latigazos, sin tocar mi piel, me erizaban el vello de los brazos. Aleksander miró la enorme cruz que habían arrastrado hasta el escenario; mediría unos dos metros, y la persona que se encargó de atarse, era una mujer que se cubrió con un traje de látex que dejaba sus pechos y su sexo desnudo.

—Antes era divertido —dijo, llevándose la copa a los labios. Cuando se la bebió de un trago, el camarero le sirvió de nuevo. —Aquí conocí a Ruby.

No quería creer que mi hermana frecuentaba clubs eróticos. Pero después de la llamada que recibí por parte de la policía, donde me anunciaron el lugar donde murió, me di cuenta que mi querida Ruby me ocultó cosas. Y me dolió. En el fondo estaba terriblemente asustada por todo lo que hizo cuando desapareció de nuestro lado.

—¿La chica que has visto antes?

Dejé de beber.

—No. Dudo que fuera ella —otra copa. Aleksander se bebió una botella de *Belle Epoque* él solo. —Habrás escuchado todo lo que dicen de nosotros dos —respondí encogiéndome de hombros. Él, sorprendido y con los ojos entrecerrados, cogió mi mano. —No la maté. Tienes que creerme.

«Algo le hiciste, cabrón» —Pensé.

Me mordí el interior de la mejilla. Podía sentir las uñas clavándose en mi piel y destrozando la carne ante la ira que me golpeó de nuevo.

—Era una cría. Una dulce y bonita niña que se cruzó en mi camino —rió, recordando la primera vez que la vio. —Estaba perdida. Sin familia. Sola en una ciudad que desconocía.

Ella no estaba sola. Tenía una familia que la quería. La adorábamos. Él la cambió. Aleksander consiguió que se olvidara de sus padres y su hermana mayor.

—¿Tu pareja? —pregunté, con la voz temblorosa.

Negó con la cabeza.

—No. Nunca fuimos pareja —confesó. —La quise. Pero jamás la amé.

Le pedí al camarero que me llenara la copa. Quería estar ebria para escuchar todo lo que me tenía que contar Aleksander de mi hermana.

—Y, ¿por qué te atormenta?

Él bajó la cabeza y me respondió sin mirarme a los ojos.

—Porque cuando ella se quitó la vida, me condenó. Te repito que era dulce y bonita, —paseó el dedo índice por el borde de la copa de cristal —pero también se convirtió en una niña manipuladora y caprichosa.

Si hubiera tenido el arma en el pequeño bolso que escogí para la reunión con André, habría sido capaz de volarle los sesos en aquel instante. Nadie, y muchísimo menos él, podía hablar mal de ella.

—Ruby fingía ser una mujer que me conquistó —siguió hablando. —El problema vino cuando empezó a ser ella misma. Me desilusionó.

Apreté los dientes y evité hablar de Ruby. Porque si lo hacía, Aleksander me descubriría. Estaba llena de rabia, dolor y por dentro no era capaz de controlar mis emociones. Seguí bebiendo hasta que sus palabras se convirtieron en murmullos que se perdían en mis oídos. Me centré en el show erótico que ofreció el club, y dejé caer mi cabeza hacia atrás para observar con curiosidad los latigazos que recibía la mujer de negro. Jadeaba de placer, y se retorció ante la necesidad de más.

De repente Aleksander se dio cuenta de que una de mis manos se acomodó sobre mi rodilla y ascendió por el interior de mis muslos.

Una vez leí, en un artículo estúpido, que el dolor podía desvanecerse por otra emoción.

Yo ya no amaba a nadie. No tenía a la persona que quería junto a mí.

—Será mejor que nos vayamos a mi apartamento —Aleksander se arrodilló al otro lado del asiento que ocupé. Reí ante su atrevimiento al tocarme por encima de las bragas. —Me gustaría hacerte mía. Quiero desnudarte. Besar cada rincón de tu cuerpo. Aprender a darte placer y fundirme en tu coño húmedo.

Bebí demasiado; tanto, que delante de mí no estaba Aleksander el asesino. Tenía a mis pies un hombre con el miembro erecto dispuesto a hacerme suya hasta que terminara jadeando cerca de su oído.

Acepté su mano y tiró de mi cuerpo. Los gemidos de los integrantes del club nos abandonaron en unos veinte metros aproximadamente.

Cuando abrí los ojos, después de la cabezadita que di en el coche, no hubo más palabras por medio. Solo su beso, su toque y la necesidad de tener las manos recorriendo mi cuerpo. Me dejé llevar. No pensé en nada más, salvo caer en sus brazos.

Sus labios bajaron hasta los míos, su lengua empujó proclamándose dueño de mi boca mientras que nos llevaba al dormitorio principal. No sabía muy bien cómo me liberó del vestido, aunque realmente no importaba. Lo que necesitaba era su toque, el calor que desprendía su cuerpo y la necesidad de tenerlo dentro de mí.

Nuestras lenguas compartieron el gusto que nos inundó el alcohol con unas gotas dulces de miel. Acomodó mi cuerpo sobre la cama de matrimonio, y antes de regresar a mí, se desnudó rápidamente antes de que mi cuerpo sintiera frío y añorara el calor.

—No te vas a escapar esta vez —gruñó, cuando se dejó caer. Acarició mis pechos, y endureció mis pezones con su húmeda boca.

—Entonces deberías atarme —vacilé. —No olvides que los gatos callejeros podemos comer de la mano de cualquiera.

—Tú no lo harás, gatita.

Gemí.

Él gruñó ante el sonido que se me escapó de los labios, pero aun así se limitó a mostrar una sonrisa. Sus ojos se arrugaron con una risa, y bajó la mirada con ternura.

—La primera vez que te vi, curioseando un club que seguramente jamás pisaste, estaba tan duro que estuve a punto de romper mis pantalones. Podía ver en ti una mujer que deseé sin conocer. Me dejé caer incluso ante las advertencias que me mandaba mi consciencia. Pero contigo solo puedo pensar con la polla.

No debió haberse rendido tan fácilmente, pero estaba diciendo la verdad.

—¿Es tu forma de darme la patada en un futuro?

—No —besó mi cuello y arrastró los dientes cuando se dio cuenta que no me disgustó. —Es mi forma de decirte que yo mismo te arrastraría a mi cama cada noche.

—¿Podrías cumplir todas mis fantasías sexuales?

Él era tan varonil, un hombre que venía de un núcleo machista que no sabía si podía complacer todos mis caprichos sexuales ordenados por una mujer liberal.

—Prometo que lo haré, gatita mía.

Sus manos se colaron en mi cabello cuando pareció saborear el gusto de mis labios; Lamió, bebió y gimió ahogando un pequeño gruñido.

Lo miré, intentando no cerrar los ojos por el cansancio que empezaba a sentir por el alcohol. Había deseado olvidar todo mi dolor en los brazos de un hombre que solo pudiera darme placer y no amor. Y acabé excitada, saltando sobre el cuerpo de Aleksander que demandaba tenerme junto a él.

—Sí, mírame de esa forma mientras te follo —susurró. —Tienes unos ojos muy bonitos. Curiosos y lleno de manchas verdes que se aclaran cuando estás excitada.

Separé los muslos despacio, abriéndome ante para Aleksander mientras que él se posicionaba entre ellos. Podía sentir su miembro, duro y pesado acariciando mi sexo y presionándose contra el clítoris.

Rodé las caderas contra él, manteniendo el aliento entrecortado mientras que el calor de su dura erección tocaba los pliegues de mi vagina. Se entretuvo lamiendo mis labios una y otra vez. Moviéndose para arrastrar su miembro a lo largo de mi sexo hasta que la gruesa cabeza se perdía en el interior de la entrada.

—¿Y si no lo hago? —pregunté, arqueándome de placer. —¿Vas a castigarme?

Apretó la mandíbula y recuperó la lucha que mantenía su cintura.

—Si mi gatita no está dispuesta a complacerme con esa mirada que agranda mi polla, debería joderte el culo —dijo, emocionado. —Seguro que sería el primero. Hmmm...

No le respondí. Entonces él se deslizó, llenándome de un calor pesado y una dura fuerza que desvaneció mis pensamientos. Podía sentirlo estirándose, apretando sus músculos por las consecuencias de cada dura oleada de líquido preseminal que me llenaba. Sentí un hormigueo por sus movimientos, estaba sobre mí, moviendo lentamente su miembro en mi interior. Me cogía con suavidad y con una delicadeza que me negaba a sentir.

Nada de amor. Nada de sentimientos. Solamente quería sentir a dos cuerpos ardiendo mientras que devoramos el cuerpo del otro por la excitación.

Empujé más fuerte que él. Clavé las piernas alrededor de sus caderas mientras que dejaba que sus labios se apartaran de mi boca para recorrer mi piel. Sus besos estaban llenos de una pasión prohibida.

Arqué la espalda mientras todo en mi interior explotaba; el cuerpo se tensó, mi sexo se contrajo alrededor de su erección que se levantaba hasta que sentí la liberación. Después de unos

minutos, encontré la fuerza para bajar mis piernas de su espalda, y descansar de la lujuria que me había llenado minutos antes.

Su cuerpo se echó hacia atrás, sacando su vibrante miembro que me humedeció mis ingles de esperma.

—Dulces sueños, gatita —susurró, dejando caer su cabeza contra la mía. Ambos estábamos cansados.

Esperé a que se quedara dormido, y cuando los primeros ronquidos aparecieron, me levanté de la cama con sumo cuidado hasta encerrarme en el cuarto de baño. Cuando Aleksander se corrió dentro de mí, la borrachera desapareció de golpe.

El corazón me latía muy rápido, y las manos me temblaban.

—¿Qué he hecho? —me había vuelto loca.

Tenía que salir de allí y buscar una farmacia que estuviera abierta para tomarme la píldora del día después. Salí del baño para recoger mi ropa, y antes de salir de la habitación, me detuve en el armario por curiosidad. Cuando lo abrí, no esperé encontrarme con prendas de mujer. Entre éstas, un vestido que conocía perfectamente.

«Ruby se encontraba tumbada sobre mi cama mientras que maldecía en voz baja. La sorprendí probándose uno de los vestidos que me compré cuando me gradué en la universidad.

—¿Qué haces? —pregunté, riéndome ante los movimientos que daba.

—¡No te rías de mí! —me mostró el vestido. —Tengo una cita. Y pienso ponerme el vestido. Ella había ganado un par de kilos desde que empezó a trabajar en la cafetería de su padre.

—¿Quién es el chico misterioso?

Me tumbé a su lado y dejé que describiera a su primer amor.

—No es un chico —rió. —Es un hombre. Una persona muy importante.

—¿Qué edad tiene?

Ruby me miró, y después me dio la espalda.

—Vive en Núremberg.

—¿Cómo piensas ir a Núremberg? ¿Tu padre lo sabe?

—¡Deberías apoyarme, Peyton!

No quería que gritara. Acomodé mi mano sobre su hombro y la miré a los ojos.

—Muy bien, tienes una cita. Pero, ¿por qué no le pides a Gustav que te lleve?

—Papá se enfadará conmigo —se aferró al vestido rojo. —Te prometo, Peyton, que es el hombre de mi vida. Él no me quiere, pero lo hará.

Se estaba comportando como la niña que era; tenía 17 años y todo lo veía de color de rosa. Seguí su juego.

—Está bien —besé su mejilla. —Quédate el vestido. Te lo regalo.

Se puso tan contenta, que saltó sobre mi cuerpo para abrazarme.

—Te quiero, Pe.

—Yo también te quiero, Ruby.»

Tenía en mis manos el vestido que le regalé a Ruby el día que tuvo su primera cita con Aleksander. Lo miré por encima del hombro y me pregunté qué me estaba ocultando. ¿Por qué guardaba la ropa de mi hermana en su armario?

Quedé alarmada, sin darme cuenta que Aleksander despertó y me vio sosteniendo el vestido de Ruby con el pulso tembloroso.

Capítulo 11

El miedo invadió mi cuerpo. Cuando llegué a Núremberg no pensé en ningún momento que sufriría un ataque de ansiedad; pero ahí estaba, tumbada en el suelo después de darme una ducha con agua fría mientras que paseaba entre mis dedos la pequeña pastilla que me salvaría del gran error que tuve la noche anterior junto a Aleksander. Me costaba respirar. No me sirvió de nada que saliera de la bañera para acomodar mi cuerpo boca arriba. Sentí una presión en el pecho y un dolor en el brazo izquierdo que gritaba a voces los síntomas de un infarto. Arrastré mi cuerpo desnudo por el suelo, y cuando llegué a la habitación, rebusqué en el interior de los cajones de la mesita de noche. En uno de ellos, había una botella pequeña de vodka negro. Me deshice del tapón, lanzándolo bien lejos, y antes de que se me ocurriera cualquier estupidez, hundí la pastilla dentro de mi boca y le di un buen trago al alcohol de treinta grados que me estuvo esperando durante días entre las prendas de ropa interior.

De nuevo estaba bebiendo para olvidar un dolor que jamás desaparecía de mi cabeza. Y sin darme cuenta, estaba cometiendo locuras por no ser consciente a la hora de tomar las decisiones adecuadas contra Aleksander Bogdánov. Me acosté con él borracha. Tenía claro que acabaría en su cama, pero no por beber más de la cuenta. Las consecuencias fueron follar sin condón. Estuve a punto de quedarme embarazada de un hombre que entró en la vida de mi hermana y la presionó hasta que acabó con su vida.

Tenía que odiarlo, y no desearlo cuando el alcohol recorriera mi garganta. Porque por ese motivo me estaba castigando en aquel momento; por disfrutar de su cuerpo y jadear ante las caricias que recibí. Por desearlo los veinte minutos que estuvo entre mis piernas.

Y ahí estaba, recordándolo una vez más y torturándome físicamente una vez que mis uñas arañaron mi piel; las clavé en los hombros y fui bajando una vez que perdí el control. Me detuve en las muñecas una vez que gimoteé de dolor.

Estaba perdiendo la cabeza. Actuaba como una niña asustada ante un hombre que su única arma era el dinero; y podía ser peligroso. Ocultó pruebas que jamás llegaron a juicio y por ese

motivo su trasero seguía suelto por la ciudad.

Me levanté del suelo, hundí las manos en la cama y empujé mi cuerpo hacia arriba para volver a la realidad. Tenía que joder a ese hombre y conseguir que lo perdiera todo hasta que no le quedara nada, salvo sus errores. Y si no empezaba rápido, pronto, descubriría que los ojos que tanto disfrutaba a la hora de que lo observaran cuando sus caderas empujaban para penetrar su miembro en mi interior, encontraría el parecido que compartía con Ruby; los ojos que heredamos de la abuela.

Fui caminando por la habitación. Con el cuerpo desnudo y el cabello humedeciendo mi espalda. Quedé delante del espejo, observándome sin pestañear. Conseguí seducir a un hombre que me marqué como meta. El problema era él y sus caprichos.

Guardaba la ropa de Ruby y ni siquiera conocía el motivo porque salí corriendo. Vagaron ideas estúpidas por mi cabeza; fetiches, obsesión, pruebas de ADN. ¿Cómo no iba a volverme loca? Solo buscaba el motivo suficiente para acabar con él o conseguir que terminara en la cárcel. Y sí, mi hermana acabó con su vida. Pero, en el fondo, muy en el fondo de mi corazón, seguía pensando que alguien la incitó a ella.

Aleksander Bogdánov

Repetí una vez más su nombre:

Aleksander Bogdánov.

Si algún día terminaba en la cárcel, en un manicomio o bajo tierra, lo haría llevándome junto a mí al causante de todos mis problemas.

El timbre me sacó de mis delirios. No esperaba ninguna visita, así que dejé que siguieran insistiendo como de costumbre. Cuando me cansé de escuchar que la persona no dejaba de insistir, me cubrí con una bata de seda y calcé mis pies desnudos con unos calcetines blancos a juego con la otra prenda de ropa que me cubrió. Intenté deshacerme de las lágrimas que recorrieron mis mejillas cuando salí de la ducha, y estiré los labios para mostrar mi mejor sonrisa.

No esperaba encontrarme a Aleksander a las siete de la mañana en mi apartamento, con su bonito traje negro y cubriendo parte de su rostro con un enorme ramo de rosas blancas. Al menos no molestó a la señora Harris, la cual obedecía todas sus órdenes por miedo quizás a perder el empleo.

Si se plantó en mi hogar, fue porque huí de él sin despedirme. Me descubrió rebuscando en su armario, sosteniendo el vestido de una mujer. Y cuando esos ojos marrones se posaron en mí, corrí sin mirar atrás; vistiéndome torpemente mientras que buscaba la salida de su apartamento. Y una vez que lo conseguí, en vez de coger el ascensor, me obligué a mí misma a bajar por las escaleras de emergencia al escuchar la dominante voz de Aleksander. No consiguió detenerme, así que volvió a refugiarse en su propiedad y planeó el próximo encuentro entre los dos.

Torpemente, y sin saber cómo actuar, quedé a un lado de la puerta para que se colara en el interior. Fue mi invitación por tomarse las molestias en su intento de reunirse conmigo. Entró con esa bonita sonrisa con la que intentaba conquistar a las mujeres, e intentó besar mis labios una vez que nuestros cuerpos quedaron cerca.

No lo detuve, y ni siquiera rechacé el ramo como la última vez. Lo acepté, y saboreé sus carnosos labios una vez que volvió a posarlos sobre los míos.

—Buenos días —saludó, cerrando la puerta del apartamento. Antes de seguir con la conversación, observó detalladamente la bata de seda que cubría mi cuerpo desnudo. —Podrías haberte duchado en mi casa. Me he sentido muy solo al despertar sin tu presencia. Saliste corriendo.

Simplemente, asentí con la cabeza. Dejé el ramo de rosas sobre la barra americana, y antes de que se acomodara en uno de los taburetes que separaban el comedor de la cocina abierta, le serví una taza con café e insistí en que me acompañara.

—Trabajo.

—¿A las cuatro de la mañana? —preguntó Aleksander, con una sonrisa. —¿Te fuiste por la ropa que encontraste?

Y no era estúpido. Por eso lo tenía tan complicado. Porque en cualquier momento, Aleksander, dejaría de ver un cuerpo de mujer y se centraría en todas las cosas extrañas que le estaban pasando desde que llegué a su vida.

—¿Crees que me asusté por ver ropa de mujer dentro de tu armario? —No respondió. —He salido con hombres raros. No te preocupes. Cada uno tiene sus fetiches. No busco una explicación por lo que encontré anoche. Puedes tranquilizarte —sonreí. A diferencia de él, que bajó la taza que sostuvo durante unos segundos y no fue capaz de darle un sorbo al café. —Mientras que no me pidas que aplaste tus pelotas con unos zapatos de tacón, yo no juzgaré lo que buscas en mí. Y si buscas algo, claro está.

Ni siquiera me dio tiempo a empujar mi cuerpo hacia un lado cuando él se levantó de su asiento. Quedó detrás de mí, sosteniendo los mechones humedecidos de mi cabello. Lo dejó a un lado y besó el lóbulo de mi oreja antes de detener sus besos en la larga curva de mi cuello. Respiró profundamente, y abrió la boca para susurrar algo contra mi piel.

—Hablas muy rápido cuando te pones nerviosa —dijo, calmado. Siguió jugando conmigo. Al darse cuenta que mi piel se erizó, sus palabras no se detuvieron. Al contrario, era consciente que esas caricias empezaban a gustarme. —Te hablé de Ruby. ¿La recuerdas?

Tragué saliva.

—Una mujer que cuidaste porque creíste que era débil y necesitaba a un hombre para sobrevivir en las grandes calles de Núremberg.

Su lengua se movió sobre mi hombro, y bajó cuidadosamente la bata sin terminar de quitármela del cuerpo.

—Lo has vuelto a hacer —rio. —Atropellas las palabras cada vez que te pones nerviosa. Es cierto que soné un tanto posesivo e ignorante ante una mujer libre en una ciudad como la nuestra. Pero, y repito para finalizar sobre este tema, que Ruby era una mujer manipuladora que sabía ganarse los sentimientos de los hombres a través de los chantajes. Ella llegó a mi vida e intentó formar parte de ésta. Como no lo consiguió, lloró hasta colarse en mi apartamento. A mí no me molestó, gatita, pero durante ese tiempo no podía reunirme con otras mujeres que deseaba sexualmente. Y, ¿sabes por qué? —Le respondí encogiéndome de hombros. —Porque ella creyó que teníamos una relación. Así que pensé que con el tiempo olvidaría esa estupidez, y empezaría a estudiar la carrera que le pagué. No lo hizo. Se quedó en casa. Me llamaba todo el día, y cuando no le cogía el teléfono, venía a buscarme al trabajo. La prensa la fotografió junto a mí —volvió a reír con nerviosismo —porque siempre seguía mis pasos. Nos vincularon; creyeron que sería la futura esposa de Aleksander Bogdánov. Lo terrible de todo, es que cuando le dije a Ruby que dejara de preparar la boda ficticia que se creó en su cabeza, desapareció de mi hogar y de mi vida. Dos meses después, —Aleksander se tensó —apareció en el club y se quitó la vida.

»No, gatita, no tendrás que pisotearme las pelotas. Ni retorcerme la polla cada vez que creas que soy un asesino. Porque no lo soy. Esa mujer perdió la cabeza, y me jodió la vida. Hace un año que las ventas en *Lux Bogdánov* están cayendo por la mala fama que se creó. De ahí que quiera hacer un nuevo vehículo exclusivo. Para volver más fuerte que nunca. Mi padre piensa que

necesito la ayuda de cuatro millonarios aburridos para sacarme del pozo en el que caí. Pero no os necesito. Déjame hacerte una pregunta. ¿Por qué me tienes miedo?

Seguramente la pregunta la hizo al darse cuenta que mi cuerpo temblaba. Y no era por el tono de su voz o la rabia que sintió al contarme su historia, más bien, porque no quería creerlo.

—No tienes que darme explicaciones sobre la joven que convivió contigo.

Aleksander rodeó mi cuello con sus largos dedos.

—¿Por qué no dices su nombre?

Me obligó a mirarlo a los ojos. En ese instante, pensé que estallaría; acabaría llorando si me obligaba a decir el nombre de mi hermana. Mantuve la cabeza bien alta, pero el miedo me dejó sin voz.

—Lo he dicho. En más de una ocasión.

—Yo creo que te cuesta hacerlo —bajó la mano por la clavícula y siguió descendió hasta bajarme la bata de seda por debajo de los pechos. Aleksander, un hombre atento, tendría su mirada en la firmeza de mis pechos y los endurecidos pezones rosados. Pero él se quedó asombrado ante los arañazos que marcaron mi pálida piel. —¿Qué te ha pasado? —Intentó acariciarme, pero temió hacerme daño. —¿Te duele?

Volví a cubrirme y empujé mi cuerpo hacia atrás para apartarlo de mi lado. Giré sobre la punta de los dedos de los pies, y quedé cara a cara con él. Cruzada de brazos, y con los labios apretados, ladeé la cabeza esperando a que borrara todo ese sentimiento de dolor fingido que sentía hacia a mí. Y le mentí. Si empezaba a confesarle que me maltrataba por el odio que sentía hacia su persona, huiría de mi lado.

—Te he dicho que salí de tu apartamento por trabajo. Llevo unas semanas aquí y no he sido capaz de arreglar todos los ficheros de contabilidad que llevo de una pequeña empresa que está situada en Freudenberg —dije, mordisqueándome el interior de la mejilla. —Pero, tú eres libre de creerme o no. Déjame decirte, Aleksander, que no me dan miedo los hombres atormentados. Lo que no voy a permitir es que creas conocerme y me juzgues por ello. Me da igual que hayas tenido o no una relación sentimental con una cría de dieciocho años. O que si ella se mató o tú la empujaste a la locura —arreglé con mis dedos el nudo de su corbata; seguramente esa mañana salió corriendo por miedo a que desapareciera de mi apartamento. —Me da igual tu pasado. No me importan tus problemas financieros. Estoy formando parte de *Lux Bogdánov* porque me interesa el dinero que sacaré de ello. Muy bien, cariño, hemos follado. Y podemos seguir haciéndolo. Simplemente, no me digas como tengo que hablar.

—Peyton...

Le corté:

—También me gustan los hombres sinceros —bajé mis manos hasta su duro y fornido pecho. —Dime, Aleksander, ¿realmente me echaste de menos en tu cama?

Si pensaba que era imbécil, o que mis miedos me revelarían, estaba muy equivocado. Podía exponer mi dolor, mi desconfianza, pero jamás, jamás en la vida, me delataría.

—Anoche follamos sin condón —adiós a la chulería. —No puede perseguirme otro escándalo. Estoy convencido que el nuevo modelo *B-15 MUSSA* llevará el nombre de *Lux Bogdánov* a las cinco marcas más importantes de vehículos de todo el mundo. Quiero conocerte, Peyton —no mintió.

—¿Pero?

—Pero a las espaldas de mi padre —dijo, sinceramente. Se acomodó al otro lado de la barra, y arrastró su cabello rubio hacia atrás. Parecía cansado, molesto con su actitud y avergonzado

conmigo. —Él quiere que sea como mi hermana. Busca la excusa perfecta para mantenerme al margen de la empresa que me dio mi abuelo. Así que si descubre que me veo con una mujer...él, —gruñó —pensará que le estoy obedeciendo.

—¿Quiere castrarte? —Bromeé.

—Sí, pero casándome.

Sentí su angustia. Aleksander no quería casarse, pero parecía su última opción. Me quedé en silencio, pensando en lo último que me había dicho. Era curioso, pero no estaba en mis planes conocer a su padre. Así que los cambiaría de nuevo.

El señor Bogdánov, era autoritario con su hijo menor, y si éste volvía a decepcionarlo, se quedaría sin la empresa. Quería una mujer familiar para Aleksander. ¿Qué sucedería si fuera todo lo contrario?

Reí en silencio. «Voy a disfrutar jodiéndote, Aleksander» —Pensé.

Y de repente, sonaron nuestros teléfonos móviles, anunciándonos que habíamos recibido un nuevo correo electrónico. Cuando leí el remitente, me sorprendió bastante; ya que las reuniones en *Lux Bogdánov*, las coordinaba la señora Harris, y no el padre de Aleksander.

Eckbert Bogdánov

Para: Peyton Raksy, y 10 personas más.

Email del martes 29 de enero

Señores, invitamos a todos los inversores de *Lux Bogdánov* a participar en la próxima reunión que será celebrada hoy, martes 29 de enero de 2019, con la finalidad de gestionar los últimos imprevistos y los cambios que se han caucionado en las funciones que aclaramos en la reunión de bienvenida.

Por lo necesario y requerido del tema se necesitará la confirmación correspondiente.

Atentamente,

Fdo Eckbert Bogdánov

—¡Hijo de puta! —Estalló. —Le doy la espalda un par de horas y se reúne con los inversores que él buscó para notificar algo de lo que no soy consciente —siguió hablando solo. —Ni siquiera puedo llamarlo padre. Es un traidor. En mayúsculas. Un cabrón que está dispuesto a hacerme la vida imposible para que deje mis proyectos.

Golpeó bien fuerte los puños contra la barra. No me quedó de otra que tranquilizarlo o me destrozaría el apartamento que me daba calor por las noches; lo odiaba, pero era mi hogar en Núremberg.

—Serán buenas noticias —dejé mi mano sobre su espalda, y lo acaricié.

—¿Tú crees?

No, esperaba algo horrible. Temí que André Boumedjane se hubiera puesto en contacto con su padre para hundirme y alejarme del nuevo proyecto que creó Eckbert. Así que imaginé lo peor al igual que Aleksander. Quedaba una hora para reunirnos.

—Lo que te voy a decir te sonará estúpido —recogí mi cabello, se estaba secando gracias a la calefacción. —Mi padre me dijo que nadie, ni siquiera esas personas que nos dieron la vida, podrían destruir nuestros sueños —sonreí al recordarlo. Lo echaba de menos. —No dejes que te hunda. Creo que, si has llegado tan lejos con treinta años, podrás seguir tú solo sin un hombre que cuestione todas tus decisiones. Da voz y voto a los inversores. Podrías llegar a un acuerdo para quitarlo de tu camino.

Eckbert podría cerrarle el grifo del dinero.

—¿Encarar a mi padre? —se cuestionó. —Me gusta.

—Muy bien, señor Bogdánov —le di la espalda. —Le veré en *Lux Bogdánov*.

Aleksander me detuvo, rodeando mi muñeca con su mano:

—Tengo un coche esperándome —me guiñó un ojo. —Puede esperar un rato más.

Aparté su mano de la mía y me acerqué a él con esa sonrisa traviesa que parecía gustarle más de la cuenta.

—¿No te has parado a pensar que si nos ve tu padre aparecer juntos empezará a creer que estás buscando una esposa para aumentar el núcleo familiar?

—Qué le jodan —soltó, con orgullo.

—Bonitas palabras de un hijo dedicadas a su padre —reímos juntos. —Me visto, y salimos.

Lo dejé en el comedor del apartamento, y salí en busca de un modelito para presentarme en la oficina; cogí lo más rápido sin darle importancia a la combinación de colores. Camisa blanca y pantalones negros que ocultaban los altos tacones que destrozaban mis pies. Recogí mi cabello lo más alto posible, y cuando los mechones descansaron sobre los hombros, pinté mis labios de rojo y me reuní con Aleksander. Me abrió la puerta, y siguió mis pasos mientras que mantenía su mirada en mi trasero.

El chofer condujo hasta las oficinas centrales de *Lux Bogdánov*, y cuando el ascensor se detuvo en la planta 35, salimos sin mirarnos a los ojos.

La señora Harris se encontraba repartiendo botellas de agua con el logo de la empresa, mientras que dos ayudantes servían en una esquina de la sala de reuniones aperitivos y bebidas calientes. Eckbert Bogdánov tardó media hora en reencontrarse con nosotros. Aleksander, enfurecido por la reunión improvisada, se mantuvo al margen de los inversores.

André ocupó la silla continua a la mía, y me saludó como el primer día que nos conocimos.

—Anoche no te despediste de mí —no parecía molesto conmigo.

—Últimamente lo estoy haciendo muy a menudo —aclaré, recordando que estaba huyendo de todos los hombres que se cruzaban en mi camino.

Él cogió el dossier que nos dejaron, y me pidió que echara un ojo a la sala. Me insistió que estábamos todos, pero no era cierto; faltaban tres personas.

—Hice mis deberes —reí. —Tres inversores menos. Les tuve que prometer el doble de lo que habían invertido. ¿Podrás cumplir?

Estaba asombrada. ¿Consiguió deshacerse de tres personas en menos de doce horas?

—Lo cumpliré —dije, abriendo el bolso y buscando el talonario. André me detuvo cuando Eckbert apareció con el rostro enrojecido por la ira que sintió al descubrir que los hombres que reunió para que lo apoyaran, estaban desapareciendo. —Pensé que no me ayudarías.

Bajé el tono de voz.

Nadie comenzó a hablar.

—Mantengo lo que dije ayer —me recordó. —Mientes. Y si quieres que sea tu socio, tendrás que darme respuestas.

—¿Quieres respuestas? —Asintió con la cabeza. —Haz que confíe en ti.

André sonrió, y después giró la cabeza para atender al señor Bogdánov.

—Siento haberos reunido sin avisaros con antelación. Pero esta misma mañana he sido comunicado que tres de los hombres que aceptaron el proyecto, abandonan la empresa. No sé qué está sucediendo, señores, pero no pienso dejar que crean que el negocio se está hundiendo. Déjenme mostrarles las últimas estadísticas que hemos tenido en bolsa. *Lux Bogdánov*, ha subido un 7,8. Llevábamos un año sin tener cifras como éstas. Por favor —siguió humillándose. —Cualquier duda o miedo que surja ante la inversión que han hecho, no olviden que Aleksander y yo tenemos un proyecto que estallará en el mercado de los coches de alta gama. ¿Quieren ahogarse en dinero? Sigán con nosotros.

Aleksander soltó una carcajada ante las palabras de su padre; la idea de reinventar un modelo de coche, fue idea suya y no de su padre. Salió de la sala con las manos en los bolsillos huyendo del hombre que lo atosigaría a preguntas sobre las personas que desaparecieron de la noche a la mañana.

Mientras tanto, André y yo salimos de allí, deteniendo nuestros pasos delante del despacho de Aleksander.

—Aquí tienes los talones —se los tendí. —Gracias.

—Aún es demasiado pronto para darlas, Peyton Raksy.

Reí.

—Si sigues investigándome, descubrirás que es mi verdadero apellido.

—Lo sé. Raksy, tu padre, trabajaba en una fábrica de carbón.

—Muy bien —le di unas palmaditas en el brazo. —Son datos que jamás borraré de mi historial. ¿Sabes por qué? Porque no me avergüenzo de él. André, ya te dije que quiero voz y voto en la empresa. No quiero destruirte ni hundirte si es lo que estás pensando.

—¿Qué pasa con Aleksander?

—Eso es diferente.

—Nos está mirando —se acercó a mí.

Me mordisqueé el labio y solté:

—Haz que sienta celos.

—¿Me ganaré tu confianza poniéndolo celoso? —Preguntó, aproximándose sin importarle que Aleksander lo odiara todavía un poco más.

Acomodó la mano bajo mi espalda, y besó mi mejilla para despedirse.

—Confía en mí —susurré.

Se abrigó con su americana, y se despidió de Aleksander alzando la mano. Observé con una sonrisa como desaparecía. Y sin darme cuenta, un hombre alto y bien vestido, quedó detrás de mi cuerpo.

—¿André?

Me sobresalté.

—Sí, André —repetí. —Se ha ofrecido a mostrarme los lugares más emblemáticos de Núremberg.

Aleksander rio nervioso.

—¿Por qué no me lo pides a mí?

No podía dejar que perdiera el interés en mí. Así que insistí; jugué con su paciencia que estallaría en cualquier momento. Y, venía caliente de discutir con su padre. Buscaba a alguien para consolarse mientras que se desnudaba.

—Cariño, porque tú me llevarías a la cama.

Paseó la lengua por sus labios.

—Cierto —dijo, sin intentar alejarse. —Te quiero para mí, Peyton. No pienso compartirte.

—Tranquilo, fiera, que seré toda tuya.

—¿Sí? —Calmó su ira. —Demuéstramelo.

Y estaba dispuesta a demostrárselo, pero de repente, sonó mi teléfono móvil. Al principio dejé que siguiera sonando. Miré a Aleksander, el cual estaba dispuesto a llevarme a su despacho. Aunque tuve que detenerlo cuando leí el mensaje de texto que recibí.

Gwendolyn escribió: Pey, deja todo lo que estés haciendo. Tu madre está muy nerviosa. Ven lo más rápido posible a Freudenberg.

«¡Mierda!»

Me aparté de Aleksander y él intentó detenerme de nuevo, pero no lo dejé. Esquivé a todos los trabajadores que se interponían en mi camino y busqué el ascensor para desaparecer de las oficinas. Él, siguió en todo momento mis pasos.

—¿Peyton?

Presioné repetidas veces el botón «0».

—Otro día, Aleksander.

«Otro día» —Pensé.

El viaje se me hizo largo. No estaba cerca de mi hogar, así que tuve que pagar más de la cuenta para llegar a Freudenberg en un par de horas. Cuando llegué a casa, Gustav se encontraba en el comedor dando vueltas alrededor del sofá pequeño. Me miró con los ojos tristes, y besé su mejilla para saludarlo. Indicó con la cabeza donde se encontraba mi madre. Podía escuchar su llanto y como se negaba a tomarse la medicación que le recetaron para la depresión.

Gwen se levantó de la cama y me abrazó con todas sus fuerzas. Estaba nerviosa. Ella también había estado llorando. Le pedí que me dejara a solas con mi madre, y cerró la puerta una vez que nos dejó madre e hija en la habitación de matrimonio.

—¿Mamá?

Ella no abrió los ojos.

Sacudía su cuerpo sobre la cama y gritaba con fuerzas el nombre de mi hermana. Acaricié su cabello castaño e insistí para que abriera los ojos. Cuando lo hizo, dejó de moverse y de gritar.

—¿Pey?

—Sí, mamá, soy Peyton.

Sonrió.

Llevaba semanas sin verla sonreír.

—Pey, cariño, ¿dónde está Ruby?

Era la pregunta que siempre me hacía cuando iba a visitarla.

—¿Cómo te encuentras?

Nunca le respondía.

—Tu hermana me ha llamado.

Le seguía el juego.

—¿Sí?

Sus ojos brillaron de alegría.

Rebuscó el viejo teléfono móvil que tenía. Lo mantuvo durante meses debajo de la almohada. Lo desbloqueó y me mostró un número desconocido que se puso en contacto con ella de madrugada.

—Nos echa de menos, Pey —saltó de la emoción. —Sé que volverá pronto a casa. Lo he intuido.

—Mamá...

Me interrumpió.

—Está embarazada. Ruby está embarazada.

Mi madre empezó a reír, acompañando la carcajada con aplausos. Siguió mostrándome el número desconocido, el cual la había llamado más de diez veces en el último mes.

«¿Quién diablos se estaba poniendo en contacto con mi madre y se estaba haciendo pasar por mi hermana fallecida?»

Capítulo 12

Aleksander Bogdánov

Las puertas del ascensor se cerraron, y me di cuenta que Peyton me había condenado a estar toda la mañana cachondo y deseando verla de nuevo. Su juegucito acabaría conmigo. No podía estar todos los días con el miembro erecto y esperando a reencontrarme con ella. Además, creí haber escuchado salir de su preciosa y carnosa boca las palabras «otro día». ¡Diablos! Yo la necesitaba en aquel instante. No podía moverme por la oficina con el cañón cargado y sin descargar.

Así que no tuve otra opción que tirar hacia arriba de la camisa que escondía en el interior de los pantalones del traje, y acomodarla por debajo de mi entrepierna hasta que llegara a mi despacho. La idea era quedarme un par de horas ahí encerrado sin que nadie me molestara. Bajé la cabeza para no encontrarme con la sonrisa educada de la señora Harris, y aceleré mis pasos una vez que crucé su escritorio.

Cuando llegué a mi despacho y me quedé encerrado, maldecí la visita inesperada de Charlie. Se encontraba sentado en mi silla, con las piernas cruzadas y acomodadas sobre el escritorio mientras que se fumaba uno de los puros que me enviaron desde España. Tragué saliva antes de enfrentarme a él, e intenté no romper el contacto visual para que mi amigo no se diera cuenta del problema que estaba teniendo. Pero fue rápido, y su mirada se cruzó con mi bragueta.

—¡Alek, amigo! —dijo, alzando la voz. —¿Qué tienes ahí? ¿Un bate? No sabía que íbamos a jugar a béisbol—. Al darse cuenta que no estaba para escuchar sus bromas, presionó un poco más ese humor mañanero que solo seguía a Charlie. —¿Qué ha pasado con el equipo contrario? ¿Se ha asustado y ha salido corriendo?

Su carcajada me incitaba a caminar hasta él, pasear mis dedos alrededor de su corbata, y ahorcarlo hasta que dejara de respirar. Pero la única opción, y la más legal, fue acomodarme en uno de los sillones y olvidarme de Peyton durante unas horas. Aunque con Charlie era difícil; no se olvidaba del sexo ni siquiera en un velatorio.

—Casualidades de la vida —rio. —Quería hablar contigo sobre la masturbación. Le he estado dando vueltas al tema. Cada día. Cada hora. Y no sé cómo cojones masturbarme para correrme antes —se levantó, hasta parecía preocupado por la forma en la que se rascaba la

barbilla. Me miró, y cuando se dio cuenta que empezaba a asesinarlo con la mirada, bajó el tono vacilón para hablar con seriedad. —Me he estado tocando toda una vida con la mano derecha. Pero, cuando estoy con la izquierda, siento que me gusta más. ¿Tú qué opinas?

¿Quería saber mi opinión? Me importaba una mierda como se masturbara. Yo solo quería estar aislado de los demás. Tomarme un par de minutos para mí antes de seguir trabajando. En ningún momento, y sonaba muy estúpido, había pensado debatir con Charlie sobre el tema que expuso ante la desgracia que sufrí.

Y cuando me levanté del asiento que ocupé nada más llegar al despacho, me di cuenta que la erección había bajado gracias a las estupideces de mi inseparable amigo.

Nos quedamos callados mientras que adentraba una vez más la camisa blanca en el interior de los pantalones del traje. Quedé delante de él, y abofeteé su mejilla con cariño. Él lo odiaba, pero era su castigo por ponerme histérico y por fumarse uno de los puros que recibí junto a una invitación de boda real.

—Alek, como buen amigo que soy, me hubiera sacrificado a chupártela.

Charlie era...Charlie.

—Tienes que dejar de automedicarte, el *sildenafil* de tu padre empieza a joderte las neuronas —descolgué el teléfono y marqué la extensión de mi secretaria. —¿Señora Harris? Si es tan amable tráigame dos cafés —su respuesta, un sí rotundo. —Siéntate, tengo que contarte algo.

Obedeció.

—¿Voy a tener que chupártela? Porque estaba bromeando.

La señora Harris, que escuchó la frase de Charlie, se puso nerviosa. Dejó inmediatamente los cafés sobre la mesa auxiliar que había centrada en un rincón del despacho, y con el rostro sonrojado, desapareció.

—Mi padre sigue creyendo que tiene el control de *Lux Bogdánov*. Vengo de una reunión que ha organizado a primera hora de la mañana para lamerle los cojones a los pocos inversores que quedan —cogí la taza de porcelana, y le di un trago a la bebida caliente. —Hace unas horas, tres de ellos, han salido corriendo.

Charlie quedó devastado. Es cierto, que en todo momento estuve en discordia con mi padre por reunir unos cuantos inversores para el negocio, pero no estar de acuerdo con él no significaba que fuera una mala idea.

—¿Ella también? —preguntó.

—No. Peyton sigue luchando —dije, y recordé que la vi junto al francés. —A mí me hubiera gustado recibir la noticia que el primero que salió corriendo fue André Boumedjane. Pero no. No lo hizo. Ahí sigue, con un 5%.

Mi amigo jugueteó con la cucharilla de plata, y dijo:

—Los inversores no son tu problema, Alek —me recordó—. Hay cosas peores fuera de la empresa. No lo olvides.

Y no lo haría.

Por un momento pensé que Charlie y yo podríamos seguir con nuestra charla, pero cuando el cuerpo de mi padre se coló en el interior del despacho, silenciamos nuestras palabras para que nadie las usara en nuestra contra.

—Señor Bogdánov —le estrechó la mano.

—Charlie, hijo, ¿cómo estás?

Con una sonrisa respondió:

—Bien.

—Me alegro —soltó, dándole una palmadita en el pecho. —Rebecca dará una fiesta esta noche. ¿Podemos contar contigo?

Charlie me miró. Yo, como de costumbre, era el último en enterarme sobre las fiestas que celebraba mi hermana junto a su marido. Le guiñé un ojo, esperando que su respuesta fuera *sí*.

—Por supuesto —se terminó el café. —Nos veremos esta noche —Charlie caminó hasta la puerta, y antes de cerrarla, terminó su despedida con la estupidez con la que se presentó. —¿Y tú, Alek? ¿Derecha o izquierda?

Reí.

Le respondí para que se fuera satisfecho.

—Derecha. Yo siempre seré de derecha.

Mi padre esperó a que mi amigo se alejara de la puerta, y se acomodó en el asiento que el otro ocupó. Me miró seriamente, y arregló su cabello canoso como solía hacer de costumbre.

—¿Puedo saber de qué estabais hablando?

Aguanté las ganas de soltar una carcajada.

—De partidos políticos, papá.

Acomodó su mano sobre mi hombro, sintiéndose orgulloso de mí.

—Espero que tú también vengas a la fiesta. Steffen y Rebecca anunciarán algo importante —sonrió. Con su hija mayor y el marido de ésta, no le costaba estirar los labios y mostrar su perfecta dentadura. —Podrías venir con esa mujer tan guapa que apoya a *Lux Bogdánov*.

—¿Peyton Raksy?

—Sí, la señorita Raksy.

Estaba siendo tan hipócrita conmigo.

—Me dijiste que no mezclara placer y trabajo —me levanté del sillón. —Que no cometiera tus errores, o acabarías conmigo. ¿No te acuerdas?

Mi padre se dio el lujo de reír mientras que se terminaba el café que dejé.

—Pero he cambiado de opinión —dijo, abotonándose la americana. —Parece una mujer inteligente, madura para su edad, y no una zorra como la última que se cruzó en tu vida. Aleksander, tuvimos problemas financieros cuando los abogados intentaron borrar públicamente el suicidio de una prostituta que estaba vinculada a ti. Si me he tomado la molestia de buscar inversores, es para lavar la mala imagen que quedó por tu culpa. Nadie quería adquirir un vehículo de alta gama diseñado por *Lux Bogdánov*.

—Yo no la maté —gruñí.

—Hijo, puedes decirlo un millón de veces, y seguiré sin creerte —concluyó él solo. —Preséntate con ella en la fiesta. Es hora de que sigas los pasos de tu hermana. Cásate, dame un par de nietos y olvídate de que eres un hombre libre. Eso te ha traído problemas. Es un consejo que te está dando tu padre. Acéptalo como un regalo de cumpleaños, Aleksander.

Antes de ser como Rebecca, abandonaría el negocio que me dio mi abuelo.

Pero, no era una mala idea presentarme en la fiesta junto a Peyton. Tenía ganas de verla y parecía la excusa perfecta para estar junto a ella una noche más.

Peyton Raksy

Gwen me sacó de la habitación una vez que mi madre se quedó dormida. Descansaba plácidamente y su marido se responsabilizó de vigilarla; por culpa de las pesadillas que sufría, ella intentó varias veces quitarse la vida, por eso siempre había alguien a su lado. Mi mejor amiga, una persona que jamás me pidió nada a cambio, se involucró en nuestra desgracia y prometió ayudarme a vengar a Ruby. Mientras que yo estaba cerca de Aleksander, ella cuidaba a mi madre y me aconsejaba en todo momento.

El silencio que nos rodeó en el comedor, fue abandonado cuando Gwen encendió el televisor. Un periodista, que se encontraba en Wolfsburgo, anunciaba la desgracia que había sufrido un sacerdote.

—Sube el volumen —pedí.

—Nos encontramos en Wolfsburgo. Los habitantes de esta pequeña ciudad de Alemania, lloran la muerte del sacerdote Bernhard Dölger. Han encontrado al hombre de 65 años fallecido en los escalones de la iglesia Christophorus. Cuando tengamos más noticias del caso, conectaremos en directo.

André Boumedjane se había encargado de deshacerse del hombre que abusó de él cuando era pequeño. Y, si fuera poco, cumplió su promesa; se libró de tres inversores y ahora estaba en mi poder su porcentaje.

—¿Te fiarás de él? —preguntó Gwen, sorprendida.

—Creo que sí —me encogí de hombros. —Aunque antes, tendré que ponerlo a prueba.

El teléfono móvil sonó. Aleksander, insistió durante un par de horas. Cansada de ver su nombre iluminado en la pantalla del iPhone, descolgué la llamada y puse el manos libres para que mi amiga lo escuchara todo.

—Hola, gatita —saludó, con su tono seductor.

Me aclaré la voz. Después de escuchar a mi madre, llorando y gritando ante la necesidad de tener junto a ella su hija menor, acabé estallando yo también; no quería que descubriera que estuve llorando.

—Cariño, no puedes echarme de menos todo el día.

Bromeé.

Él rio.

—También tengo que dejar de buscar excusas para verte. Pero de momento no puedo —se tomó su tiempo para proponerme algo. —¿Qué haces esta noche?

Gwen cogió un bloque de notas y escribió algo que recité:

—Había pensado leer *La dama de las camelias* acompañándolo con una copa de *Grenache*.

—Parece un buen plan —me lo imaginé sonriendo, rascándose la nuca y acercándose lentamente si lo tuviera delante. —¿Por qué no te tomas esa copa de vino conmigo?

—¿Tú y yo? —coquetteé.

—No puedo prometerte que no desee arrastrarte hasta mi cama. Pero puedo asegurarte que lo pasaremos muy bien —dejé que siguiera. —Mi hermana y su marido han organizado una pequeña reunión.

—Entonces, cariño, no creo que haya sitio para mí.

Gwen volvió a escribir algo ante el insistente Aleksander.

—Mi padre me ha dicho que invite a los inversores para que se familiaricen más con nuestra empresa.

Leí la nota:

—¿Habrà prensa?

—No.

Miré a mi confidente y ella asintió con la cabeza.

—Está bien. Envíame la dirección. Intentaré ser puntual.

—No te arrepentirás, gatita.

Colgué la llamada una vez que nos despedimos. Eché hacia atrás la cabeza y esperé a relajarme antes de buscar un medio de transporte para volver a Núremberg antes de las once de la noche. Por suerte, en mi vieja habitación de la casa de mi madre, tenía unos cuantos vestidos de noche.

—Está muy interesado en ti —siguió mis pasos, mientras que me dirigía a la habitación. —
¿Os habéis acostado?

Es cierto que prometí contárselo todo, pero me angustiaba hablar con mi amiga sobre las relaciones sexuales que mantenía con Aleksander. Con otro hombre no le daría importancia, pero con él sí.

—No —mentí. —Intentó masturbarme con la lengua y se quedó dormido con *Zolpidem*. Fue cuando curioseé su móvil.

Ella me miró preocupada.

Dejó que me sentara sobre la cama, y se encargó de recoger mi cabello y peinarlo para esa noche.

—No quiero que te haga daño, Pey. Si consiguió enamorar a Ruby...

—Conmigo no lo conseguirá —sonreí. —No te preocupes.

Rodeó mi cuello con sus brazos y presioné mis labios sobre su mejilla.

El taxista se detuvo en la dirección que me envió Aleksander. Delante, había una enorme mansión que estaba siendo iluminada por grandes focos blancos para llamar la atención de todo el mundo. Me di cuenta que había prensa. Así que antes de bajar del taxi, me cubrí el rostro con un pañuelo en un intento falso para protegerme del frío.

Llegué escoltada por los demás invitados; parejas que reían y criticaban los adornos de la familia Furtwängler.

—¿Peyton? —escuché mi nombre. Aleksander se encontraba en la entrada, vistiendo un bonito traje de *Brioni* blanco. —Estás preciosa.

Acarició mi espalda que se encontraba desnuda por el corte del vestido. Sonreí, y antes de adentrarnos en el interior de la mansión, le permití que me besara en los labios.

—¿Vas a besar a todos los inversores?

Aleksander rio.

—Solo a los que deseo.

Limpié el carmesí que se quedó en sus labios, y rodeé su brazo con el mío. Me mintió cuando dijo que sería una reunión íntima. Era una fiesta de etiqueta. Celebraban el embarazo de su hermana mayor.

Sostuve una copa de champagne, y antes de que Aleksander me presentara a su hermana, le di

un buen trago a la bebida burbujeante.

—Rebecca, —saludó, dándole un beso en la mejilla —déjame presentarte a una de las inversoras de *Lux Bogdánov*, Peyton Raksy.

—Es un placer —dijo ella, lanzando dos besos a cada lado de mi mejilla. —Aleksander, hermanito, tráenos dos copas más. Peyton sostiene una copa vacía. No quiero que piense que somos poco hospitalarios con los invitados.

—A ti te traeré un zumo.

Su hermana le guiñó el ojo.

Por un momento me incomodó estar a solas con la hermana de Aleksander que no dejaba de mirarme de arriba abajo.

—¿Qué buscas exactamente de él?

—¿Perdona? —no entendí su pregunta.

—¿Dinero? —Al parecer no entendió que yo era una de las inversoras. —Estoy cansada de las fulanas que se meten en su cama por tener el apellido Bogdánov. ¿Lo has entendido, guapa?

Pasó un camarero y le tendí la copa vacía. Sostuve el bolso debajo del brazo y me acerqué hasta Rebecca.

—No es muy agradable que me llame fulana otra señorita —no borré mi sonrisa en ningún momento, incluso estando furiosa. —Las mujeres ya luchamos bastante cuando nos lo dice un hombre como para escucharlo del mismo sexo.

—A mí me da igual tu guerra feminista —sacudió su cabello rubio hacia atrás. —No voy a permitir que tengas algo con mi hermano.

Rebecca tuvo que ahogar sus palabras cuando volvió Aleksander con una copa de vino y otra de zumo de arándanos. Su hermana le dio un sorbo, y sonrió para complacerlo.

—Es muy guapa, Aleksander —dijo, tragándose su ira. —Espero reunirme más tarde con ambos. Tengo que saludar a otros invitados. Diviértete, querida.

No dije nada. La observé marcharse mientras que Aleksander acariciaba mis brazos y notaba lo tensa que estaba. Agradecí que no me preguntara, porque la actitud de su hermana me dejó aturdida.

Me disculpé con él. Quería ir al baño, así que le susurré en el oído que salía para retocarme el maquillaje. Me devolvió la sonrisa, y por el camino volví a cruzarme con Rebecca y un hombre alto, de cabello moreno que no dejaba de mirarme.

Giré uno de los pasillos que me indicó uno de los trabajadores, y me encontré con siete puertas. No había nadie. Seguí caminando hasta que me detuve en medio del paso. Había alguien detrás, y cuando me di la vuelta para ver de quién se trataba, me sobresalté al sentir una mano rodeando mi cuello y presionando los dedos para ahogarme.

—¿Qué haces aquí, puta? —gruñó, el hombre que se encontraba junto a Rebecca.

No podía respirar.

Capítulo 13

Estaba tan cegado por la ira, que ni siquiera se paró a observarme. No conocía al hombre que respaldaba a la hermana de Aleksander, pero él parecía que a mí sí. Siguió estrangulándome con sus fuertes manos, dejándome sin aire. Luché los primeros segundos, pero cuando la respiración empezó a faltarme, perdí la resistencia que me quedaba. Seguía de pie porque él me sostenía, ya que mis piernas fallaron y empecé a caer poco a poco. No tenía el impulso necesario para cerrar los ojos. Visualicé con poca claridad el rostro del desconocido; cabello corto, nariz grande y puntiaguda, unos ojos pequeños y de largas pestañas negras.

Arrimó esos carnosos y diminutos labios a mi mejilla. Tuve la sensación de que su lengua acarició mi piel, deslizándola por el pómulo hasta detenerse en el mentón. Sentí un escalofrío en el oído. Su respiración se agitó. Escuché los gruñidos que no podía controlar. Y de repente, al darse cuenta que seguía viva y luchando un poco más, me susurró algo en el oído.

—Pensaba que estabas muerta, zorra —detuvo la fuerza con la intención de que pudiera escuchar las últimas palabras que me quería dedicar. —Veo que has salido de tu tumba para vengarte de mí. Pero déjame decirte, Ruby, que no lo conseguirás. No vas a arruinarme la vida. ¿¡Me has escuchado!?

Hice el esfuerzo que él esperó, asentir con la cabeza.

—No...—sentí dolor con cada letra que solté. —No...No...

—¿Qué dices? —Soltó una carcajada y aun así no fue capaz de mirarme a los ojos. Seguía con la venda que se había puesto en los ojos justo en el instante que me vio de espalda, creyendo que se trataba de mi hermana la que acompañó a Aleksander en una de las reuniones familiares que organizó Rebecca. —Las furcias como tú no saben vocalizar bien. Al parecer estos dos últimos años has tenido demasiados falos en la boca.

Ese miserable desgraciado estaba llamando puta a mi hermana. Sacudió mi cuerpo y lo impactó contra la pared para que reaccionara. Durante un tiempo, caí rendida sin escuchar las últimas frases cargadas de rabia que sentía hacia Ruby. Cuando jadeé de dolor, noté una de sus manos presionando en mi pecho. Al no llevar sujetador y cubrirme con un vestido de tela fina, sus dedos alcanzaron el pezón para retorcerlo.

—Antes te gustaba, ¿lo recuerdas? Eras una niña que sabía satisfacer los caprichos de los millonarios —dijo, sin detenerse. —No he olvidado lo húmeda que te ponías cuando me

esperabas en la oficina. Con esos vestidos tan elegantes como el que llevas hoy. Es mi favorito.

El vestido del que estaba hablando, era de mi propiedad. Ruby, desde muy pequeña, siempre solía acomodarse delante del espejo para presumir con la ropa de su hermana mayor. Cuando desapareció de nuestras vidas, ella llenó su maleta con las prendas de ropa que guardaba en mi armario. Antes de suicidarse, el material que cogió, regresó al domicilio de nuestra madre junto a una nota que ponía «*Lo siento, Pey*».

—No entiendo porque Rebecca no te ha descubierto. Estaba con ella hablando tranquilamente, cuando ambos te hemos visualizado. He reconocido el vestido, Ruby —bajó la mano hasta acomodarla sobre mi vientre. —Si has venido para llamar mi atención, aquí la tienes —vaciló, una vez que coló la mano en el interior de la falda del vestido. —Dime, nena, ¿fingiste morir? —Lo detuve a tiempo, uno de sus dedos intentó colarse dentro del tanga. El hombre bajó la cabeza, observando mi pequeña mano alrededor de su muñeca. —Tienes las tetas más grandes y te has vuelto una estrecha. Aleksander ni siquiera está aquí. Deseo matarte y follarte una vez más, Ruby.

Y por fin, con todo el tiempo que le regalé para recuperar el aliento, conseguí decirle:

—Yo no soy Ruby, desgraciado.

El bronceado del hombre desapareció, dejando un rostro demacrado ante la gran metedura de pata que había cometido. Se alejó inmediatamente de mi cuerpo, golpeándose él mismo contra el muro que tenía detrás. Observó cada detalle de mi cuerpo; era más alta, tenía más curvas que Ruby. Mi cabello era negro natural. Mi rostro era más redondeado. Los labios que intentó besar en ese arrebatado de locura, eran más grandes que los de la mujer que él deseó. Lo único que teníamos en común, aparte del color de nuestros ojos, era el maldito vestido que no esperaba que ella hubiera utilizado en Núremberg.

Caí al suelo por agotar el último aliento que me quedaba. Seguí cogiendo bocanadas de aire para tomar el control de la situación, pero no lo conseguía. Aun así, seguí mirando al lunático que tenía delante. Arrastró torpemente los dedos por su corto cabello. Intentó balbucear algo, pero no llegué a entenderlo, ya que se ahogaba con sus propias palabras.

Por primera vez me alegré al ver a Aleksander aparecer por el pasillo. Al verme tendida en el suelo, tiró las copas que seguía sosteniendo y llegó hasta mí corriendo. Pasó su brazo alrededor de mi cintura y acarició mi mejilla preocupado. Pestañeé para dar señales de vida; una forma ridícula de intentar decir que estaba bien. Su dedo pulgar paseó por mis pálidos labios.

—¿Qué ha sucedido? —Preguntó, tirando de mi cuerpo para cogerme entre sus brazos. —¿Steffen? —Éste, ni le respondió. Intentó salir huyendo, pero Aleksander lo detuvo, quedando delante de él. —En el momento que Peyton se ha alejado de la fiesta, tú has ido detrás de ella. Te he visto. Rebecca ha intentado detenerme. Mi hermana creía que te ibas a reunir con uno de tus compañeros del partido político, pero veo que no ha sido así. ¿Por qué está la señorita Raksy agredida y tú en estado de shock?

Acomodé mis dedos en la cabellera rubia de Aleksander y lo obligué a que me mirara a los ojos. Me relamí los labios que los sentía secos, y le dije la verdad.

—El señor Steffen —cogí aire antes de seguir —creyó que era otra persona. Se acercó a mí —otra pausa —para dañarme pensando que era Ruby.

No comprendí la reacción de Aleksander. Pensaba que todos los familiares de él conocían a Ruby como una de las mujeres con las que convivió y mantuvo una relación seria más allá del sexo. Se disculpó conmigo antes de dejarme una vez más en el suelo, y al comprobar que podía mantener la postura sin tambalearme, se lanzó sobre el cuerpo del hombre que me hizo daño. Tiró

de la bonita camisa beige con la que se vistió para la ocasión, y éste suplicó para que no lo golpearan. Aleksander hizo oídos sordos y el primer puñetazo impactó en las costillas. Los gritos de un hombre se perdieron por la música clásica que seducía a los invitados de la celebración. El otro golpe que recibió le rompió el labio, salpicando de sangre el pulcro traje de *Brioni*.

—¿Conociste a Ruby!? —Preguntó, analizando unos ojos temerosos. —No recuerdo habértela presentado. Así que, por favor, Steffen, ayúdame a recapitular ese momento que se ha desvanecido de mi sensatez.

Bajó la cabeza rendido. Era capaz de dejarse torturar por Aleksander antes de dar una explicación lógica. Como éste optó por el silencio, siguió recibiendo golpes hasta que un hombre mayor de cabello canoso se acercó para separarlos. El señor Bogdánov tiró de la chaqueta níveo de su hijo, llegando al rescate del individuo malherido.

—¿Te has vuelto loco? —Reclamó a su hijo, lanzándole una mirada hostil. —¿Steffen? Steffen, hijo, ¿estás bien? Intenta incorporarte con cuidado. Estoy aquí para ayudarte —Eckbert amoldó el brazo de la víctima por encima de sus hombros. —Definitivamente has perdido la cabeza Aleksander. Es tu cuñado, maldita sea. ¿En qué estabas pensando?

Se me heló la sangre. Desconocía por completo aquel dato; nunca llegué a investigar a la hermana de Aleksander porque veía imposible que estuviera conectada con Ruby. Pero me equivoqué. Su marido, Steffen, mantuvo una relación con ella y se la ocultó a la familia Bogdánov. Y por fin comprendí el estímulo agresivo de Aleksander hacia su cuñado.

Aleksander volvió a recogerme del suelo. En esa ocasión, le dije que podría caminar hasta el taxi que estuviera esperándome en la entrada de la mansión. Aferré mis brazos alrededor del suyo, y antes de desaparecer de la reunión familiar, el hijo varón de Eckbert, encaró a su padre.

—Steffen ha martirizado a nuestra invitada especulando que se trataba de Ruby —dijo, tajantemente. —Espero por el bien de la empresa, que este miserable no esté implicado en el suicidio de esa cría. Porque estoy hasta los cojones de que se me culpe de una muerte de la que no formé parte. Buenas noches.

Parecía tan convincente, que engañaría a cualquiera. Pero no podía bajar la guardia. Aleksander, y el nuevo amante que tuvo Ruby, seguían siendo mi objetivo.

Hice el esfuerzo para despedirme de él, y en el momento que estuve a punto de dar la dirección de mi domicilio, Aleksander me lo impidió.

—No quiero pasar la noche solo —se acercó, besando delicadamente los cardenales que se grabaron en mi piel. Quería arrastrarme a su cama, y yo no me veía capaz de complacerlo. —Quédate a dormir conmigo. Déjame arroparte y cuidar de ti esta madrugada.

Tragué saliva.

El taxista seguía esperándonos. Aleksander, al no tener una respuesta, le pidió al conductor que siguiese con su servicio en otro lugar después de abonarle la cantidad que le debía por entretenerse en mi espera.

Acercó con cuidado su cuerpo junto al mío, trasladándome el calor que anhelaba desde que salí de la cálida residencia de Rebecca.

—¿Me semejo a ella? —pregunté, con temor.

—¿Qué?

—¿Ruby y yo?

Aleksander se vio obligado a responder ante el altercado que tuve con su cuñado. Me sujetó por la cintura por la amenaza a que saliera huyendo. Pero la única que sentía pavor, era yo.

—Tengo que admitir que tus ojos, salpicados con manchas verdes y un destello esmeralda,

son idénticos a los de Ruby. La única diferencia es que jamás me paré a contemplarlos de la misma manera que lo hago con los tuyos —ahí siguió, mirándome profundamente. —No veo a esa mujer en ti, y no entiendo porque Steffen sí.

Rompí el contacto visual al sentirme intimidada por él. Tiré de las manos que se acomodaron en mi cuerpo, y las arrojé con mis dedos. Antes de confesarle la relación que habían tenido Steffen y Ruby, me lo pensé dos veces; no podía arriesgarme a perder todas las pruebas que estaba obteniendo con el caso de mi hermana. Pero algo, tal vez un lapso, me empujó a revelárselo.

—Al bajar la guardia me confesó que Ruby y él tuvieron una relación íntima —sentí náuseas al escucharlo y revivirlo una vez más.

Él se asombró tanto como yo.

—Me limité a no conocer sus secretos en vida, y no lo haré ahora que la muerte besó sus labios —se obligó a sonreír e intentar convencer a mi cuerpo para que siguiera el suyo. Entendí que el tema de Ruby concluyó. Pero yo tenía tantas preguntas y obtenía tan pocas respuestas, que me mortificaba ante la idea de que estaba haciendo las cosas mal. —Peyton, déjame besarte.

Y sin negarme, dejé que sus labios bajaran a los míos. Cerré los ojos, nada me detuvo. Él me besó con una pasión que me derritió, dejándome débil. Con sus labios moviéndose sobre los míos, estuve perdida.

Desperté por el ruidoso teléfono móvil que vibraba sobre la mesita de noche. Lo sostuve con cuidado, y antes de descolgar la llamada, aparté el brazo de Aleksander que descansaba sobre mi cintura. Todavía dormía plácidamente, y se dio la vuelta sobre el costado cuando me levanté de la cama. Me cubrí con la camisa que cayó encima de la lámpara de pie. Arrastré mi cuerpo hasta el baño, y cerré la puerta con el pestillo para tener algo de intimidad. Gwen esperaba un saludo por mi parte, y al encontrar un rincón para posar mi trasero desnudo, dejé que mi voz la alertara de mi presencia.

—¿Por qué tardas tanto en responder a las llamadas? Tú y tu manía de dejar que ese aparato suene más de cinco veces —soltó una dulce carcajada. —Tienes que luchar contra ese trastorno obsesivo compulsivo.

—Gwen, nena, es un miedo que tengo —le recordé. La última vez que descolgué una llamada al primer tono, me dieron la noticia de que mi hermana había muerto. Así que, si tenía que recibir malas noticias, me tomaría un tiempo para asimilarlo. —¿Cómo está mi madre?

Me preocupó dejarla en Freudenberg y con la idea macabra de que Ruby estaba embarazada. Las llamadas que estaba recibiendo de madrugada, empeoraban su salud mental. Cuando estaba a punto de aceptar la pérdida de su hija, alguien la incitaba a que no enterrara esa cruda realidad. Así que ella, como buena madre que era, seguía manteniéndola viva en su día a día. Enloqueciendo poco a poco.

—Tu padraastro ha estado toda la noche a su lado. Admiro el amor que esos dos se tienen —Gwen, a sus veinticinco años, no había encontrado al hombre perfecto; ése que hiciera que perdiera la cabeza por completo. Quería enamorarme, pero pretendía hacerlo con calma. —El teléfono volvió a sonar. A la misma hora de siempre.

—¿Habló con mi madre?

—No —dijo. —La zorra que está haciéndose pasar por Ruby, cometió el error de no ocultar su número. La he localizado. Está más cerca de lo que te imaginas.

—¿Dónde?

—En Hauptmarkt.

Estaba segura que había una parada de metro.

—¿Puedes enviarme la dirección? —Gwen se encargó de ello inmediatamente. —¿Te dijo algo?

—Sí —gruñó. —Estaba convencida que se encargaría de torturar al hombre que la ha dejado embarazada. No sé a qué está jugando. Pero averigua si es amiga de Aleksander Bogdánov.

—¿Gwen?

—Dime, Pey.

Cogí aire.

—Ayer descubrí que Ruby le ocultaba cosas a Aleksander. En la fiesta de su hermana Rebecca, su cuñado me agredió porque llevaba uno de los vestidos que me quitó para el viaje que hizo a la ciudad —de nuevo, esa angustia me revolvió el estómago. —El cabrón me soltó que se acostaba con ella.

Me levanté del espacio que ocupé, y puse el manos libres para refrescarme el rostro con agua tibia. Empezaba a marearme nada más recordar la forma en la que me tocó. Si arrastró de esa forma las manos por el cuerpo de mi hermana, me encargaría de cortárselas.

—Si es familia de los Bogdánov, buscará la manera de volverte loca. Peyton, no caigas.

Suplicó.

—Me niego a creer que mi hermana estuvo con Aleksander y Steffen a la vez —me miré a través del espejo. Al alzar la cabeza, los dedos de éste último se habían quedado tatuados en mi piel. Si paseaba la yema de los dedos por mi cuello, seguía sintiendo la presión de esas fuerte manos ahogándome. —Pero temo a que él se encaprichara con ella y acabara abusando de esa dulce niña.

—Llamaré al bufete de mi padre. Le pediré que lo investiguen.

Quitó el manos libres.

—Gracias, Gwen. No sé qué haría sin ti.

Rio cariñosamente, dándome fuerzas.

—Te quiero.

—Y yo a ti —me despedí.

Colgué, y dejé el teléfono móvil en el lavamanos. Necesitaba una ducha antes de desaparecer del apartamento de Aleksander, así que preparé la bañera hasta arriba. Me di el capricho de soltar una bomba de baño, y cuando se deshizo por completo, me liberé de la camisa de hombre. El problema fue cuando el timbre sonó. Me vestí de nuevo, y como el dueño seguía durmiendo, corrí para abrir la puerta.

Al otro lado, se encontraba el amigo de Aleksander, el cual sonreía al verme con una prenda que no me pertenecía.

—¡Exacto! —Exclamó. —Llevo toda una vida diciéndole a Alek que, si estuviera en el cuerpo de una mujer con su mentalidad, estaríamos todos los días follando.

Alcé una ceja confusa.

—¿Qué?

—¿No eres Alek con un par de tetas? —preguntó, señalando la camisa de Aleksander que no

abotoné y seguía dejándome desnuda. Al darme cuenta, le di la espalda y me cubrí rápidamente. Había sido una estúpida. Sentí como mis mejillas se sonrojaban. —Tú debes de ser Peyton —tocó mi hombro, al darse cuenta que no estaba dispuesta a mirarlo a los ojos. —Es un placer. Tenía ganas de conocer a la mujer que deja a un hombre erecto con una polla de diecinueve centímetros.

Soltó una carcajada y estrechó mi mano. Me plantó un beso en la mejilla y cerró la puerta con un movimiento de cintura.

—No sé por qué te conformas con tan poco —no dejaba de reír. —Yo podría ofrecerte un centímetro más. El problema es que acabo de salir de un retiro espiritual donde teníamos prohibido follar con mujeres y hombres. Me limito a masturbarme dos veces al día para acabar con ese vicio que llaman sexo. ¿Me entiendes?

No, no entendía nada. Pero me convencí a asentir con la cabeza como una estúpida.

—Estaba bromeando, bombón —otra carcajada. —¿Y Aleksander?

—En la cama —respondí.

Hablaba tanto, que nada más responder, te interrumpía con más preguntas.

—¿Todavía?

—S-Sí.

Dio vueltas por el apartamento.

—Es su cumpleaños. ¿Lo sabías? —Negué con la cabeza. Él acomodó las manos sobre mis hombros y me miró seriamente, apartando las bromas a un lado por un momento. O eso pensé yo. —¿Estás dispuesta a hacer un trío? Porque si es así, no quiero estar en medio.

—¿Qué?

Llegué a balbucear.

—¿Un trío? Tres personas en la cama. Uno arriba, —dijo, haciendo señales con la mano — otro en medio y el último abajo. Un sándwich.

—Lo siento —forcé una sonrisa. —Tengo trabajo.

—Podemos dejarlo para otro día —parecía un crío ilusionado.

—Sí... Bueno. Ya lo hablaremos —iba despidiéndome de él, pero seguía mis pasos. Alcancé mi ropa que dejé tirada en la habitación de Aleksander, y antes de vestirme, vi como su amigo se tumbó a su lado. —Ha sido un placer...

—Charlie.

El mejor amigo de Aleksander.

—Charlie —susurré.

Salí de la habitación, y pude escuchar a la perfección como Charlie azotaba el trasero desnudo de su amigo mientras que le decía:

—¡Despierta, Alek! Sé te está poniendo la polla dura.

Aleksander estalló a gritos.

—¡Bájate de mi cama, maldito perverso!

Y salí corriendo de allí. No quería escuchar nada más. Ni siquiera era consciente hasta donde llegaba la amistad de ellos dos. Así que podían hacer lo que quisieran. Lo que yo no estaba dispuesta era a montarme un trío con ellos para celebrar el cumpleaños de Aleksander. Más tarde, cuando terminara con mi trabajo, lo llamaría para felicitarlo y disculparme por huir una vez más sin avisar.

Agradecí al camarero que nos sirvió un par de cafés con leche sin lactosa. André, se relamió los labios cuando la espuma le salpicó. Devoró un trozo de pastel, y siguió mirando la dirección que le tendí una vez que nos reunimos en la cafetería de Hauptmarkt. Siguió desayunando en silencio y lo acompañé.

—Es un prostíbulo de lujo —rompió el silencio el francés.

¿Y qué sentido tenía? Ninguno. Mi madre recibía esas llamadas nocturnas desde un prostíbulo que no estaba conectado con Ruby.

—¿Estás seguro?

—Sí, tengo un amigo de tenis que me habló de *Fotze love*.

Dijo el nombre del local.

—¿Crees que Aleksander lo frecuenta?

—¿Aleksander? —rió, y por un momento me pareció que me estaba diciendo que sí a gritos.

—No. Charlie y él van a un club donde practican el *dogging*. Es legal. En cambio, *Fotze love*, es un prostíbulo que han intentado cerrar varias veces por la forma tan retorcida que tienen por complacer a la gente importante que lo alterna. ¿Por qué no lo han conseguido? Porque hay peces gordos detrás.

Aflojé el pañuelo que me compré para ocultar las marcas de mi cuello.

—Necesito colarme en ese local.

André puso los ojos en blanco. Le dio otro sorbo al café, y siguió comiendo el dulce que eligió para desayunar.

—¡André!

—Si no eres puta, olvídate.

—Deja de insultarme.

—No te estoy insultando, Peyton —el cubierto abandonó sus dedos. —Los clientes, son hombres. Y no todos los hombres pueden entrar. Necesitas una invitación de alguno de los socios del negocio. Es difícil. Casi imposible.

—Has dicho que tienes un amigo...—tanteé ese terreno.

André se levantó. Cogió su abrigo y salimos de la cafetería. Sus manos se escondieron en los bolsillos de su traje, y caminamos en silencio mientras que él se perdía en sus pensamientos. Le di tiempo. Cruzamos un par de semáforos, y cogimos un taxi en la calle *Sebald*. El francés le dio una dirección, y veinte minutos después, nos detuvimos delante del famoso prostíbulo.

—Sí, tengo un amigo —dijo, pagando el viaje.

Nos bajamos del vehículo y observamos el enorme local de lujo. Nadie diría que era un burdel, más bien un casino para gente importante.

—André, por favor, consigue esa invitación.

Me miró por el rabillo del ojo.

—Y, ¿qué tengo que averiguar?

No tenía que averiguar nada. Seguía sin fiarme de él. Cuando consiguiera ayudarme, entonces, le daría esa oportunidad. Mientras tanto, tendría que encontrar la manera de colarme en el interior. Me daba igual ser una clienta, una camarera o una de las chicas de compañía. Lo importante era estar dentro y buscar a la mujer que llamaba a mi madre haciéndose pasar por Ruby.

De repente, al otro lado de la calle, un hombre de abrigo negro cruzaba el paso de peatones para adentrarse en el interior de la casa de prostitución. Me escondí detrás de André con el fin de que no me descubriera.

—¿Por qué te escondes? —preguntó, y no se apartó. Me cubrió las espaldas.

—¿Ves al hombre de cabello corto y negro esperando a las puertas del *Fotze love*? —Él afirmó con la cabeza. —Es Steffen, el cuñado de Aleksander.

André rio, como si fuera obvio.

—Steffen es uno de los socios.

Salí de detrás de él. No podía creérmelo.

Quedé cara a cara con André, suplicando que consiguiera lo más pronto posible la invitación al interior del prostíbulo. No solo necesitaba encontrar a la mujer que fingía conocer a mi hermana, también precisaba descubrir la conexión que tenían Steffen y Ruby.

«Ruby»—Pensé. —«Deseo con todo mi corazón, que fueras la persona que creía. Daría mi vida por ti. Y tú bien lo sabías.»

Aleksander Bogdánov

Charlie me miró con rencor. Seguía cruzado de brazos y golpeando sus lujosos zapatos contra el suelo conductivo. Seguíamos a la espera del señor Kapeller. Su secretaria, que era su hija pequeña, nos sirvió unos cafés mientras que esperábamos a su padre. Terminó una visita, y media hora después se reunió con nosotros. Nos pidió amablemente que ocupáramos uno de los sillones de su despacho mientras que buscaba un informe que le solicité.

—Eres un hijo de puta —susurró Charlie. —La idea de saber que estoy rodeado de muertos, hace que se me quede la polla blanda.

Cerré los ojos ante la estupidez que había soltado mi amigo.

—Es importante, Charlie.

—¡Mi polla también es importante!

Alzó tanto la voz, que la hija del señor Kapeller nos miró. Me disculpé inclinando la cabeza, y golpeé a Charlie sin temor a que soltara un grito de dolor. Había sido una mala idea llevármelo junto a mí a la morgue de *Nürnberg*.

—Aquí lo tengo, señor Bogdánov —abrió la carpeta y la ojeó detalladamente. —Qué extraño.

Exclamó.

—¿Sucede algo? —Quise saber.

—El historial de la señorita Ruby Wahl ha desaparecido.

—¿Cómo es posible, señor Kapeller?

El forense se quitó las gafas.

—No sabría decirle.

—Cuando Ruby llegó a sus instalaciones para la autopsia, ¿quién se encargó de ella?

Kapeller buscó el nombre del doctor forense que se encargó de tomar muestras y hacer el parte de defunción junto a las causas.

—El señor Liselotte Mättig.

—¿Podría facilitarme un número de contacto? Me gustaría hablar con el señor Mättig.

El forense bajó la pantalla del portátil.

—Temo darle de nuevo malas noticias, señor Bogdánov. Mättig falleció.

Miré a Charlie, todo era muy extraño.

—¿Cuándo?

—Una semana después del fallecimiento de la señorita Wahl.

Eché hacia atrás mi espalda y me quedé en blanco. No fui capaz de decir nada más. Algo extraño estaba pasando con el cuerpo de Ruby. Y, estaba convencido, que había alguien que lo estaba ocultando. Primero desapareció el informe médico forense, y después el doctor que se encargó de ella, falleció.

Charlie tomó el control de una forma madura e inteligente.

—¿Y el cuerpo? ¿Podemos exhumar el cuerpo de la señorita Wahl?

«Muy buena, Charlie» —Pensé. «Porque si no encontrábamos el cuerpo de Ruby, empezaría a pensar que ella seguía viva, incluso cuando fui testigo de su suicidio.»

Capítulo 14

Kapeller se tomó unos minutos de su tiempo antes de responder. Acomodó los brazos en su escritorio y miró detalladamente el reloj de oro blanco que rodeaba su muñeca. Soltó un suspiro y miró de lejos a su hija menor. Charlie unió los brazos, acomodándolos bajo el pecho a la espera de una respuesta. Mientras tanto yo, cerré los puños ante la situación. No podía salir de la morgue de *Nürnberg* sin respuestas.

Busqué en mis recuerdos la imagen de Ruby; y en todos ellos se desvaneció la niña inocente que arropé a mi lado cuando el mundo le había dado la espalda. Recordé sus amenazas. La forma en la que salió de mi apartamento cuando le dije que no quería volver a verla. Viví ese tormento una vez más.

Podía verla al otro lado de la habitación. Alzando la voz por encontrarme con otra mujer que no era ella. Jamás la deseé y Ruby nunca lo entendió. La cuidé, la preparé para una ciudad corrupta y cubrí todas sus exigencias sin pedir nada a cambio. Pero ella se enamoró de una forma obsesiva. El dinero no fue suficiente. Y cuando descubrió que no podía obtener mi cariño, se acercó lentamente para susurrarme mi despiadado futuro; una vida llena de desgracias. Y es lo que sucedió en los últimos años.

—No pueden exhumar el cuerpo de la señorita Wahl sin el permiso de alguno de sus familiares —dijo el señor Kapeller, rompiendo el incómodo silencio que él mismo comenzó. Se tomó la molestia de levantar la pantalla de su portátil y rebuscar en la poca información que quedaba de Ruby. —Y yo no puedo darles esa información.

Acogí a Ruby porque ella me juró de rodillas que no tenía a nadie en su vida. Llegó a Núremberg con la poca ropa que le donaron unas monjas que se encargaban de una de las iglesias más pequeñas que habían situadas a las afueras de la ciudad. Y le creí. Sus mentiras empezaban a salir a la luz después de su muerte.

—Ella dijo que no tenía a nadie —aclaré.

Kapeller volvió a mirar la pantalla. Asintió con la cabeza y volvió a perderse una vez más. Hasta que él mismo volvió a retomar la conversación.

—Tiene una hermana.

—¿Una hermana? —Preguntó Charlie, tan sorprendido como yo.

Había una mujer que ocultó el cuerpo de su hermana y se encargó de callar a uno de los forenses. O quizás, ésta ni siquiera era consciente de que su hermana estaba muerta. Si Ruby llegó a mentirme, esa niña podría haberlo hecho con el único familiar que le quedaba. Así que, incluso muerta, la pequeña estaba jugando sus cartas mientras que su cuerpo se descomponía bajo tierra. Y eso quería pensar. Porque realmente me daba miedo creer que ella seguía con vida y ocultándose en las corrompidas calles de Núremberg.

—Necesitamos la información de su hermana —pidió Charlie.

El señor Kapeller siguió observando su brillante reloj.

—No puedo señores —mintió. Todos teníamos un precio, incluso él. —Si son tan amables...

Detuvo sus palabras porque lo interrumpí.

Saqué el talonario de uno de los bolsillos interiores de la americana, y firmé bajo su atenta mirada. No puse una cantidad. Estaba dispuesto a que él mismo lo rellenara.

—Solo quiero el nombre de la mujer. Le doy mi palabra, señor Kapeller, que saldremos de aquí sin hacer más preguntas.

Él se puso nervioso.

—Le recuerdo, señor Bogdánov, que Mättig murió por encargarse de este caso —tenía miedo, y no podía juzgarle. —Tengo una familia. Y si llegara a pasarme algo malo, mis hijas sufrirían las consecuencias.

Charlie, a diferencia de mí, lo compró con los contactos que tenía en su agenda.

—Aleksander se encargará de pagar todas las deudas que tenga con el talón que le ha tendido —por eso el señor Kapeller no dejaba de mirar su reloj de oro blanco; en cualquier momento terminaría por empeñarlo para pagar las deudas que él mismo se buscó a las espaldas de su núcleo familiar. —Y yo, prometo brindarle protección. Lo único que tiene que hacer es darnos esa información. Si contactamos con la hermana de la señorita Ruby Wahl, encontraremos respuestas.

Éste miró de reojo a su hija, la cual seguía trabajando con una amplia sonrisa mientras que atendía las llamadas que recibía en la morgue. En ella encontró el motivo suficiente para no sentirse un corrupto más en una sociedad donde el dinero te daba la libertad e incluso el tiempo de vida que podrías disfrutar si la muerte no te pisaba los talones.

Cogió una de sus tarjetas de presentación, y le dio la vuelta para anotar el nombre y el apellido de la hermana de Ruby. Avergonzado, arrastró el pequeño papel hasta dejarlo cerca de mis dedos.

Tragué saliva al leer el nombre del familiar más cercano de Wahl.

Y de repente, el teléfono móvil sonó. Leí el nombre de Peyton, y colgué.

—¿Qué vamos a hacer? —Preguntó Charlie, mientras que nos despedíamos de la hija de Kapeller. —No puedes contactar con ella ahora. Sospechará.

Desconecté de todo. Seguí caminando mientras que Charlie no dejaba de hablar. Busqué mi vehículo y empujé una de sus puertas hacia arriba para colarme en el interior. Mi amigo inmediatamente se acomodó al otro lado. Esperé a que dijera algo, pero no me vi capaz.

—¿Querrá dinero? —Pregunté, sin esperar una respuesta.

Agradecí que Charlie no nombrara en ningún momento a Ruby y a su hermana. Pero mientras que conducía, podía ver como tiraba de los hilos; buscando respuestas y moviéndose para ayudarme. Se lo agradecí. Y encontraría la manera para compensárselo. Pero de momento, necesitaba estar solo.

Así que lo dejé cerca de las oficinas de su padre, y le di las gracias por acompañarme a la

morgue. Éste, con una de esas sonrisas traviesas que aplicaba para seducir a mujeres, esperó una invitación de cumpleaños.

—No pienso celebrarlo.

—Alek, no todos los días se cumplen treinta años.

—Lo dejamos para el fin de semana —le prometí. —Tengo que trabajar. Y prefiero pasar lo que queda de día solo.

Charlie asintió con la cabeza.

—¿Llamarás a Peyton?

Él mismo se había dado cuenta que colgué varias veces las llamadas de la señorita Raksy.

—No. Lo dudo.

Nos despedimos y seguí conduciendo.

Pensé, que después de todo lo que había pasado en las últimas horas, lo mejor era no encontrarme con nadie. Así que la mejor idea que tenía era aislarme de los demás en mi despacho. Con suerte mi padre no estaría por allí. Y la señora Harris encontraría la manera de cancelar cualquier reunión que se presentara a última hora como de costumbre desde que mi padre intentó tener el control de la empresa.

Cuando llegué a las oficinas, la primera mujer que me detuvo fue mi secretaria. La señora Harris, con esa voz suave y temblorosa, me comunicó que Rebecca llevaba horas esperándome en mi despacho.

Maldecí en voz baja.

—No importa —le dije. —Tráigame un café cuando pueda.

—Sí, señor Bogdánov.

Abrí la puerta del despacho, encontrándome a mi hermana inquieta moviéndose de un lado a otro. La saludé con una amplia sonrisa que me forcé a mostrarle, y besé su mejilla. Ella, estiró los brazos hasta rodear mi cuello, y empezó a llorar. Acaricié su espalda y le pedí que se tranquilizara. Estaba tan nerviosa, que temí por el bebé.

La acompañé hasta uno de los sillones, y cuando la señora Harris apareció con el café, cerré la puerta para que nadie nos molestara. Me bebí la bebida caliente en un par de tragos, y dejé la taza sobre el escritorio. Me acerqué hasta mi hermana y me arrodillé delante de ella para deshacerme de las lágrimas que seguían cayendo por sus mejillas.

—¿Qué ha pasado?

Se mordisqueó el labio, estaba furiosa.

—¿Tu amiga se acuesta con Steffen? —Preguntó temerosa. —Sé que le golpeaste, Alek. Papá me lo dijo. El rostro de mi marido está herido y ni siquiera ha dormido en casa. ¿Qué está pasando?

Retiré todo ese cabello que cubrió sus pálidas mejillas. Conociéndola, seguramente había dejado de comer hasta que su marido volviera a su hogar. Y teniendo la responsabilidad de cuidar a su futuro hijo, ella lo olvidaría hasta que tuviera una vez más el amor de su vida; Steffen.

—No. Peyton ni siquiera conoce a Steffen.

—Y, ¿por qué fue detrás de ella?

Apreté una vez más los puños.

—Pensó que era Ruby —solté. —Rebecca, ¿conociste a Ruby?

Ella bajó la cabeza y la obligué a que me mirara a los ojos. Sus labios temblaron y empezó a llorar de nuevo. Sus manos ni siquiera se posaron sobre su vientre, simplemente estiró de su cabello.

—Rebecca —la detuve. —Tú no tienes la culpa.

Steffen no era la primera vez que conseguía colarse en las faldas de otra mujer que no fuera mi hermana. Por eso siempre me negué a aceptarlo como parte de nuestra familia. A diferencia de mi padre. Él sí lo veía como un hijo más. Incluso, Steffen para mi padre no era un hijo bastardo como podía serlo yo. Y siempre estaría dispuesto a apoyarlo en todo.

—Pensé que si me quedaba embarazada no volvería a buscar el calor en otras mujeres —gritó, rasgándose las cuerdas vocales. —Pero lo ha hecho.

—Se acostaba con Ruby —le confesé.

—¿La loca que se suicidó para vengarse de ti? —Asentí con la cabeza. —¡Te lo dije, Alek! No me fiaba de ella y sigo sin entender por qué la acogiste.

—Sentí lástima, Rebecca —estaba cansado de decírselo a todo el mundo. Y el mundo, obviamente, me veía como su asesino. —Papá me hizo caso cuando tu madre murió. Y cuando el abuelo nombró al futuro heredero de *Lux Bogdánov*, me sentí solo.

—Papá te quiere —dijo, como de costumbre. Obligándose ella misma a creer lo que decía. Pero estaba muy equivocada.

—Sabes que no, hermana.

Recogió mi rostro y pegó sus labios en mi frente.

—Yo te quiero, Alek.

—Y yo a ti —acomodé mis manos sobre las suyas. Me aparté de su lado y la obligué a que me mirara a los ojos. —Y te quiero tanto, que no puedo dejar que ese capullo siga haciéndote daño.

—Dijo que cambiaría.

—¿Lo ha hecho? —Pregunté.

—No... —le tembló la voz. —No lo sé.

Si mi padre presionó a Rebecca a casarse con Steffen, fue con la única intención de estar cerca del partido político que gobernaba en nuestro país, y así tener un aliado desde dentro. A mi hermana no le dio tiempo a decidir si estaba dispuesta a amarlo, ya que Steffen se ganó su corazón a través de los lujos.

Así que no podía juzgarla, porque cuando se casó con él, Rebecca no tenía ni voz ni voto en la empresa, y mucho menos su marido.

Estaba al tanto que mi padre luchó para que Steffen, una vez que saliera del partido político, formara parte del comité de Lux Bogdánov. Y como no lo consiguió, metió a los inversores para que no pudiera tomar decisiones sin antes tener la mayoría absoluta de votos.

—¿Te fías de ella? —preguntó, rascándose la nariz con la manga de su jersey.

—¿De quién?

—Hablo de la chica que te acompañaba.

—Peyton —susurré. El teléfono móvil sonó, y ahí seguía su nombre. No descolgué la llamada. No podía hablar con ella. Miré a Rebecca, seguía esperando una respuesta. —No. No me fio de ella.

Mi hermana se cruzó de brazos, asombrada.

—Y, ¿por qué sigues a su lado?

—Es difícil de comprender, Rebecca —sonreí. —Sé que está rota por dentro. Yo lo estoy. Y cuando estoy cerca de ella, pienso que, si curo sus heridas, podré curar las mías.

—No te enamores, Alek, —me advirtió —o sufrirás.

También estaba convencido que, si me enamoraba de Peyton, ésta desaparecería de mi vida.

Me levanté del suelo junto a ella y la abracé. Besé la coronilla de su cabeza mientras que acariciaba su espalda. Rebecca se quedó unos minutos hundiendo su rostro en mi camisa. No la aparté de mi lado.

—Quédate unos días en mi apartamento.

—Quiero a Steffen —apretó sus dedos en la tela de la americana. —Necesito que vuelva, Alek.

Suspiré.

Rebecca empezó a recordarme a Ruby; obligando a otra persona que la deseara sin darse cuenta que jamás sucedería.

—Llamaré a Steffen —intenté tranquilizarla. Sus ojos negros brillaron por la esperanza que le di. —Pero prométeme que cuidarás al bebé. Tienes que comer y cuidarte.

—Te lo prometo, Alek —besó mi mejilla. —Además, pienso disculparme con tu amiga. No estuvo bien que le llamara puta.

Rebecca también desconfiaba de ella.

—Rebecca...

—Lo sé. Lo siento —gruñó. —Pero no quiero que te hagan daño.

Era curioso. Ella intentaba cuidarme de las mujeres que se cruzaban en mi vida, pero no era consciente cuando los demás intentaban ayudarla en las ocasiones que los hombres la seguían por su apellido.

—Vete a casa y descansa —le pedí.

Asintió con la cabeza.

—Felicidades, hermanito —sonrió, siendo la Rebecca de siempre. —Tenemos que celebrarlo. Una cena de cuatro. Steffen, Peyton, tú y yo.

Le dije que sí para que se entretuviera organizando la cena. Llamé a su chofer para que pasara a recogerla, y cuando salió de las oficinas me dejé caer en el sillón que ocupó toda la mañana.

Saqué de uno de los bolsillos la tarjeta que me dio el señor Kapeller, y paseé mi dedo pulgar por el nombre de la mujer.

«Me has mentido» —Pensé. «Y volverás a hacerlo.»

Peyton Raksy

Aleksander volvió a colgar mi llamada. Empezaba a ponerme nerviosa si no conseguía contactar con él. Mientras tanto, André, seguía esperando una respuesta por parte de su amigo. Salió de la cafetería donde nos refugiamos, y me dejó sola mientras que calentaba mis manos con una taza llena de café recién hecho.

Dejé el móvil desbloqueado, observando los dígitos del número de Aleksander. Después de diez llamadas, estaba segura que algo malo había pasado. Tenía un presentimiento. Me removí del

asiento que ocupé, y me dije a mí misma de hacer la última llamada.

Sonaron dos tonos.

Al tercer tono, descolgaron la llamada.

—Aleksander —sonreí, alegrándome de haber conseguido poder contactar con él.

Él, a diferencia de mí, su tono sonó cortante y lejano.

—Peyton —susurró. —No puedo hablar. Lo siento.

Me sorprendió lo frío que fue conmigo.

—Ale...—intenté detenerlo, pero fue demasiado tarde. Colgó la llamada, dejándome con su nombre en los labios.

Aparté el teléfono y olvidé por completo la idea de llamarlo de nuevo. Tragué saliva y acomodé mi espalda en el respaldo de la silla. No me di cuenta cuando André apareció en la cafetería. Se sentó al otro lado de la mesa, y se quedó observándome con una ceja alzada.

—¿Sucede algo?

No podía decirle que Aleksander me ignoraba.

—No —respondí. —¿Has contactado con tu amigo?

Su rostro cambió, endureció sus facciones.

—Las reglas han cambiado. Para entrar en el *Fotze love* tienes que conseguir la invitación de uno de los socios —se apresuró a decir. —¿Te das cuenta, Peyton? Esconden algo muy gordo.

—¿No puedes hablar con Steffen?

André negó con la cabeza.

—Aleksander y yo no tenemos una buena relación —me recordó. —Imagínate con su cuñado. No lo conozco de nada.

Tenía que seguir luchando. En el interior del prostíbulo se encontraba una mujer que seguramente conoció a mi hermana. Y, por si fuera poco, tenía contacto con Steffen, el hombre que se encariñó con mi hermana.

—Tenemos que hacer algo —supliqué, y estaba a punto de implorar.

—Sonará ridículo, pero...

—¿Pero?

—Solo necesitamos una firma para estar dentro.

Aún había esperanza.

—¿Falsificarla? —Pregunté, algo ilusionada.

—No. Aunque podríamos usar uno de sus sellos —me arrebató la taza llena de café, y se sirvió él mismo. —Dile a Aleksander que quieres conocer a su familia.

Acomodé mi mejilla en el cristal.

—Ya los conocí. Y, tengo que decirte, que Steffen y yo no nos llevaremos muy bien.

Éste me miró fijamente.

—Por eso te escondías de él.

—Sí —no le mentí.

—Yo he hecho mi trabajo —se levantó de la silla. —Te toca a ti mover ficha. ¿Quieres que entre? Consigue la invitación a través de Steffen.

Estaba perdida.

O no.

Recordé que Charlie me comentó esa mañana que Aleksander cumplía años. Me acerqué al mostrador donde pagué todas las bebidas calientes que consumí, y le pedí que decorara con una vela uno de los muffins que servían.

Salí de la cafetería con el dulce, y cogí un taxi que me dejó a las puertas de las oficinas de Lux Bogdánov.

Los empleados habían abandonado las instalaciones. Cayó la noche y la única persona con la que me crucé en uno de los pasillos fue la señora Harris, la última en abandonar el edificio después de tener la agenda de su jefe controlada.

—Buenas noches, señorita Raksy.

—Buenas noches —sonreí. —¿Aleksander sigue en su despacho?

—Sí, el señor Bogdánov sigue en el despacho —acarició mi hombro dulcemente. —Estoy segura que se alegrará de verla.

«No creo.» —Pensé.

—Gracias —me despedí de ella.

Encendí la vela al cruzar uno de los pasillos, y cuando quedé delante de la puerta del despacho, cogí aire antes de colarme en el interior. Como bien había dicho la señora Harris, Aleksander seguía en su escritorio. Hincando los codos sobre la mesa mientras que observaba una pequeña tarjeta. Al darse cuenta que estaba al otro lado, escondió el papel y se levantó de su asiento asombrado.

—¿Qué haces aquí?

Seguí sonriendo.

—Quería felicitarte —me acerqué, y éste se apartó. —Llevo todo el día llamándote.

—Estaba ocupado.

Mintió.

—¿Sucedo algo, Aleksander?

Mantuvo durante unos segundos las manos escondidas en los bolsillos de su traje. Ladeó la cabeza, y de repente se acercó a mí. Sus manos abandonaron el calor que sintieron en el interior de la tela, y me arrebataron el muffin que compré para acercarme a él. Lo tiró al otro lado del despacho y me obligó a acomodar mi espalda en la pared más cercana cuando caminó lentamente.

Su cuerpo acorraló el mío.

—¿Aleksander? —Repetí.

Intenté abandonar la presión de su cuerpo, pero fue imposible. Una de sus manos quedó por encima de mi cabeza, mientras que la otra se acomodó en mi vientre impidiendo que me moviera.

Esos ojos oscuros, observaron los míos que se cerraron ante el miedo que sentí al verme a solas con él. No me miraba con la misma pasión con la que lo hacía las noches donde nuestros cuerpos se unían.

Y con un gruñido dijo:

—Tenemos que hablar.

Bajé la cabeza, y él me obligó a alzarla.

Capítulo 15

No estaba segura a qué estaba jugando Aleksander, pero me dejé llevar por su boca y sus ansiosas manos que se encargaron de arrastrarme hasta el otro lado del despacho, dejándome sentada en el escritorio. En el momento que sus labios encajaron a la perfección con los míos, necesité más. Y, estaba convencida que en el instante que cerrara mis piernas me torturaría por entregarme a él. Pero el hambre sexual que apareció, arrasando con mis sentimientos, me convirtió en el animal que era; ansiaba su boca, su cuerpo y su miembro eréctil dentro de mí.

Los dedos de Aleksander se encargaron de librarme del vestido que me cubrió más de veinticuatro horas. Cuando la tela quedó rodeando mi cintura, lentamente envolvió mis pechos desnudos, jugueteando con los pezones una y otra vez sin darse cuenta que me estaba torturando dulcemente. Luché en más de una ocasión por tomar una bocanada de aire, y cuando lo conseguía, él se encargaba de arrebatármelo con su boca.

«*Más...*» —Supliqué, sin que él pudiera escucharme. «*Dios, ¿qué me está sucediendo?*»

Él también respiraba con fuerza. Sus ojos negros reflejaban la lujuria, su boca era el fruto prohibido y su cuerpo el pecado que me condenaría de por vida. Y, aun así, estaba dispuesta a caer por muy dolorosa que fuera la caída.

—¿Qué quieres, gatita? —Susurró él entonces, lanzándome una mirada peligrosa, oscura. Al menos se tomó la molestia de observarme, de contemplar como mi cuerpo se arqueaba contra el suyo en busca de calor. Sus labios se detuvieron, convirtiendo su dulce tortura en una más dolorosa. —¿Sigo?

«*Demonios, sí.*» —Y de nuevo, no fui capaz de decírselo.

Aleksander tampoco esperó una respuesta por mi parte, simplemente actuó ante el silencio que nos envolvió, devorando mi boca y empujando su lengua hasta que se entrelazó con la mía. Sus labios se acomodaron alrededor cuando absorbí su boca, sintiendo el sabor de la vergüenza en el momento que su lengua la utilizó para joder a golpes mi boca con empujones calientes y posesivos.

El tacto sedoso de su camisa acariciando por encima mis pezones sin ni siquiera sentir el cosquilleo de su piel, enloqueció un poco más mi cuerpo. La necesidad nubló la culpa. La desesperación borró el nombre de la persona que más amaba y necesitaba en ese mundo. Y, el deseo que sentía, reclamó a un único hombre en aquel momento; Aleksander.

—Fóllame, joder —jadeé.

Cuando él levantó la cabeza lo miré de modo suplicante. Incluso estaba tan sorprendido como yo por oír mi voz.

—¿Por qué? —Era ridículo preguntarme a esas alturas por qué quería que me follara. Hasta él jadeaba al clavar su penetrante mirada en la mía. Se detuvo en mis labios esperando la respuesta.

Gemí. Estaba torturándome. Disfrutaba que una mujer lo deseara más de lo que él podía controlar. Y yo, extasiada por el placer, le di el lujo de escuchar lo que ansiaba oír.

—Por favor —susurré, temiendo que el dolor que sentía en mis pechos bajara hasta mi clítoris. —Te necesito.

Él sacudió la cabeza para borrar esa sonrisa traviesa que se formó en su rostro. Para compensarlo, bajó la mano desde la curva de mi cuello, deslizándose por la cintura antes de acomodarla sobre el muslo. No lo detuve, y seguí disfrutando del beso sin hacer el esfuerzo de respirar. Su mirada fija se clavó son la mía mientras que él conseguía librarme del vestido.

«*Por fin.*»

Y me mordisqueé el interior de la mejilla cuando sus dedos rozaron la entrepierna y se detuvo en la tela de las bragas. Lo único que hizo fue tirar de la prenda interior, dejándola acomodada en la ingle. Cuando su mano volvió, un grito salió de mi garganta al sentir el calor de su palma ahuecándose sobre mi sexo, provocando el llameo de calor por todo mi cuerpo.

Su cabeza bajó despacio, observando mi cuerpo desnudo mientras que se detenía entre los muslos.

—Echaba de menos tu sexo —canturreó él. —Y yo estaba a punto de no querer verte.

No le di importancia a sus últimas palabras. Y si hubiera hecho el intento de preguntarle, la respiración me jugaría una mala pasada. Así que me limité a respirar antes de que su boca volviera a alcanzar la mía.

—No tienes que suplicarme, Peyton —dijo, mientras sus dedos separaban los pliegues y golpeaba el clítoris a toda velocidad. El calor palpitante se extendía sobre mí, haciendo que me arqueara y retorciera las caderas. —Te deseo.

—Sigue —conseguí decir.

Ni siquiera había introducido uno de sus dedos en mi interior, pero el clítoris apretaba, sentía como el jugo fluía del mi sexo mientras el dolor sexual casi me empujaba al orgasmo. Por eso quería sentir de nuevo el calor que desprendía su mano. O su lengua.

Introduje desesperadamente los dedos en su cabello rubio, obligándole a que se levantara del suelo. Antes de que se colara en el interior de mis piernas, quería desnudarlo y recorrer su cuerpo con mi lengua. Tiré de la hortera corbata que colgaba del cuello de la camisa, y me deshice de los botones.

—¿Quieres controlar la situación? —Preguntó, dándome un fugaz beso en los labios.

—No es justo estar desnuda —no podía resistirme —y que tú sigas con ropa.

Sus formidables músculos, el pecho y sus fuertes abdominales quedaron revelados en la luz baja de la lámpara de escritorio que tenía detrás de la espalda. Me mordisqueé el labio al conseguir deslizar los pantalones del traje y encontrarme con su hinchado bulto.

—Ahora no me detengas —refunfuñó.

—¿Por qué? —Le reté.

Antes de responder, me dio una palmadita en la vagina.

—O sacudiré de nuevo tu coño.

Antes de que pudiera decir algo más, él se movió entre mis muslos, estiró con los dedos los pliegues mojados y palpitantes de mi sexo, y cerré los ojos cuando sentí su aliento que enviaba una caricia refrescante sobre el sensible tejido.

—Aleksander —gemí.

—Voy a devorarte, gatita —susurró él, moviendo sus dedos a través de la raja haciéndome temblar.

Y dejé que lo hiciera. Pero antes de que la punta de su lengua alcanzara el pequeño valle, me estremecí al ver una figura observándonos desde el umbral de la puerta. Solté un grito e intenté apartarlo de mí.

—Joder —exclamé.

—Sí, voy a follarte —anunció, empujando su cabeza.

Cuando conseguí detenerlo, Aleksander volvió a levantarse del suelo confuso. Me miró con los ojos bien abiertos, y guió su cabeza hasta la figura desconocida que siguió atento a todos nuestros movimientos. Él encendió la luz del despacho, revelando la identidad del hombre.

—Papá —dijo Aleksander, acomodándose delante de mí para que no me viera desnuda el señor Bogdánov. —¿Qué haces ahí?

Éste dudó un instante en si responder o no.

—Quería felicitarte —habló con un tono de voz frío y calculador. —Pero veo que estás ocupado.

Agradecí que nos diera algo de intimidad saliendo del despacho de su hijo. Aleksander se subió los pantalones del traje y consiguió cubrir su duro pecho con la camisa. No le dio tanta importancia como yo, ya que mientras me subía el vestido por la cintura, él salió para enfrentar a su padre sin abotonarse los botones.

Alcancé las bragas acomodadas en los tobillos, subí la prenda interior por los muslos y llegué hasta la puerta que cerraron dando saltitos. Aleksander era el único que elevó la voz en aquella conversación que estaban teniendo padre e hijo. Pegué la oreja para escucharlos en un estúpido intento para estar al tanto de todo. Fue infantil e inmaduro porque se escuchaba por toda la oficina.

—Veo que no cambiarás nunca. Creí que después de estos años donde me prometiste que no involucrarías a ninguna mujer más en nuestro negocio, era una forma de tomarme el pelo —su padre arrastró su cuerpo hasta la mesa de la secretaria. —Te acuestas con una de las inversoras de Lux Bogdánov, y ésta consigue tener un 10% en la empresa. Enhorabuena.

«Mierda.»

Aleksander no respondió.

—Y tú sigues teniendo la manía de decirme a quién tengo que follarme y a quién no. ¿Cuándo entenderás, papá, que tú no eres el dueño de mi polla?

Me senté en el sillón más cercano a la pared vidriada que había con vistas a la oficina, y observé con cautela la escena. El señor Eckbert ya era consciente que tenía voz y voto en la empresa, mientras que Aleksander, furioso con su padre por interponerse en sus asuntos, no analizó el detalle que le confesó.

Bajé la cabeza hasta encontrarme con la americana de Aleksander. Recordé que había escondido una tarjeta que observaba con recelo y apartó de mi curiosa mirada en el momento que me colé en el interior de su despacho. Así que estiré con cuidado el brazo, y sostuve la prenda de ropa hasta acomodarla en mi regazo. Colé los dedos por todos los bolsillos, y no encontré nada.

—¿Qué escondes? —Pregunté en voz baja.

Me sobresalté al escuchar la puerta abrirse. Al parecer la conversación de dos de los miembros de la familia Bogdánov, había finalizado. Aleksander se sentó en el sillón continuo al mío y me miró con tristeza. Dejé caer su americana al suelo mientras que acomodaba mis manos en sus marcadas facciones.

—¿Sucede algo? —Pregunté, temerosa.

—Lo siento, Peyton —me besó, y era algo que no esperaba después de la información que había recibido de mí; era una posible traidora, y él me besaba. —No contaba con la visita de mi padre.

Su mano se acomodó en mi rodilla.

Simplemente sonreí y acomodé mi mejilla en su hombro.

—¿Quieres dormir en casa?

Él soltó una carcajada. Nada grotesca, más bien cariñosa.

—Tendré que acostarme desnudo —sonó como si fuera un castigo. —Y el tacto de tu camión me provoca una reacción alérgica que llega a preocuparme.

—Pobrecito —acomodé los dedos bajo su mentón. —Tendré que quitármelo. No quiero que estés mal por mi culpa.

—Te lo agradeceré eternamente.

Y ambos, estallamos en risas.

Dejé que me volviera a besar, y cuando nuestros labios parecían agotados y sensibles por recibir la boca del otro sin descanso, nos levantamos de los sillones y salimos de la oficina para descansar en mi apartamento.

Una vez que Aleksander aparcó su vehículo, paseamos por el vestíbulo del edificio, y nos colamos en el interior del ascensor sin decirnos nada. Incluso no rechisté cuando sus dedos encajaron con los míos. Sentí su agradable calor en la palma de mi mano.

Al abrir la puerta, él no buscó una invitación por mi parte, se sabía el camino y se dirigió hasta la habitación para darse una ducha. Cuando terminó, hice lo mismo y me reuní con él. No terminamos lo que habíamos comenzado en la oficina. Lo único que hicimos esa noche fue dormir; abrazados y esperando a que ninguno empezara a arrepentirse de las majaderías que mostrábamos en público o cuando estábamos a solas.

Me desperté por los ruidos que provenían de la cocina. Abandoné la cama, me cubrí con una de las batas que había en el interior del armario, y me sorprendió encontrarme a Aleksander cocinando en la cocina americana que ni siquiera había estrenado desde que me mudé al apartamento.

—Buenos días, preciosa —saludó, con una amplia sonrisa. Agitó la sartén con un sutil movimiento de muñeca, y la tortita que se estaba cocinando saltó unos centímetros hasta dar la vuelta. —No se lo digas a Charlie. Lleva años recordándome que debería ponerme de nuevo en delantal.

—¿Eres un buen cocinero? —Pregunté, acercándome a él.

Aleksander no respondió. Me tendió un plato lleno de tortitas y acomodó los cubiertos sobre la mesa para que catara el desayuno que había hecho con tanto cariño. Saboreé la delicia y dejé que se fundiera en mi boca. Charlie tenía razón, su amigo era un buen chef.

—Está asqueroso —bromeé.

—No te creo.

Reí sin poder aguantar. Él se acomodó detrás de mí y besó la coronilla de mi cabeza. Quedé en silencio mientras que oía su respiración.

—Es la primera vez que me da la sensación que ríes sin tener que fingirlo porque eres feliz —sus palabras me recordaron el motivo por el que estaba allí y acercándome a él. —Me gusta.

Su confesión me puso nerviosa. Así que no me quedó de otra que cambiar el tema de conversación. Y así fue cuando quedé cara a cara, recordándole que teníamos que hablar de algo.

—Ayer dijiste que teníamos que hablar.

Aleksander no borró la sonrisa de su rostro.

—Mi hermana nos ha invitado a cenar. Quiere disculparse contigo y espero que Steffen también lo haga —siguió detrás de mi espalda, sin darse cuenta de la mueca que hice al escuchar el nombre de su cuñado. —No contaba con que mi padre nos descubriera en el despacho, completamente desnudos. Él también estará.

Si la cena se celebraba en la mansión de Rebecca, conseguiría acceder al despacho de Steffen. Así que giré el taburete, quedando cara a cara con él, y le mostré mi mejor sonrisa. Eché los mechones rebeldes que se acomodaban en mi mejilla, y arrastré mis dedos en esa corbata que no terminaba de gustarme.

—Será un placer.

—¿Segura?

Asentí con la cabeza. Besé esos dulces labios que sabían a sirope de chocolate, y devoré las tortitas que preparó con tanto entusiasmo a las siete de la mañana.

Estaba nerviosa, y la única forma que los demás no terminaran descubriéndome, era mantener el control. Sí, quería deshacerme de ese cabrón que estuvo con Ruby, pero no podía hacerlo delante de su familia. Necesita información del prostíbulo donde era socio, y si conseguía uno de sus sellos personales, André estaría dentro y me informaría de todo lo que estuviera pasando. Incluso encontraría a la mujer que se hacía pasar por mi hermana y llamaba a mi madre por las noches.

Rebecca me abrazó y con un tono de voz bajo, me pidió disculpas.

—Lo siento muchísimo, Peyton. La otra noche actué como una niña tonta.

Su marido, que acomodó inmediatamente su brazo por encima de los hombros de la pequeña Bogdábov, me miró.

—Todos cometimos un error —dijo Steffen, que empezaba a mirarme con otros ojos. —Lo siento, señorita Raksy.

No me quedó de otra que estirar los labios y complacerlos. Acepté sus disculpas y me acerqué hasta Aleksander que seguía esperándome junto a la mesa. Su padre estrechó mi mano y no intercambiamos palabra alguna. Me senté inmediatamente y dejé que nos sirvieran los entrantes.

—Necesito ir al baño —le comuniqué a Aleksander.

Amablemente Rebecca me indicó donde podría encontrar el baño más cercano. Me levanté de mi asiento, disculpándome con los demás, y desaparecí por el pasillo que me mostró. Al final, encontré una de las tantas puertas que te dejaban en el enorme jardín de la mansión.

Por el camino, encontré a uno de los trabajadores de Steffen, y lo detuve con la excusa que

necesitaba ir al despacho de su jefe para recoger mi bolso. Amablemente me indicó la puerta que tenía que abrir, y los pasillos indicados para dejarme en el despacho que tanto ansiaba.

Y cuando quedé dentro, cerré la puerta para que nadie me viera. Cogí el primer sello que encontré sobre su escritorio, y lo envolví en un pequeño pañuelo que me acompañaba. Lo acomodé entre mis pechos, quedando oculto en el sostén.

—¿Te has perdido? —La voz de Steffen me sorprendió.

Respondí lo primero que se me pasó por la cabeza.

—Me gusta como tenéis la casa decorada. Estaba cogiendo ideas —Sonreí. Mientras tanto éste, se acercó como un león a punto de cazar su primera víctima de la noche. —Bonito despacho.

Steffen no se detuvo.

—Rebecca podría aconsejarte un par de maricones que son diseñadores de interiores.

Gruñí sin que él se diera cuenta.

—Has utilizado un término horrible.

—Me da igual —sonrió Steffen. —¿Dónde conseguiste el vestido de la otra noche?

—En un mercadillo —Mentí. —Aleksander me comentó la aventura que tuviste con su pareja.

—¿Pareja? Ruby era una puta —rio. —¿La conocías?

—No —no dejé que me intimidara. —¿Debería?

—Ya no. Está muerta —Tocó mi rostro. —O eso dicen.

—No creo que los muertos vuelvan a la vida —aparté su curiosa mano. —No sufras.

Steffen no se daba por vencido.

—Cariño, cuando quieras pasarlo bien, —siguió acariciando mi cabello cuando aparté su mano de un golpe —llámame. Puedo hacer maravillas con este dedo —se lamió el dedo corazón.

—Te cansarás de Aleksander. Como todas las demás.

«Hijo de puta.»

Tenía ganas de decirle que era la hermana de Ruby, la mujer que arrastró a su lado para cometer adulterio. Pero la puerta volvió a abrirse, mostrándonos a un hombre que llevaba un tiempo esperando por nuestra presencia.

—¿Sucede algo? —preguntó Aleksander.

—No —respondió Steffen. —Quería disculparme con tu nueva amiga. Os veo abajo.

Se alejó de nosotros.

—¿Estás bien?

Asentí con la cabeza.

Se acercó para abrazarme, y correspondí su acto cariñoso. Escondí mis manos en los bolsillos de su traje, encontrándome con una tarjeta de presentación. La saqué con sumo cuidado y leí el nombre de la morgue donde estuvo Ruby. Al otro lado, había algo escrito:

Andrea Wahl.

«Joder.»

—¿Peyton?

Tragué saliva.

Si seguía buscando información, descubriría que detrás del nombre de Andrea Wahl, estaba yo.

—¿Sí?

—Las normas han cambiado. Para tener voz y voto en la empresa, tienes que tener en tu poder un 15% —susurró con calma. —Te lo comento, por si quieres seguir adquiriendo acciones.

Me quedé congelada.

No, no estaba a punto de descubrirme. Más bien, Aleksander conocía todos mis movimientos y ya no sabía cómo mover ficha.

«¡No!» —Pensé. «*Ha llegado hasta el nombre de Andrea.*»

Me daba por muerta.

Capítulo 16

Lo único que hizo Aleksander cuando me esforcé en apartarme de su lado, fue retenerme por los brazos. Me obligó a mirar esos curiosos y furiosos ojos marrones, y bajó su rostro para estar más cerca de mis labios. Imaginé que, si adaptaba mi boca sobre la suya, olvidaría sus últimas palabras. Pero no fue así. La seducción no lo cegaría y seguiría siendo más astuto que yo. Así que me encogí de hombros, observé sus dedos y solté un suspiro antes de romper el incómodo silencio que causamos los dos.

—Gracias por el dato —dije, guiñándole un ojo y sonriendo.

Él, endureció sus facciones y siguió hablando.

—Peyton, ¿qué quieres realmente de *Lux Bogdánov*? —Su tono de voz calmado y suave ocultaba la ira que sentía en realidad. —Dime que fue una coincidencia encontrarte en el club y que además te convirtieras en una de los inversores de la empresa. Porque si llego a enterarme que todo lo planeaste con Ruby, pienso bajarte de este barco sin importarme las consecuencias.

—¿Me estás amenazando?

No le hizo falta asentir con la cabeza.

—No. Me estoy cubriendo los hombros —se echó un vistazo, y volvió a mirarme. —Puede que seas una mujer hermosa, que deseo en estos momentos, pero no pienso arruinarme por unos cuantos encuentros sexuales. ¿Lo entiendes?

Subí mis manos hasta golpear sus brazos. Al liberarme de él, le di la espalda con la única intención de salir de la mansión de su hermana. Aleksander siguió mis pasos y desconecté de su voz autoritaria para que me detuviera en aquel mismo instante. Me vinculó con Ruby. Conocía mis intenciones para hundir poco a poco su empresa. Y, que la conexión sexual no era suficiente para bajar la guardia.

Uno de los empleados, que esperaban junto a la puerta, me acercó el abrigo junto al bolso. Antes de atravesar la puerta, la mano de él me detuvo. Lo miré a los ojos y le apunté con el dedo.

—Nadie..., —volví a repetir —me amenaza. ¿Te ha quedado claro, Aleksander?

—Debes silenciar algo muy grande para que una pequeña advertencia te ponga nerviosa —me retó. —¿Me temes? ¿Crees que podrás enfrentarme? ¿Qué te hace creer que no sigo tus pasos?

—Te estás equivocando conmigo.

—A lo mejor me arrepiento, Peyton —sentí la presión de sus dedos en mi piel. —O debería llamarte, ¿Andrea?

«Capullo.» —Pensé, y desaparecí sin ni siquiera saber adónde ir.

Gwen viajó hasta Núremberg para reunirse conmigo. Al verme, con el cabello revuelto y con ropa de gala, se levantó de la mesa preocupada y acorraló mi brazo con el suyo. Me ayudó a acomodarme en una de las sillas y me quitó las gafas de sol. No había dormido en toda la noche. Pasé del maquillaje, y cogí un taxi hasta la ubicación que me envió.

—¿Estás bien?

Intenté sonreír.

—Sí.

—No mientas —dijo, arrimando la taza de café a sus labios. —Te conozco. Seguramente anoche saliste, algo te dejó preocupada, y no has sido capaz de darte una ducha.

Mi amiga era como la hermana -que empezaba a pensar- que le faltó a Ruby.

—Aleksander me ha llamado Andrea —fui directa. Gwen derramó el café que contuvo en la boca, y se disculpó limpiando la mesa con ayuda del servilletero que tenía a mano. —También ha descubierto lo de las acciones. Y, por si fuera poco, ya me ha relacionado con Ruby. Estuvo en la morgue donde le hicieron la autopsia.

Se quedó pálida.

Hasta que una voz masculina me sorprendió a mí también.

—¿Te llamas Andrea?

Olvidé por completo que nos veríamos con André para entregarle el sello que conseguí de Steffen. Se sentó junto a Gwen y le mostró su mejor sonrisa.

—No quiero hablar de ese tema —alcé el brazo para que el camarero tomara nota. —Aquí tienes, André. ¿Podrás entrar ahora al burdel?

Éste lo miró antes de hacer la llamada.

—Voy a intentarlo —posó el brazo sobre los hombros de Gwen, y ella lo miró con desagrado. —Me he dejado llevar. Lo siento.

Retiró inmediatamente la extremidad del cuerpo de mi amiga. Se levantó con el rostro sonrojado y salió fuera para hacer la llamada que marcó.

—Estamos jodidas —exclamó Gwen.

—Lleva investigándome desde el día que lo vi en la oficina —y no le culpaba, era normal. Lo que no esperé fue que llegara tan lejos. Y ahí entraba Charlie. —Puede retirarme de la empresa cuando él quiera.

—¿Lo ha hecho?

—No —recordé sus últimas palabras. —Dijo que podía arrepentirse.

—¿Con qué?

—No lo sé —me encogí de hombros.

Nos quedamos en silencio, hasta que dijo de nuevo el nombre que me daba escalofríos.

—Andrea, eh.

Tragué saliva.

Aleksander Bogdánov

Charlie me sacó de la oficina sin darme explicaciones. Se despidió de la señora Harris lanzándole un beso. La mujer, intimidada, bajó la cabeza y volvió a estudiar la agenda; cancelando las reuniones que tenía pendientes para esa misma mañana del martes.

Me hizo conducir hasta una cafetería que desconocía, y antes de que se bajara del coche, lo retuve por la llamativa americana con la que se abrigó en un día nublado.

—Tú dirás.

Charlie soltó una carcajada.

—Quiero presentarte a una amiga —me guiñó un ojo. Sacó la lengua y la paseó por sus dedos fingiendo que lamía una vagina. Después, intentó meterse el puño en la boca. Como no lo consiguió, manifestó una tos extraña que me indicó que se estaba ahogando. —Casi me muero.

—Pues deja de ser tan imbécil.

Se sintió ofendido.

—Se acabó. Muérete solo. Ya no te la presento.

Era como un crío pequeño.

—Lo siento —y me llevé una mano a la cabeza. —¿Charlie?

—Dime cosas bonitas.

Refunfuñé.

«*Tendría que haberme quedado en la oficina.*» —Pensé.

—Eres un buen hombre.

—Más lascivo.

Me guiñó el ojo.

—Si fuera gay, tú serías mi amante.

Ya volvíamos a ser dos idiotas con traje.

—¿Por qué? —fingió sentirse avergonzado.

—Porque la tienes grande.

Me golpeó el brazo y dijo:

—Calla, tonto. ¡Qué me sonrojo!

Soltó una carcajada y señaló la cafetería donde se encontraba su nueva amiga.

—¿Quieres conocer a Andrea Wahl en carne y hueso?

«Peyton.» —Pensé.

Capítulo 17

Peyton Raksy

Acomodé sobre la mesa la última botella de *Chambord* que había en la despensa. Pronto, la fotografía de Ruby y el arma que solía guardar en mi bolso, acompañó el alcohol. Me llené una copa y le di un trago mientras observaba a la niña que sonreía a través del retrato que había bajo mi otra mano. Ladeé la cabeza y sonreí al igual que ella; la echaba de menos, añoraba su compañía y seguía lamentándome por no tenerla a mi lado. Me obligué a mirar a otro rincón del comedor y detener los pensamientos que bombardearon en mi cabeza. Estaba destrozando mi corazón y el amor que sentía hacia mi hermana pequeña. Necesitaba recordarla como el angelito que salió del hogar de nuestra madre, y no como la diablesa que representó las palabras de Steffen.

Volví a llenarme la copa, y esta vez envolví el arma con mis dedos. Jugueteeé con uno de los costados del gatillo y me vi débil al darme cuenta que no era capaz de presionarlo. No era capaz de matar a un hombre. Era consciente de que él no era del todo culpable. Aun así, me limité a culparlo por todo lo que estaba pasando a mi alrededor sin darle la oportunidad de contarme su versión. Pensé en Aleksander y en su curiosa forma de investigar todo lo que rodeó a la niña que acogió sin darse cuenta que acabaría en un callejón sin salida. Lo sabía, porque me pasó lo mismo.

No quería despertar a Gwendolyne, así que no encendí el televisor en aquella noche lluviosa que apagó la templada claridad nocturna de una ciudad como la de Núremberg. Me cubrí con un enorme jersey que cargué en la maleta que me solía acompañar, y empujé mi cuerpo hasta un rincón del sofá. Seguí bebiendo mientras que mis lágrimas se ahogaban en el interior del vaso de cristal. Relamí mis labios y dejé una vez más que el alcohol fuera el fratricida de mis condenas.

La palma de mi mano recibió el calor de la mejilla cuando alguien golpeó la puerta del apartamento. Observé la entrada blindada, y antes de levantarme del hueco que ocupé, eché un vistazo rápido a la hora que marcaba mi teléfono móvil. No esperaba visita, y si tenía que

comunicarme con alguien, André lo haría a través de mensajes de texto cortos y directos. No me quedó de otra que empujar mis pies desnudos por el suelo y reunirme con el pomo; antes de girarlo, miré por la mirilla redonda, encontrándome con la persona que había al otro lado.

Tragué saliva.

Aleksander alzó la cabeza, encontrándose con mi mirada sin ser consciente. Se mantuvo en la misma posición y no la cambió hasta que escuchó mis dedos golpear la pared. Me mordisqueé el interior de la mejilla y deseé con todas mis fuerzas que el empresario diera media vuelta hasta desaparecer. Pero no lo hizo. Mostró su dulce sonrisa y ladeó la cabeza.

Antes de abrir la puerta, di media vuelta y recogí el arma que había dejado sobre la mesa. La escondí en uno de los cajones de la cocina y volví a reunirme con él. «No tenía otra opción.» — Me dije a mí misma. Pero, siempre podíamos buscar otra alternativa.

—Buenas noches, cariñ...—y se arrepintió demasiado tarde. Terminó el saludo con mi nombre.

No me aparté de la puerta. Quedé cruzada de brazos mientras que alzaba una de mis cejas. Aleksander no había pasado por su hogar, su traje lo delató. Al parecer estuvo liado, y en vez de darse una ducha, optó por visitarme a mí. Así que le di la oportunidad para que dijera todas esas palabras que memorizó antes de cerrarle la puerta en las narices.

Él, cargaba una pequeña caja entre sus brazos. No le di importancia, ya que no quise romper el contacto visual. Miré detalladamente esos ojos negros que sintieron dolor al descubrir quién era la mujer que deseaba por las noches.

—¿Qué quieres, Aleksander?

—Disculparme —dijo, sorprendiéndome. Intentó empujar su cuerpo al interior del apartamento, pero se lo impedí. Aun así, Aleksander sonrió al ver mis piernas desnudas. —Lo siento, Peyton.

Me limité a hacer más preguntas.

—¿Qué sientes exactamente? Después de la conversación que mantuvimos la noche anterior, creo que lo mejor para los dos es no volvernos a ver nunca más —intentó interrumpirme, pero mi dolor era mayor que el suyo. —Tú mismo has cerrado las puertas de tu corazón. Y lo entiendo. No quieres a ninguna mujer en tu vida. Tienes la necesidad sexual como cualquier ser humano. Así que lo nuestro acabó ayer. Y si estás aquí para recordarme una vez más que Ruby, ese fantasma del pasado, está conectado conmigo... —empujé la puerta —por favor, ahórrate el discurso.

Lo único que hizo él fue sacudir la cabeza.

—Sé que no eres Andrea Wahl —al darse cuenta que me sorprendí, prosiguió. —Charlie me lo ha demostrado. Me llevó a una cafetería, donde me reuní con el abogado de esa persona. Sé que no eres tú, cariño, porque vi el rostro de Andrea. Y no es el tuyo —cargó la caja con un solo brazo, e intentó tocar mi mejilla. Se dio cuenta que había estado llorando. —Wahl, el familiar directo que tenía Ruby, acabó en prisión cinco meses después de la muerte de su hermana.

No aparté ese dedo pulgar que tocaba mi piel con cuidado.

—¿En la cárcel?

Era un dato que desconocía.

—Sí, tráfico de drogas.

«Mierda»—cerré los ojos.

—Nunca te mentí con mi nombre, y menos con mi apellido —solté, diciéndole la verdad.

—Ahora lo sé, cariño.

Bajé su enorme mano y dejé que volviera a sostener la caja que llevaba junto a él.

—Dijiste que te habías olvidado de ella. Y no es cierto.

—Peyton —susurró, y sentí un dolor que jamás imaginé que él sentiría. —Necesito saber por qué intentó hundirme. Por qué acabó con su vida si jamás le incité a ello. Rebecca está embarazada, y tengo miedo que los secretos de Steffen y Ruby acaben con el bebé que mi hermana está esperando —gruñó. —Y no espero que me entiendas, pero sí que seas sincera conmigo. ¿Conociste a Ruby Wahl?

Mentí:

—No.

Aleksander sonrió.

—Gracias —cuando se acercó, pensé que sus labios se posarían sobre los míos, pero besó mi frente antes de tenderme la caja que sostuvo durante unos minutos en el umbral de la puerta. —Es un pequeño regalo. Me dijiste que no tenías familia en Núremberg. Pensé que sería bonito tener a alguien esperándote y recibéndote con cariño cada vez que volvieras al apartamento.

Llevé un oscuro mechón de cabello detrás de la oreja, y acepté la caja rosada. La abrí con sumo cuidado, y di un saltito de sorpresa al ver un pequeño gato en el interior.

—Un felino —susurré.

—Necesitaba un hogar —sonrió. —Deberías ponerle un nombre.

—Cuando algo tiene nombre, empezamos a amarlo.

—Por eso los seres humanos nos enamoramos, Peyton.

Sostuve el animal; era un gato callejero, de pelaje negro y pecho blanco. Sus ojos, curiosos y veloces, se cerraron al sentir el calor de mis manos.

—Katze —dije, sin más.

Aleksander rio.

—No es muy original —acarició a Katze con los nudillos. —Pero es aceptable.

—Gracias.

Con una sonrisa traviesa, intentó colarse una vez más en el apartamento, pero no le dejé.

—Estoy cansada —me excusé. Aleksander no podía ver a Gwen en mi apartamento.

—Lo entiendo —dijo, acercándose peligrosamente a mi boca. —¿Nos vemos mañana?

Asentí con la cabeza.

—Podemos desayunar y hablar de inversiones.

Aleksander alzó mi rostro, acomodando los dedos bajo la barbilla. Sentí el roce de sus labios tocando lentamente mi boca.

—Prefiero hablar de lo nuestro.

—¿Lo nuestro? —Repetí.

—Cariño, lo nuestro no solo se basa en el sexo. Y, me gustaría hablarlo.

—¡Dios! —Miré a otro lado. —No estarás hablando de una relación, ¿no?

Soltó una dulce carcajada.

—Ya hablaremos. Buenas noches.

—Buenas noches, Aleksander.

Y antes de empujar la puerta, esperé a que las puertas del ascensor se cerraran. Observé a Katze e imaginé que tendría hambre. Golpeé la puerta con el talón y me acerqué a la cocina para calentar un poco de leche sin lactosa que había en la nevera.

Esperé a que el gato terminara de beberse el único aperitivo que podría ofrecerle para esa noche, y me lo llevé junto a mí para dormir en la cama. No me sentí sola por primera vez, incluso teniendo a Gwen en la habitación de al lado.

Katze maulló y me vi obligada a bajarlo con sumo cuidado de la cama. Aparté las sábanas de mi cuerpo y busqué algo para cubrirme. Me dirigí hasta el comedor en busca de una taza de café y me sorprendió encontrarme a André hablando con Gwen. Ella no dejaba de sonreír, mientras que éste le susurraba cosas en francés en el oído.

—Buenos días —ocupé el taburete que había delante de ellos. —¿Alguna novedad?

Gwen se apartó de André y me tendió una taza que llenó del café que había preparado. Le di las gracias y dirigí mi mirada al hombre que me abriría las puertas de *Fotze Love*.

—Estoy dentro. Soy otro miembro más —golpeó los puños sobre la isla, y Gwen lo detuvo antes de que destrozara algo. —Además, hay algo que te alegrará el día.

Mi amiga cortó el tema de conversación al darse cuenta que había un animal recorriendo el apartamento.

—¿Un gato negro?

—Anoche vino Aleksander —dije, y le di un sorbo al café antes de seguir. —Katze necesitaba un hogar y pensó en mí.

—¿Katze? ¿Ese es su nombre? —Asentí con la cabeza. —Pey, no puedes ponerle nombre, le cogerás cariño.

Aleksander tenía razón.

Una vez que el gato tuviera nombre, incluso cuando su nombre era gato, no habría manera de apartarlo de mi vida.

—Tú dirás, André —ignoré la curiosa mirada de Gwen.

—*Fotze Love* busca desesperadamente a una chica de compañía para cubrir la baja de otra —acomodó los codos y me miró fijamente. —Pensé que Gwendolyne sería la mujer perfecta para el puesto...

Ella asintió con la cabeza.

Yo me negué.

—Iré yo.

—Pey...

—No pienso meterte en un club donde torturan a mujeres por placeres sexuales —gruñí. —Consígueme el puesto.

—Peyton, si se lo he propuesto a Gwen es para que no te descubran.

Olvidé a Steffen.

Gwen se sentó en el asiento continuo al mío.

—André tiene un plan —intentó tranquilizarme. —Hay hombres que no comparten a las pequeñas *puppen*. Él pedirá exclusividad conmigo. Y lo tendrá.

—No puedo —las manos me temblaron. Las *puppen*, convivían dentro del burdel. —No puedo arriesgarme.

—No me pasará nada malo.

—No puedo perderte a ti también.

—Encontraré a la mujer que hizo todas las llamadas, y buscaré respuestas.

—Gwen...

—Confía en nosotros —miró a André.

Seguí insistiendo e intenté convencerla, pero no me dejó. Se levantó del asiento junto al francés y se despidieron porque tenían una reunión con uno de los fundadores. Me prometió que estaría en contacto conmigo todas las noches, y que André la visitaría para que me sintiera más tranquila. Me abrazó antes de salir por la puerta del apartamento y cerré los ojos ante el miedo que sentí. Perdí a mi hermana, y me negaba a perder a mi mejor amiga.

Para olvidar el pequeño conflicto, busqué un taxi que me llevaría a las oficinas *Lux Bogdánov*. Le prometí a Aleksander reunirme con él y era perfecto para conocer un poco más a Steffen.

Al pasar por delante de la señora Harris, la dulce mujer me detuvo.

—Buenos días, señorita Raksy.

—Señora Harris —sonreí. —¿Aleksander está en su despacho?

—Sí, está reunido con unos caballeros —pero ella no me negó la entrada. Me tendió dos cafés que había terminado de preparar y me acompañó hasta la puerta. —Me alegra ver al señor Bogdánov feliz.

—¿Antes no era feliz?

—No —detuvimos nuestros pasos. —La joven mujer que solía estar con él le arrebató la sonrisa durante años.

«¿Hablabas de Ruby?»

—Gracias por aparecer en su vida, señorita Raksy.

Forcé una sonrisa y me despedí de ella.

Golpeé la puerta de su despacho con la punta del tacón, y Charlie fue quien me abrió la puerta. Aleksander se levantó y se acercó para saludarme.

—¿Me das cinco minutos? —Asentí con la cabeza. —No esperaba reunirme con Andrea Wahl.

El miedo me dejó sin palabras. Esperaba que Aleksander se equivocara, pero era cierto. Andrea estaba en Alemania. Se levantó del asiento que le tendieron al pisar las oficinas, y caminó hasta nosotros para presentarse.

—Andrea Wahl —buscó mi mano para estrecharla.

Las manos me temblaban.

Así que le dije mi nombre.

—Peyton Raksy.

Fingí como él; éramos dos desconocidos bajo la atenta mirada de Aleksander.

La risa de Charlie rompió el contacto visual que mantuvimos.

—Alek creyó que Andrea era una mujer.

Andrea se encogió de hombros.

—Y no le culpo —me dio la espalda. —Mi padre es alemán y mi madre italiana. Así que cuando salgo de mi país, incluso permaneciendo en Europa, la gente me mira con sorpresa al oír un nombre unisex —rio, y volvió a mirarme. —¿A usted también le ha sorprendido?

No dije nada.

Cuando Aleksander se acercó a Charlie, Andrea aprovechó para dejar su mano sobre mi hombro.

—No te vayas muy lejos —susurró. —Tenemos que hablar, amore.

Sentí náuseas al sentir su piel tocándome de nuevo.

Odiaba a Andrea, y por culpa de Aleksander tenía que volver a verlo de nuevo.

Capítulo 18

Andrea se disponía a salir del despacho, pero la voz de Aleksander lo detuvo. Se quedó cruzado de brazos, y con esa sonrisa torcida que llevaba mostrando desde que era un crío, apareció en su rostro sereno. Me asombró la tranquilidad que cargaba sobre sus hombros después de la muerte de nuestra hermana. No se puso en contacto con su familia en años, ni siquiera con el padre que compartía con Ruby. Gustav, intentó acercarse repetidas veces a él, y todo rastro que dejaba desaparecía por las viejas y estrechas calles de Bolonia. Así que no entendí muy bien la referencia que hizo Aleksander sobre la cárcel, cuando Andrea siempre se escondió bajo el techo de su madre. Al sonreír, cerró sus ojos y pidió permiso para servirse una taza de café.

La puerta del despacho se cerró y me sentí incómoda por tener que compartir el mismo aire que Andrea. Cerré los puños e ignoré el dolor que sentí al clavarme las uñas en las palmas de las manos. Avancé con cuidado y sin hacer ruido detuve mis pasos una vez que alcancé a Aleksander. Éste, con una sonrisa divertida, se dio el lujo de acariciar mi cabello mientras que se disculpaba conmigo.

—Estaba buscando una solución al problema que tenemos en común.

—Dijiste que era un delincuente —susurré, mirando a Andrea mientras que se echaba un par de terrones de azúcar blanca.

—Lo sé —concluyó. —Ha pagado su deuda con la sociedad.

Me encogí de hombros e intenté mostrarle la sonrisa que él quería ver. Asentí con la cabeza y me acerqué hasta el sofá que había retirado al fondo del despacho junto a los dos sillones que acababan de ser tapizados. Al observar a Charlie adentrando sus enormes manos en los bolsillos de su traje negro, me di cuenta que él era como Gwen; no dejaría tirado a su mejor amigo y lo ayudaría en cualquier cosa. Y así hizo, lo condujo hasta Andrea Wahl.

—Si quiere, señor Bogdánov, puedo volver más tarde.

—No se preocupe por la señorita Raksy —sonó la voz de Aleksander. —Está al tanto de los problemas que tuve con su hermana.

Andrea alzó una ceja y por fin su rostro mostró desconcierto.

—De acuerdo —se apresuró a decir. —Entonces, ¿quiere que pase esta misma tarde a recoger todas las prendas que se dejó Ruby en su apartamento?

La respuesta de Aleksander fue asentir con la cabeza y girar el pomo de la puerta para

concluir la reunión. Andrea estrechó la mano de Charlie, del empresario y cuando estuvo a punto de hacerlo conmigo, lo rechazé. Sentí ira al verlo tan cerca de mí. Las últimas palabras que soltó fueron el golpe final para odiarlo con todas mis fuerzas. Dejé que marchara y ni siquiera le dediqué unos segundos para observarlo por encima del hombro.

Charlie también tomó la decisión de abandonar el despacho de su amigo. Se despidió de ambos, y cuando la privacidad llegó, me acerqué con curiosidad hasta Aleksander para descubrir que había pasado en la breve reunión que tuvo con Andrea. Pero, conociendo todo lo que había hecho hasta ahora, era lógico que no me diría nada.

—¿Querías deshacerte de la ropa de Ruby?

Él me pidió que me sentara junto a él.

—Pensé que, si esas prendas desaparecían, tú no te abrumarías al despertar en mi habitación —el apretón de mano no suavizó el momento que viví. —Y también lo hago por mí, Peyton. Quiero la paz que llevo buscando desde hace años. Y no soy capaz de encontrarla porque Ruby siempre está ahí para recordarme que no puedo ser feliz con nadie más si no es ella.

—Y, ¿Andrea te ayudará?

No me alteré, pero quería salir de allí y tomar aire fresco antes que los nervios acabaran con mi compostura.

—Eso espero —dijo Aleksander, confiando en un hombre que traicionó a su propia familia. —Tengo que trabajar, gatita. ¿Querías alguna cosa más?

Antes de abandonar las oficinas Bogdánov le pedí ayuda. Él ni siquiera se daría cuenta que estaba colaborando en los últimos movimientos de los millones que se habían quedado en la cuenta bancaria de mi hermana. Necesitaba perder la pista de los últimos ceros que se quedaron reflejados en el patrimonio de una mujer que había fallecido.

—Había pensado en invertir en un par de empresas más para mantener mi domicilio en Núremberg. ¿Tú me podrías ayudar?

Él asintió con la cabeza.

—Charlie tiene un amigo que está metido en la energía renovable. Se encuentra en Europa junto a su padre —sonrió dulcemente. —Su nombre es Ishaq Bermejo. Haré un par de llamadas y les pasaré tu número de contacto.

Agradecí su ayuda.

—Gracias —estuve a punto de besar su mejilla, pero Aleksander fue más rápido y su boca se reunió con la mía.

—Tenemos una cena pendiente —me recordó, con una sonrisa pícaro.

Toqueteé su cabello rubio y asentí con la cabeza. Cuando su mano se posó bajo mi pecho y mis labios siguieron rozando los suyos, lo único que nos apartó el uno del otro fue una llamada que no esperaba. O sí, pero lo olvidé por completo. Me disculpé y salí de su despacho mientras que observaba el nombre de André.

Al descolgar pregunté:

—¿Cómo está Gwen?

André rio.

—Está bien. He hecho un buen trato. Gwen será una de las *puppen* exclusivas. Nadie podrá acercarse a ella, ni siquiera tomar una copa de vino mientras que la contemplan —habló tan rápido, que se tomó unos segundos para descansar su lengua inquieta. —Creo, que a día de hoy me he ganado tu confianza, Peyton.

Tenía razón.

Al estar lejos e incomunicada con Gwen, la única persona con la que podía hablar sobre mis planes era con André Boumedjane. Y, después de cruzarme con Andrea, necesitaba una pequeña ayuda para deshacerme del hombre que estuvo una vez clavado en mi corazón.

—Nos vemos en mi apartamento —finalicé.

No le di tiempo a responder. Colgué la llamada y me acerqué hasta uno de los taxis que esperaban cerca de los enormes bloques de las oficinas Bogdánov. Le di la dirección del apartamento que comenzaba a ser un hogar para mí, y acomodé mi cabello en el momento que el taxista arrancó el motor.

Agradecí que André fuera el primero en llegar. Al subir el ascensor, pensé que me quedaría sola en el interior del apartamento mientras que esperaba reunirme con alguien. No pensé que a mi edad empezaría a temer a la soledad.

Dejé el bolso sobre la isla de la cocina, y al darme cuenta que André se acomodó en el sofá mientras que ojeaba un periódico que cargó durante su viaje, preparé un par de copas de vino para acompañar la charla.

Últimamente no dejaba de beber a todas horas.

—Tú dirás —dijo, sosteniendo la copa y alejando el montón de hojas recicladas y cubiertas de noticias.

—¿Querías la verdad? —Pregunté, y éste asintió con la cabeza. —Te lo contaré todo. Pero tú tienes que prometerme que no se lo contarás a nadie.

Su risa se apagó al darse cuenta que iba en serio.

—Lo dices como si corriéramos peligro.

—Puede ser, André —le di un buen trago al *Chardonnay*. —No olvides que me negué esta mañana a dejar marchar a Gwen a un club donde torturan a mujeres y a saber las cosas que harán allí dentro.

André endureció la postura.

Al parecer, el francés empezó a encariñarse con mi mejor amiga.

—¿Qué sucede?

—¿Recuerdas la joven que se quitó la vida delante de Aleksander? —Soltó un sí inmediatamente. —Ruby Wahl era mi hermana pequeña —no dejé que me interrumpiera. —Y sí, no es casualidad que Aleksander y yo nos hayamos conocido. He estado detrás de él durante dos años hasta planear nuestro primer encuentro. Y si he hecho todo esto, es porque creía que Aleksander Bogdánov fue el hombre que empujó a mi hermana a quitarse la vida. Y quería vengarme de él.

Sin darme cuenta André opinó.

—Soy uno de los tantos hombres que no soportan a Aleksander —hizo una pausa, y en ningún momento arrimó la copa a sus labios—. Pero conozco a ese idiota, Peyton, él no sería capaz de matar ni a una mosca.

—Sé que él no la mató —cerré los ojos. —Pero oculta algo.

—Y, ¿por qué lo crees?

—Cada año, en la fecha en la que Ruby dejó de estar con nosotros, Aleksander Bogdánov ingresa una suma bastante elevada en la cuenta de ella —me mordisqueé el labio. —¿Por qué una persona inocente hace una transferencia si no es culpable u oculta algo? Creo que es su forma de pedirle perdón.

André sacudió la cabeza.

—¿Qué sucede con el burdel?

—¿*Fotze Love*? Hace poco descubrí que Ruby tuvo una aventura tóxica con Steffen. El cuñado de Aleksander es uno de los fundadores del prostíbulo de lujo —de golpe le di un trago largo a la botella de vino. —Tú me diste esa información. Por eso quería formar parte de las *puppen*. Quería encontrar a la mujer que llamaba a mi madre para decirle que Ruby seguía viva y estaba embarazada.

Los ojos de André se abrieron ante la sorpresa.

—¿Te has replanteado esa idea?

—¿Estás loco!? —Alcé la voz. —Eso es imposible.

Y entonces recordé los últimos movimientos de Aleksander en la búsqueda de Ruby; la morgue.

—¿Andrea Wahl?

Nombró al hombre que me delataría ante Aleksander.

—Andrea es un hombre —confesé. —Su madre, Gianna, es italiana. Su padre, Gustav, es el alemán que se casó con mi madre siete años después de que ella se divorciara de mi padre. Nuestros padres tuvieron a Ruby, y ambos somos parte de ella.

—*Merde*.

—Andrea está en Núremberg —tiré bien lejos la botella. —Y estoy jodida. Porque él será capaz de contarle toda la verdad a Aleksander si no consigue el dinero que le robé.

—¿Le robaste dinero?

—A él no. Pero sí a Ruby.

Estaba soltando tanta información, que André parecía confuso.

—Ruby nombró un único heredero al patrimonio que ella misma consiguió. Y ése era Andrea.

—Al parecer Ruby tenía un hermano favorito —susurró.

—No vuelvas a decir eso nunca más —le advertí. —Ruby me amaba. Al igual que yo la amo a ella.

—Pero tu hermana solo confió en Andrea —quiso recordarme. —Peyton, tienes que ver a Ruby como la mujer que todos conocieron. No puedes recordar a una joven niña que se escapó de casa para conocer a un multimillonario.

—Tú ni nadie lo entiende —me levanté del sofá. —Pero necesito enterrar el pasado y saber qué le sucedió a mi hermana. ¡Yo también quiero vivir en paz!

André se levantó y me acompañó. Intenté liberarme de las lágrimas, pero era imposible.

—¿Qué relación tuviste con Andrea? —Formuló la pregunta del millón de dólares.

—Te dije que nosotros no compartimos ningún lazo de sangre —bajé la cabeza. —Me enamoré de él cuando era una adolescente. Me prometió amor eterno, y al cumplir la mayoría de edad me pidió que marchara junto a él. Gustav nos descubrió y me abrió los ojos. Andrea, en vez de quedarse en Freudenberg, volvió a Italia y cambió su actitud por la de un hombre ambicioso.

Y entonces comprendí que Ruby estaba siguiendo los pasos de su hermano mayor, y no los de su hermana.

—Ruby estuvo en contacto con él, ¿verdad?

—Sí —dije, derrotada.

—Gwen me ha dado un par de contactos si necesito información de cualquier persona —me obligó a que lo mirara a los ojos. —Haré un par de llamadas y me informaré de los últimos años de Andrea Wahl. Peyton, tú deberías alejarte de él.

Asentí con la cabeza.

Era la última persona que quería cruzarse en el camino de Andrea.

—Te llamaré. No te preocupes.

Acarició mi espalda, recogió sus pertenencias y salió del apartamento dando un portazo.

Y yo me quedé allí. Di media vuelta, me alejé de la ventana y me estiré en el sofá mientras que las lágrimas seguían recorriendo mis mejillas.

El timbre me ayudó a levantarme. André no tardó en darse cuenta que se había dejado la funda de sus gafas de sol. Las recogí y me acerqué hasta la puerta para abrir.

—Amore.

Tragué saliva.

—¿Qué haces aquí?

—Te dije que nos veríamos pronto —dijo Andrea, colándose en el interior del apartamento.

—¡Increíble! ¿Lo has comprado con el dinero de nuestra hermanita?

—Andrea —estaba nerviosa —, por favor, tienes que irte de aquí.

—No, amore. Ahora vivo aquí —soltó la pequeña maleta que lo acompañó.

No podía quedarse en el apartamento. Si Aleksander lo veía, nos descubriría a ambos.

—Tú no lo entiendes...

Me interrumpió.

Aferró sus dedos alrededor de mi brazo y me obligó a dar media vuelta para estar cara a cara con él. Sentí el dolor cuando los dedos se clavaron en mi piel. Jadeé y ni si quiera me dio la oportunidad de defenderme.

—¡Sí que lo entiendo! Pey, tú siempre estás dispuesta a ayudar a los demás. El problema es que Ruby ya no está viva. Y no puedes salvar su alma —rio. —¿Te follas a Bogdánov? Muy bien, no diré nada. Eso sí, Pey, me tienes que devolver el dinero que cogiste de la cuenta.

—No...No lo tengo —confesé.

—¿Qué?

—Me lo gasté, Andrea.

Él enloqueció.

—¿¡Te has vuelto loca!?

—Lo necesitaba para llamar la atención de Aleksander.

—¿¡Qué atención, Pey!?! Nuestra hermana era una puta de lujo. Ese dinero lo ganó comiendo pollas mientras que tú te preocupabas por ella.

—¡Cállate! —Golpeé su pecho y me alejé de él. —No vuelvas a hablar de Ruby. ¡No vuelvas a nombrarla!

Andrea se alejó de mi lado mientras que soltó una carcajada. Se acomodó sobre el sofá y me obligó a que lo siguiera. No lo hice. Mantuve la distancia mientras que éste miraba su teléfono móvil.

—Te estarás preguntando qué me ha pedido Aleksander Bogdánov esta mañana, ¿cierto? —Tenía razón, pero no le respondí. —Necesita mi autorización para remover el cuerpo de nuestra hermanita. Dice que quiere asegurarse de que ella está ahí, bajo tierra y no viva —volvió a reír. —Me ha dicho que, si firmo un par de documentos, me dará dos millones de euros.

—¡No!

Por fin dije algo.

Andrea me miró por encima del hombro.

—Consígueme tú esos dos millones, y me iré de Alemania. Te doy mi palabra.

Me acerqué con temor.

—Puedo darte un tanto por ciento en todas las empresas en las que he invertido.

—Pey, quiero dinero. Dos millones —dijo, una vez más. —Te doy una semana.

—¿Una...una semana?

Asintió con la cabeza.

Se levantó del asiento que ocupó, y se acercó de nuevo para acariciar mi piel.

—Voy a darme una ducha, *piccolina* —me dio una palmadita en el trasero. —Deberías de hacer la cena. Tengo hambre.

«Hijo de puta.»

Esperé a que se encerrara en la habitación, y cuando me aseguré que no podía escucharme, recogí a Katze y salí del apartamento. Necesitaba conseguir esa cantidad de dinero para librarme de Andrea.

Y en vez de refugiarme en un hotel, hice una llamada.

—¿Hola?

—A-Aleksander.

—¿Sucede algo?

Iba a esconderme entre las piernas del hombre que odié.

—¿Podemos vernos ahora? Por favor —supliqué.

Capítulo 19

Encontré una buena posición para acomodar la espalda sobre la puerta del apartamento de Aleksander. Habían pasado las horas y seguía sin encontrarme con él; no podía culparle, su trabajo estaba por encima de todo, incluyendo la mujer que calentaba su cama de vez en cuando. Katze maulló y presionó su cabeza sobre mi costado. Mis dedos pasearon por su pelaje y no los detuve hasta que el gato dejó de moverse. Estaba tan incómodo como yo. Desde que el animal llegó a mi vida, se había encariñado con el sofá y la cama. Y, en ese momento, se sentía extraño compartiendo el suelo junto a mí.

Las puertas del ascensor se abrieron y me levanté inmediatamente. Creí que se trataba de Aleksander, pero el sonido de unos tacones acercándose hasta su apartamento me alertó que quedaría cara a cara con una mujer. La reconocí en el instante que detuvo sus pasos; incluso con el rostro oculto por un fino velo que le caía del sombrero, sabía que esa persona era Rebecca.

—Peyton —saludó, retirándose el velo y dejando al descubierto sus ojos. Al parecer ella sí me esperaba. —Siento haber tardado. Aleksander me avisó que estarías aquí, esperándolo. Te prometo que, si hubiese sabido antes que estarías aquí, no habría llamado a mi hermano. Mi intención no es molestar, lo prometo...

Interrumpí a Rebecca.

—No tienes que excusarte. Soy yo la intrusa.

Ella sacudió la cabeza.

—Ahora tú estás en la vida de mi hermano —dijo, sacando una llave e introduciéndola en el interior de la cerradura. La puerta se abrió y Rebecca esperó a que aceptara el recibimiento por su parte. Una vez dentro, Rebecca siguió mis pasos junto a su voz—. Tengo que reconocer que tu presencia hace feliz a Alek. Eso me alegra.

Dejé que Katze corriera por el salón hasta que se acurrucó sobre un cojín que había en el sofá.

Rebecca dejó sus accesorios y se acercó hasta el otro lado de la isla de la cocina para servirse un café. Fue amable en preparar otro para mí. No la reconocía. Ella era una mujer protectora; no solía dejar que nadie se acercara a su hermano.

Al quedar cerca de ella, me di cuenta que su ojo estaba entrecerrado y con un hematoma que marcaba su pálida piel.

—¿Puedo preguntarte qué te ha sucedido? —Arrastré la taza de porcelana hasta mis labios.

Se encogió de hombros e intentó mostrarme una sonrisa cuando dijo:

—Un golpe.

Estaba mintiendo.

—¿Ese golpe se llama Steffen?

Se puso muy nerviosa. Tragó saliva y me suplicó con la mirada.

—No le digas nada a Aleksander, por favor —el llanto no tardó en aparecer. Las lágrimas nacieron en sus ojos y desaparecieron en sus labios. —Lo ocultaré con maquillaje. Mi hermano cree que he discutido con Steffen y por eso estaré un tiempo aquí.

—No deberías mentirle —sabía que Aleksander sería capaz de matar a Steffen si descubriera que su cuñado era capaz de ponerle la mano encima a su hermana embarazada. —Ni permitirle a Steffen que te toque.

Rebecca se puso a temblar.

—Steffen me quiere. De verdad.

—El amor puede ser dañino, Rebecca —estaba furiosa, y no podía ocultarlo. —No puedes dejar que ese hijo de puta te haga daño. Recuerda que llevas un bebé en tu vientre; él sí debería ser tu única prioridad.

Ella acabó con las últimas lágrimas que no se ocultaron sobre sus labios, y removió su cabello para tener sus manos entretenidas con algo. Dio unos cuantos pasos alrededor de la isla, y en unos segundos quedó a mi lado.

—Te lo suplico —pidió.

No me quedó de otra que darle mi palabra.

—Pero si vuelve a pasar —le advertí —nada me frenará. ¿Lo entiendes?

Asintió con la cabeza y se dirigió a una de las habitaciones que había para invitados.

Cuando me quedé sola con Katze en el comedor, me di cuenta que la única persona destructiva que había cerca de mí era el marido de Rebecca.

Si Steffen era capaz de ponerle la mano encima a su esposa embarazada, también era capaz de matar a una mujer.

Aleksander Bogdánov

—¿Ha conseguido el permiso del familiar? —Preguntó el mozo funerario. Saqué la autorización del interior de mi americana, y el hombre verificó la firma de Andrea. Realmente no me costó convencer a aquel hombre. No dudó un instante en firmar la hoja de papel. Pero, a cambio, muy pronto empezaría a pedirme favores. Me arriesgué—. Muy bien, señor Bogdánov, sígame.

Adentré las manos en los bolsillos del pantalón del traje, y seguí los pasos del hombre que excavaría hasta la tumba de Ruby. El sepulturero estuvo dos horas sacando arena del agujero. Cuando la pala tocó el ataúd, se detuvo para informarme que ya había encontrado la caja de madera maciza.

Tardó otro cuarto de hora en conseguir abrir el ataúd.

—¿Y bien? —Pregunté.

El hombre sorprendido dijo:

—No está el cuerpo.

Me quedé sin aliento.

Tuve que mordisquear uno de mis dedos para saber que no estaba soñando. Realmente Ruby no estaba bajo tierra.

—No...No lo entiendo —insistió el hombre. —Recuerdo haber enterrado a esa joven. Era hermosa, frágil como una muñeca.

—Yo tampoco lo entiendo —susurré.

Murió entre mis brazos.

Ella acabó con su propia vida.

«¿Dónde estás, Ruby?»

Peyton Raksy

Aleksander llegó al apartamento sobre las nueve de la noche. Yo estaba a punto de encargar comida china, pero colgué la llamada al verlo aparecer por la puerta. Rebecca ni siquiera salió de la habitación. Cuando llegó parecía cansada, así que la dejé durmiendo en la habitación que eligió para pasar unos días.

Besé los labios de Aleksander y me di cuenta que estaba aturdido.

—¿Sucedo algo? —Pregunté, preocupada.

Éste sacudió la cabeza. Volvió a besarme un par de veces más, y con una amplia sonrisa sostuvo mis manos para decirme:

—Deberíamos salir a cenar fuera.

Acaricié su cabello rubio antes de aceptar la invitación.

—A Rebecca le vendría bien salir un rato...

Me cortó.

—No, déjala que descansa —insistió. Él seguía sin saber que había pasado realmente con su hermana. — Steffen volverá en un par de días para disculparse con ella. Y, después, volverán a ser el matrimonio feliz de siempre.

Tenía la necesidad de abrirle los ojos a Aleksander, pero Rebecca me dio su palabra que no volvería a dejar que Steffen le pusiera la mano encima.

—¿Qué me dices, gatita?

Dejé de luchar y acepté.

Aleksander consiguió mesa en *Trödelstuben*; uno de los mejores restaurantes de Núremberg. Mientras que el camarero llenaba nuestras copas de vino, el hombre que tenía delante de mí sostuvo mi mano con fuerza. Estaba nervioso. Su pulso lo delataba.

—Deberíamos irnos de vacaciones. Alejarnos de Alemania durante un tiempo —algo estaba sucediendo, y se negaba a contármelo. —Un mes. Dos meses. ¿Quién sabe? Tal vez un trimestre.

Presioné sus dedos con los míos, e incluso arrastré su mano hacia delante para besar su piel.

—¿Sucedo algo?

—No —fue rápido. —Solo estoy cansado de todo lo que ha sucedido en los últimos meses. Y, pienso que tú también necesitas descansar.

Con la llegada de Andrea solo se acercaban más problemas.

—Tu padre no te lo permitirá —le recordé—. *Lux Bogdánov* está a punto de sacar un nuevo modelo, y no pueden hacerlo si tú estás fuera.

Maldijo en voz baja y gruñó.

—No me importa, gatita. Quiero salir de aquí.

Con mi mejor amiga encerrada en *Fotze Love*, no podía salir del país. Pero tampoco podía permitir que Aleksander estuviera sufriendo. Y eso empezaba a confundir mis sentimientos hacia él. Debería no importarme. Y ahí estaba, luchando por una solución.

—Dame una semana —sonreí—. Siete días, y nos vamos. ¿Te parece bien?

Tragó saliva. Su nuez de Adán subió y bajó un par de veces.

—Me parece perfecto, gatita.

Se levantó de su asiento para besarme. Cuando unió nuestros labios pensamos en besarnos hasta que nos dolieran los labios, pero fue el camarero quien nos obligó a separarnos.

Aleksander le lanzó una mirada llena de rabia y sostuvo con fuerza la carta que le tendió el camarero. Mientras que él elegía, mi teléfono móvil sonó.

Era un número desconocido.

Descolgué la llamada.

—¿Pey?

Era la voz de Gwen.

Parecía nerviosa.

—¿Sucede algo?

—Pey, escúchame atentamente —sonaba agitada. —He...He...—la llamada empezaba a entrecortarse. —He...

—¿Gwen?

Aleksander me miró al escuchar el nombre de mi supuesta asistente.

—He...encontrado...a...

—¿Gwen?

Me levanté del asiento.

—...Ruby —finalizó. —He...encontrado...a...a...Ruby.

La llamada se colgó.

Y yo me quedé inmóvil.

«¿Ruby está viva?» —Pensé, con lágrimas en los ojos.

Capítulo 20

Me deshice de esas lágrimas traicioneras ante el preocupado rostro de Aleksander. Volví a ocupar el asiento y acomodé la servilleta de tela en mi regazo. Le mostré una sonrisa de felicidad. Ante la atenta mirada del camarero que esperaba para anotar nuestro pedido, acurruqué la mano de mi acompañante con la mía y la besé.

—¿Va todo bien?

Asentí con la cabeza.

—Mejor que nunca —confesé.

Saber que Ruby estaba más cerca de lo que nunca imaginé, había hecho que recuperara una parte de mi vida que di por muerta cuando ella desapareció. Ansiaba encontrarme con mi hermana antes que Aleksander insistiera en irnos de viaje ya que, sintiéndolo mucho, me negaría a ir junto a él.

—No tengo hambre, Aleksander —comuniqué, antes que el camarero anotara algo en su tableta electrónica.

Él abrió los ojos.

—¿Quieres volver al apartamento? —Sabía que me sucedía algo.

—No. Quiero celebrar contigo mi felicidad —me levanté del asiento y estiré el brazo para sostener su mano. Cuando éste se levantó junto a mí, pagamos el vino y salimos del restaurante con la idea de volvernos locos.

Dejé que arropara mis hombros con su brazo cuando salimos fuera. Entrelacé mis dedos con los suyos y cerré los ojos una vez que posó sus labios sobre los míos.

Ruby estaba viva.

Aleksander era inocente.

Estuve a punto de hacer daño a un hombre que mantuvo una relación con mi hermana y jamás se involucró sentimentalmente con ella, pero Ruby sí que lo deseó más de la cuenta.

Podía perdonarlo por las ideas que se crearon en mi cabeza. Pero, ¿él a mí llegaría a perdonarme?

—¿Te apetece que nos tomemos unas copas en el club dónde nos conocimos?

Cerré la puerta del vehículo y pasé el cinturón de seguridad por encima de mi pecho. Asentí con la cabeza y dejé que Aleksander me llevara al club erótico que solía frecuentar con Charlie.

No tardamos en llegar. Aleksander se encargó de hablar con el aparcacoches, mientras que lo esperaba cerca de la entrada. Al colarnos en el interior leímos en el llamativo, pero elegante cartel que era la noche de los hombres sumisos.

Le lancé una mirada divertida a Aleksander e inmediatamente sacudió la cabeza. Tiró de mi brazo hasta dejarme una vez más cerca de él. Buscamos una mesa alejada del espectáculo especial, y pedimos unas cuantas copas.

Mientras que él pegaba sus labios a la copa que le sirvieron, yo me centré en el hombre que gateaba entre las mesas mientras que se excitaba ante la humillación que le brindaban. Lo más divertido de todo era que los hombres y mujeres con dinero tenían las fantasías sexuales más extrañas que jamás había podido ver con mis propios ojos. Y ahí estaban, observando como el hombre de traje de látex negro era golpeado por un par de mujeres mientras que le obligaban a correrse.

—Creo que hemos elegido la peor noche para tomarnos unas copas.

Reí.

—Te lo compensaré en casa —me acerqué hasta él, arrastrando el asiento como pude—. Te lo prometo.

Éste no evitó sonreír.

—Eso espero.

Alcé una ceja divertida:

—O mejor todavía —lamí mis dedos antes de atrapar la cremallera de su traje—, puedo adelantar algo de placer y dejar lo mejor para el apartamento.

Aleksander observó como colaba mi mano en el interior de todas las prendas que cubrían su miembro. Cuando alcancé ese trozo de carne caliente, intenté despertarlo con un par de caricias.

Pero no tardó en detener mis traviosos dedos.

—¿Qué sucede? —pregunté, estaba incómodo.

—¿Ésa no es tu asistente?

Apuntó a la puerta y me encontré con Gwen.

¿Qué hacía ahí?

Me levanté del asiento mientras que escondía la mano que había tocado el miembro de Aleksander. Mi querida amiga parecía confusa en el club; y eso que ya lo había visitado antes de que conociera a Aleksander.

Se cruzó con mi mirada y se encogió de hombros.

—¿Estás bien, Gwen?

Salió del burdel después de la llamada.

Ella no respondió.

Aleksander no tardó en reunirse con nosotras. Con su mano sobre mi hombro, saludó a la persona que creía que era mi asistente.

—Tómate una copa con nosotros.

De repente Gwen se sobresaltó.

Y dijo:

—Deseé quedarme dormida. No lo conseguí. Bailé hasta que la luna me dio un beso de buenas noches. Me arrojé con las sábanas de seda de mi cama y recordé que tenía que decirles a mis seres queridos que quería que cubrieran mi cuerpo con azucenas—hizo una breve pausa.

—Mierda —exclamó Aleksander.

—¿Qué sucede? —pregunté.

Se rascó la nuca y miró una vez más a Gwen.

—No puede estar pasando...

—¿Aleksander?

Empezaba a asustarme.

—Decidí quedarme dormida. Mi cuerpo, cansado y destruido, quería descansar en paz. Te observé. Te querré. Te he necesitado—prosiguió Gwen.

El hombre fuerte que conocí, se desvaneció.

—Tienes que detener a tu asistente.

No entendía absolutamente nada.

—¿Por qué? Dime qué está sucediendo Aleksander.

Con la voz temblorosa me respondió:

—Fue el poema que me recitó Ruby antes de quitarse la vida.

No, no era posible.

—¿Gwen? —pregunté asustada.

—Así que lo único que digo, antes de quedarme dormida es, no vuelvas a recordarme como una persona viva, ya que mi cuerpo y mi mente han decidido dormir para siempre —finalizó, y sacó un arma de su bolso.

Me abalancé sobre ella, pero fue demasiado tarde.

Mi mejor amiga terminó posando el cañón del arma entre sus labios y no dudó un instante en apretar el gatillo.

—¡No! —grité con todas mis fuerzas y, lo único que se escuchó, fue el caos que se formó dentro del club al darse cuenta que una persona se había quitado la vida.

Capítulo 21

Terminé en el suelo, junto al cuerpo sin vida de mi mejor amiga. Una mano, temblorosa y fría, se posó sobre mi cabello para calmar mi llanto. No lo consiguió. La voz de Aleksander desapareció ante los gritos de la multitud. Podía sentir una corriente de aire azotando mi nuca cada vez que alguien desaparecía del local. Tragué saliva. Estiré los brazos y reuní el valor suficiente para acomodar la cabeza de Gwen sobre mi regazo. Tenía los ojos abiertos, el rostro salpicado de sangre y los labios pálidos. Mi vestimenta quedó cubierta del líquido carmesí que brotaba de su cabeza. Mis lágrimas murieron en sus mejillas. Tuve la esperanza de verla sonreír una vez más, pero la vida me había dado otro golpe que no curaría con facilidad.

Alguien me susurró algo en el oído. No le hice caso. Gruñí y aparté la mano que se posó sobre mi espalda. Seguí arrojando a Gwen. Quería que el calor corporal no se apagara. En mi cabeza, si el tacto de su piel seguía cálido, significaba que ella estaba viva. Pero era imposible. Perdí a Ruby, y acabé perdiéndola a ella por involucrarla en mi venganza.

No estuve sola en ningún momento. Aleksander permaneció a mi lado. A veces, me abrigaba con su americana. Y, cuando me deshacía de su prenda de vestir, él seguía insistiendo. Ninguno de los dos salvó a Gwen.

«¿Por qué?» —me pregunté, una y otra vez.

El dueño del club llamó a la policía. Antes de que los agentes se reuniesen con nosotros para arrebatarme el cuerpo de Gwen, apareció una persona que jamás imaginé cruzarme en un momento como el que estaba viviendo. Pero fue algo hipócrita por mi parte pensar que él no seguiría a Gwen; Estuvo junto a ella semanas, cuidándola mientras que se aseguraba que dentro del club de Steffen no le sucedería nada. Hasta llegué a pensar que André Boumedjane se enamoró de ella.

Gritó con tanta fuerza, que nos sobresaltó a las personas que nos encontrábamos alrededor de mi mejor amiga. André no tardó en clavar su mirada cargada de ira en la persona que fue el supuesto culpable de Ruby. Se abalanzó sobre él e intentó matarlo con un arma que acabó en el suelo. Aleksander fue más rápido que él y, en vez de hacerle daño, lo inmovilizó sobre el suelo del club para explicarle lo que había sucedido en aquella terrible noche. André se negó a escuchar sus palabras, pero el alemán insistió. Él tenía razón; era inocente. Estuvo junto a mí toda la noche. E incluso, entró en pánico cuando escuchó el poema que recitó Gwen antes de quitarse la vida.

Había un sospechoso en mi cabeza. Deseaba gritar su nombre y ahogarme una vez que me

quedara sin aliento. Así, todo el mundo descubriría quién estaba realmente detrás de todas esas muertes.

Los agentes de la ley no tardaron en llegar. Los paramédicos me alejaron de mi mejor amiga y me cubrieron con una manta mientras que me hacían una serie de preguntas que no tuvieron una respuesta. Aleksander se encargó de dar mis datos juntos a los pocos que conocía de Gwen. André se escondió el arma y se sentó junto a la barra para beber. No quería ver como cerraban por última vez los ojos de la mujer que se clavó en su corazón en un par de semanas.

Dejé que Aleksander tomara el control, y me alejé de la persona que se tomó la molestia de hacerme un rápido chequeo médico. Caminé hasta André y me senté junto a él. Éste ni siquiera me miró. Me tendió un vaso lleno de brandy y esperó a que me lo bebiera. Y lo hice; de un solo trago.

—El culpable es Steffen —susurré, por temor a que alguien me escuchara.

André sacudió la cabeza.

—Aleksander es sospechoso.

—No lo creo —me relamí los labios—. Estuvo a mi lado toda la noche. Estaba asustado cuando Gwen soltó las mismas palabras que le recitó Ruby antes de quitarse la vida.

—No lo entiendo, Peyton. Primero lo odias, y ahora lo defiendes —destrozó el vaso de cristal con tanta fuerza, que la sangre me escandalizó—. Gwen encontró algo que la familia Bogdánov no quiere que encuentres.

Le dije la verdad.

—Encontró a Ruby.

—¿¡Con vida!? —Al darse cuenta que alzó la voz, miró a su alrededor y esperó a que nadie nos hubiera escuchado—. ¿Cuándo?

—Hace unas horas.

—Es imposible...

—Ella me lo dijo por teléfono —recordé ese momento; Estuve feliz y opté por celebrarlo con Aleksander al descubrir que éste era inocente. La noche acabó mal. Con víctimas inocentes ocupando mi lugar. —Tengo que convertirme en una *puppen* para descubrir qué está pasando en *Fotze Love*.

La ronca voz de André no tardó en interrumpirme.

—¿Quieres morir?

—No me importa morir si saco toda esa oscuridad a la luz.

Los ojos cansados del francés me advirtieron que alguien se acercaba. Aleksander no le dirigió la palabra, pero sí le estiró el brazo para estrechar su mano. Se disculpó con él y me ayudó a levantarme del asiento que ocupé. Pasó su brazo alrededor de mi cintura y me relató todos los datos que le había dado a la policía. Abrió la puerta del coche, se encargó de acomodarme el cinturón de seguridad y antes de arrancar el motor, me besó. Fue un beso tan dulce por su parte, que cuando yo lo recibí, era amargo.

Llegamos al apartamento. Su hermana seguía despierta. Al verme cubierta de sangre se escandalizó. Aleksander le pidió que no me hiciera preguntas. Recogí a Katze del sofá y avancé hasta su habitación. Antes de tenderme sobre la cama, me duché para liberar todas esas manchas rojas que había en mi piel. Me cubrí con uno de los pijamas de seda de Alek, y me reuní con él.

Acarició mi cabello mientras que su voz acariciaba mi oreja:

—Encontraré a ese puto asesino.

«Antes lo haré yo» —pensé.

Lo miré y besé su frente.

—Gracias por cuidarme.

—No tienes que agradecerme nada, gatita.

—Debería...—estuve a punto de llorar, pero sus labios detuvieron el llanto.

Me abrazó con fuerza y me pegó a su piel desnuda. Acabé durmiendo entre sus brazos una noche más.

No quería despertar a nadie, así que dejé a Katze en el comedor y salí del apartamento de Aleksander sin dejar ni siquiera una nota. Estaba huyendo de él. Si lo implicaba en mi búsqueda del asesino de Gwen, él podría ser el siguiente en morir. Y me negué. Mi corazón empezó a decirme que Aleksander Bogdánov era inocente y tenía que protegerle del terror que se escondía en Fotze Love.

Terminé colándome en el club y, cuando me paré en el recibidor, un par de hombres me pidieron que los siguiera. Fotze Love estaba cubierto de cámaras. Seguramente Steffen me había visto. Me sorprendió que, a las diez de la mañana, los hombres más importantes de Alemania se encontraran acompañados por las famosas *puppen*. El lujo del establecimiento no rozaba ni el club que solía visitar Alek junto a Charlie.

Subimos un par de pisos hasta detenernos en el despacho de Steffen. Abrieron las puertas y me advirtieron que sellara mis labios hasta que el jefe me lo ordenara. Desaparecieron y no tardé en avanzar. Ahí estaba él. Con su amplia sonrisa y esperando a que me acomodara en uno de los sillones que había delante de su escritorio.

—No esperaba encontrarme a una mujer como tú en un lugar como éste.

Steffen rio.

«Cabrón.»

—Ni yo que un hombre como tú, familia de Eckbert Bogdánov, dirigiera un prostíbulo de lujo.

Su risa me hirvió la sangre.

—No soy el único propietario de Fotze Love. Hay gente importante detrás de esta cara bonita —se levantó del asiento y apresuró sus pasos. Cuando quedó detrás de mí, sus manos se posaron sobre mis hombros. Acarició mi cuello e intentó colar sus dedos por debajo de la camisa que llevaba—. Me recuerdas a una mujer que me llenó de felicidad. La *puppen* que enloqueció a medio Núremberg. Era joven y atrevida —quería provocarme, estaba segura—. Mentirosa y la mejor perra de la ciudad.

—¿Ruby?

Steffen me obligó a asentir con la cabeza.

—Aleksander acogió a una de mis zorras sin darse cuenta —rio—. Y ahora tú estás aquí. ¿Por qué?

No tenía opción.

Ruby lo hizo.

Gwen también.

Yo podía terminar esa maldita pesadilla que acabó con ellas.

—Quiero ser una de tus *puppen*.

—¿Peyton Raksy una *puppen*? —no me dejó responder—. Lo volveré a preguntar —estaba furioso. —¿Por qué?

—Porque soy una zorra —me humillé por una buena causa.

La risa de Steffen resonó por todo el despacho, y su inquieta lengua lamió el lóbulo de mi oreja.

—Tendrás que ser una buena *puppen* conmigo para que te deje trabajar en Fotze Love.

Sus manos arroparon mis pechos.

Tragué saliva.

Cerré los ojos.

Y le complací verbalmente.

O eso era lo que yo esperaba.

—Haré todo lo que me pidas, Steffen.

Capítulo 22

Aleksander Bogdánov

Hubiera deseado levantarme con unos labios acariciando mi piel en vez de una llamada de Charlie. Rodé por la cama y estiré el brazo para alcanzar el móvil que descansaba en la mesita auxiliar. Descolgué la llamada y la risa de mi mejor amigo no tardó en aparecer. Esperé a que se tranquilizara y, cuando el sonido reinó, pegué el aparato en la oreja derecha. Charlie siguió emitiendo sonidos extraños que me revolvían el estómago a primera hora de la mañana; sonaba a algo húmedo y duro por los golpes que resonaban en el altavoz.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —solté la pregunta, y me tomé la molestia de bostezar mientras que esperaba una respuesta.

Éste, detuvo el extraño ruido que se escuchaba.

—¿Tú qué crees?

Hizo una de esas preguntas que a cualquier ser humano le daría pudor responder. Pero lo hice.

—Espero que no estés entre las piernas de una mujer —abandoné la cama— o mucho peor, que tu mano esté envolviendo tu polla.

—¡Bingo! —gritó, entusiasmado—. Me he levantado contento y con información que te la pondrá más dura que la mía.

No podía juzgar a Charlie; cuando estuve en la universidad, era peor que él. Pero, el pequeño problema que tenía mi mejor amigo, era olvidar que rondaba los treinta. Nuestra juventud, esa que no nos retenía a nada ni a nadie, se esfumó con el paso de los años.

—Ahora no podré desayunar.

Su respuesta fue un jadeo pausado.

—¡Charlie! —elevé la voz y miré por encima del hombro. No quería despertar a Peyton. El problema surgió al descubrir que su cuerpo no se encontraba en la cama. Se me hizo extraño, pero a la vez algo normal. Seguramente se estaría dando una ducha, o desayunando para retomar fuerzas después de todo lo que había sucedido en las últimas diez horas—. ¡Joder! ¿¡Charlie!?

Él volvió a reír y el sonido húmedo se desvaneció con el último jadeo.

—Sé dónde se encuentra Andrea Wahl.

—Tú dirás.

—Mejor te lo muestro —se salió con la suya, como de costumbre—. Ponte guapo. Estaré ahí en menos de una hora. Tengo que deshacerme de toda la lefa...

Colgué la llamada. No quería ni un detalle más por su parte.

Rodeé la cama y me dirigí hasta el baño. Abrí con cuidado la puerta e inspeccioné el interior. No había nadie. Peyton se bañó y ni siquiera me di cuenta. El sueño me dejó cao. Sabía que había estado ahí por el par de toallas que descansaban en el suelo. Abandoné la habitación y me dirigí hasta la cocina. Ahí me encontré con mi hermana. Ésta se encontraba jugando con el gato de Peyton mientras que se acariciaba la barriga. Me senté junto a ella y me serví una taza bien cargada de café recién molido.

—Buenos días —me saludó, besando mi mejilla.

Le devolví el beso.

—¿Has visto a Peyton?

Katze maulló y salió corriendo. Saltó de la encimera y recorrió la parte del comedor en busca de un rincón para descansar. Escogió el sofá y se hizo una bola de pelo que desapareció entre los cojines.

—No. Pensaba que seguía durmiendo.

Abandonó el apartamento a primera hora.

—Estará en su oficina...—le di un buen sorbo al café. Rebecca alzó una ceja—. ¿Qué?

—¿Sucedió algo? —Se encogió de hombros—. Anoche la escuché llorar.

Mi hermana tenía sus secretos y no solía compartirlos conmigo. En cambio, yo, no podía ocultarle nada.

—Su asistente se quitó la vida —recordé como Gwen apretó el gatillo; el mismo estilo que empleó Ruby la noche que murió ante mis ojos—. Creo que eran buenas amigas. Su sufrimiento le acompañará durante un largo tiempo. Me gustaría ayudarla, pero lo primero que ha hecho es huir de mi lado.

Rebecca sonrió.

—Te has enamorado de ella.

No era una pregunta. Lo estaba confirmando.

—No puedo seguir engañándome y hacerlo con los demás —dije, y miré al gato. Tener a ese animal en mi apartamento me recordó que Peyton y yo estábamos más unidos de lo que podíamos imaginar—. Es diferente. Nunca me había cruzado con una mujer tan independiente y fuerte como ella. No puedo perderla, Rebecca. ¿Eso es egoísta? —suspiré como un imbécil recién enamorado. —Sé que, si le corto las alas, se cansará de mí. Y no sé qué hacer para que siga volando, pero junto a mí.

Mi hermana atrapó mis manos y las envolvió con el calor de las suyas.

—Tienes que demostrarle que la amas. Peyton —cogió aire—, a veces, me transmite que odia a nuestra familia. Deberías hablar con ella antes de declararte.

Quise conocer toda su vida, pero los problemas que fueron surgiendo con Ruby, me desviaron del verdadero camino; conocer realmente a Peyton.

Charlie no tardó en aparecer. Abandoné el bloque de apartamentos y me subí en el vehículo de mi amigo. Me pidió que no hiciera preguntas, y lo respeté. Condujo al ritmo de la vieja canción que sonaba en la radio, y se detuvo delante de la vivienda de Peyton. No entendí absolutamente nada. Éste, con una sonrisa, me dijo que bajara del coche y lo siguiera. Y, una vez más, le hice caso sin rechistar.

«Quizás haya encontrado a Peyton» —pensé.

Pero no fue eso.

Ella seguía desaparecida y con el teléfono móvil apagado.

Tocó el timbre de la puerta en la que tantas ocasiones visité, y un hombre que ambos conocíamos asomó la cabeza para cruzarse con nuestros rostros confusos. Al otro lado se encontraba Andrea Wahl, el hermano mayor de Ruby.

—¿Qué haces aquí? —gruñí.

Andrea intentó mirar por encima de nuestros hombros, pero era más bajito. Buscaba a alguien, e imaginé que se trataba de Peyton.

—Podría hacer la misma pregunta —respondió, con una sonrisa torcida.

—¿Dónde está Peyton?

Intenté abalanzarme sobre él, pero Charlie se encontraba analizando todos mis movimientos y me detuvo a tiempo. Hubiera estrangulado a ese italiano.

—No lo sé —vaciló—. Creí que estaba contigo. Últimamente eres el hombre con el que folla por las noches.

«Hijo de puta.»

—Mi amigo te ha hecho una pregunta, deberías responderla.

Charlie intervino, educadamente y sin soltar una de sus bromas.

Andrea salió del apartamento con su torso desnudo y acercó su rostro al mío.

—Puedo darte información de tu familia —sonrió—, pero abstenerme sobre la de Peyton.

No entendí nada.

Aun así, dejé que hablara un poco más.

—Habla, italiano.

Estiró un poco más sus labios.

—Tu hermanita disfruta de los golpes de Steffen —confesó, hirviéndome la sangre—. Hay zorras que se ponen cachondas con unos buenos azotes.

Agotó mi paciencia.

No me importó que Charlie saliera herido en el momento que intentó apartarme de aquel mal nacido.

Sólo me detendría si ese cabrón acababa muerto.

Peyton Raksy

Quedé delante del cuerpo de Steffen. Me liberé de mi abrigo e intenté mover las caderas como él me ordenó. Poco a poco empecé a desnudar mi cuerpo mientras que movía sensualmente mis caderas. Quedé en ropa interior y Steffen se levantó para poder tocar mi vientre. Cerré los ojos

cuando clavó sus rodillas en el suelo, sus manos en mi cuerpo y sus labios en mi vientre. Su lengua no tardó en humedecer mi vientre. Intenté apartarlo, pero no me dejó. Adentró su mano en el interior de sus pantalones de traje y sacudió su polla mientras que apretaba mi trasero con la mano que tenía libre. Estuvo unos minutos masturbándose y tocando mi cuerpo por encima de la ropa interior. Cuando se corrió, se levantó del suelo, me dio la espalda y se dirigió hasta el baño privado que había en el despacho. Aproveché para vestirme mientras que él se aseaba.

Minutos más tardes volvimos a quedar uno delante del otro; él sonreía, y yo apretaba mis labios asqueada al recordar el tacto de sus dedos debajo de mi vientre.

—Enhorabuena —soltó una fuerte carcajada—, ya eres una de mis putas.

Lo celebró con un beso que no esperé.

Por fin estaba dentro del club que me arrebató a mi mejor amiga y ocultaba a mi hermana pequeña.

«Te encontraré, Ruby» —pensé, apartándome de Steffen.

Capítulo 23

Era una puppen.

En el momento que Steffen me contrató en su asqueroso club, una joven de diecisiete años se encargó de guiarme; me mostró el interior del Fotze Love y me explicó cómo estaban organizadas las plantas. En el primer piso, solían ir los clientes que querían pasar un buen rato bebiendo y escuchando música. En el segundo, se encontraban las salas de intercambio de parejas. En el tercero, podían encontrar a hermosas mujeres (u hombres) que los seducirían hasta complacer sus apetitos sexuales. En la cuarta planta se encontraba el lado más oscuro del club; un rincón donde el dolor y la humillación era el show principal. Y, por último, la quinta planta. La joven, lo poco que me contó fue, que era un lugar para complacer los fetiches más extraños y curiosos que otros lugares no ofrecían. No todas las puppen podían subir a la quinta planta. Steffen se encargaba de tener a las mejores en el último piso.

A mí me tocó el piso del dolor.

No vendía mi cuerpo, pero tendría que jugar con la anatomía de los demás.

—No me has dicho tu nombre —la detuve, cuando me mostró la habitación donde viviría. Una puppen no podía abandonar el club y, menos, sin el permiso de los propietarios o inversores.

Con temor, se acercó hasta mí, removiéndome su cabello corto y negro.

—Antes solía llamarme Celinda.

—¿Antes?

Le tembló la voz al responder a mi pregunta:

—Una vez que perteneces al club, reseteas tu vida.

—Eres demasiado joven para estar aquí —intenté acercarme a ella una vez más, pero se apartó de mí bruscamente. Se golpeó la espalda con el muro que había detrás de ella, y gimoteó—. ¿Estás bien?

Sus ojos marrones se cerraron un instante.

Se retorció de dolor e intentó alejarse una vez más.

—E-Estoy bien —dijo, intentando alzar la espalda para quedar rígida. No lo consiguió—. No deberías hacer demasiadas preguntas. A los de ahí arriba, no le gustan las puppen curiosas.

Yo necesitaba respuestas.

No más dudas.

—Por favor —supliqué—, necesito preguntarte por alguien. Es una persona muy importante para mí —no salió huyendo, así que encontré la oportunidad perfecta para nombrar a mi hermana. —¿Conoces a una joven llamada Ruby?

El rostro angelical de Celinda, se apagó como una llama siendo arrastrada por el viento. Tragó saliva, me dio la espalda y salió corriendo con el cuerpo encorvado.

«La conoce» —pensé.

Temió al escuchar su nombre.

Estaba segura que Ruby seguía ahí.

Antes de colarme en la diminuta habitación que me habían preparado, un par de hombres se acercaron para notificarme que tenía un nuevo cliente en la planta del dolor y humillación. Me lanzaron un conjunto de cuero que estaba compuesto por un vestido corto, un antifaz y un enorme látigo. Los zapatos de tacón, se encontraban debajo del ropero que me pertenecía.

Tuve que asentir con la cabeza. El hombre de cabello corto me dio la llave de la habitación del cliente, y me dieron intimidación para que me cambiara. Y eso hice.

Me encargué de ser una puppen para encontrar a mi querida hermana.

Recogí mi cabello, pinté mis ojos y mis labios de un tono oscuro, y subí la cremallera del vestido para terminar de vestirme. Cuando me alcé y quedé delante del espejo, no me reconocí. Ésa, la que estaba retratada delante de mis narices, no era la Peyton que solía ver cuando me levantaba por las mañanas. Esa imagen se creó para rescatar a la persona que tanto amaba y echaba en falta en mi vida.

Abandoné la habitación y esperé a que el ascensor me recogiera. Subió las cuatro plantas sin ningún problema y, cuando llegué delante de la puerta trece, las piernas me temblaron.

¿Estaba preparada para golpear a un hombre o una mujer?

La respuesta era no.

Cogí aire.

Los latidos del corazón se me dispararon.

Volví a mirar el látigo.

Recordé el nombre de Ruby.

Pensé que la persona que estaba al otro lado de la puerta, solo buscaba placer.

Y, aun así, no era capaz de avanzar.

«¡Vamos, Peyton!» —me grité, mentalmente.

Cerré un instante los ojos, posé la mano sobre el pomo de la puerta y reuní el maldito valor que me faltaba para colarme en el interior. Y lo hice. Conseguí entrar en la habitación oscura de la cuarta planta. Avancé con cuidado y busqué al cliente que me estaba esperando. No vi su rostro, ni siquiera su sexo. Se encontraba tendido en la cama, esperándome mientras que tarareaba una canción.

Era un hombre.

—Buenas noches, señor.

Su risa acabó con mi valor.

—Nunca imaginé que mi hermosa Peyton acabaría en un lugar como éste.

La voz de Andrea me dejó helada.

Solté el látigo que mantuve con fuerza en mi mano izquierda.

—¿Qué... Qué haces aquí?

Se levantó de la cama de agua y avanzó hasta mí. Una vez que sus dedos pudieron tocar mi rostro, siguió acariciando mi cabello y aproximó su cuerpo al mío.

—Estás bellísima.

—Andrea —supliqué.

—Solía visitar el club cuando nuestra hermanita huyó con Aleksander —su sonrisa me alertó que algo malo estaba sucediendo—. Me he enterado de la muerte de Gwen. ¡Pobrecita! Una menos.

—¿Quién te lo ha dicho?

Se apartó de mi lado, giró sobre sus desnudos pies y volvió a tirarse sobre la cama. Seguí sus pasos en silencio, me senté en un rincón y observé todo lo que estaba haciendo. De su camisa, sacó una bolsa llena de polvo blanco que no tardó en esnifar. Arrugó la nariz y me ofreció la porquería con la que se drogaba.

—Esta mierda es buena —estiró los labios—. SDA. Viene de California.

Lo ignoré.

—Responde, Andrea.

Y eso hizo:

—Steffen —soltó el nombre—. Steffen y yo somos buenos amigos.

«¿Qué diablos...?»

Andrea bostezó.

Yo quedé en silencio.

Impactada.

—Ábrete de piernas. Voy a follarte.

—¿Qué?

—Ya me has escuchado —dijo, tirando de mi cuerpo e intentando acomodarse sobre mí—. He pagado, y quiero ese coño para mí.

Capítulo 24

Aleksander Bogdánov

No tardé en llegar a casa cuando el cobarde de Andrea se refugió en el apartamento de Peyton. Le pedí a Charlie que volviera a casa y me hizo prometerle que, si surgía cualquier problema, lo llamaría. Por suerte Rebecca seguía descansando en mi propiedad. Tendida en el sofá, acariciando a Katze, me preguntó con una voz cansada cómo había ido todo. Creyó que salí directo a la oficina, pero en realidad mi parada fue el bloque de pisos de la mujer con la que estaba durmiendo por las noches. Alcé su cuerpo con cuidado e inspeccioné su piel. Mi hermana, y era algo normal, gruñó ante mi actitud. Cuando encontré hematomas por su cuello y sus brazos, solté un grito que asustó al gato.

—¿¡Steffen te golpea!?

Rebecca no se lo esperaba.

—Alek...

—¡Responde!

¿Cómo podía haberme ocultado algo tan importante?

Optó en sufrir en silencio cuando yo siempre estaría junto a ella.

Era mi familia.

Mi hermana.

Era capaz de dar mi vida por ella y la del bebé que estaba esperando.

—¿Has hablado con Peyton?

Se me hizo un nudo en la garganta.

Tragué saliva y la miré.

—¿Peyton lo sabía? —respondí, con otra maldita pregunta—. ¡Rebecca!

—No me grites, Alek —se tocó la cabeza y se dejó caer en el sofá—. Me duele la cabeza. Si vamos a hablar, por favor, baja el volumen de tu voz.

Me obligó a sentarme junto a ella, y removió mi cabello rubio para que me fijara en sus ojos tristes.

—Te escucho.

Y ahí comenzó la historia que mi padre y yo no fuimos capaces de ver.

—Amo a Steffen —se mordisqueó la lengua y rectificó—. Perdón...Amaba a Steffen. Era capaz de hacer cualquier cosa por él, incluso perdonarle las infidelidades o los golpes que recibí cuando le reclamaba sus ausencias. Hasta que me cansé. Si seguía con él, bajo el mismo techo... —hizo una pausa para tocar su vientre—, habría acabado con la vida de ambos. No quiero perder a mi hijo, Alek.

—Ese hijo de puta...—gruñí.

—Papá le tiene mucho aprecio. No podemos decirle nada.

—¿Te has vuelto loca?

—No —soltó, enfurecida por primera vez con ese mal nacido—. Estoy buscando la oportunidad y el momento. Y, cuando menos se lo espere, estaré divorciada y con mi hijo entre mis brazos sin haber recibido ningún golpe más por su parte.

Mi teléfono móvil sonó.

Tenía un nuevo mensaje de Charlie.

Lo leí:

Charlie escribió: El tío que sigue al cabrón de tu cuñado, lo acaba de localizar en el club Fotze Love. ¿Quieres que me acerque?

Le respondí:

Aleksander ha enviado: No te preocupes. Iré yo. Tenemos una reunión familiar pendiente. Eso sí, Charlie, cuida de Rebecca, por favor. Más tarde te contaré.

Volvió a responder.

Charlie escribió: Debe de ser algo serio, así que evitaré soltar unas de mis bromas. Ni foto pollas ni chistes malos. Te lo prometo.

Agradecí que ese imbécil que tenía como amigo, siempre estuviera cubriéndome las espaldas. Me alejé de Rebecca para recoger las llaves de mi coche. Caminé hasta la puerta y no tardó en retenerme. Con lágrimas en los ojos me detuvo. Y, con una voz débil y entrecortada me pidió que me quedara junto a ella. No podía. Tenía que hacer algo con ese hijo de puta que fue capaz de golpear a mi hermana.

—Por favor...

—Relájate, Rebecca. Volveré pronto.

—No cometas una estupidez.

Le mentí.

—No lo haré.

—Alek —insistió.

E hice lo mismo.

—Todo saldrá bien —besé su frente—. Charlie está de camino.

Abandoné una vez más el apartamento y conduje hasta el club que solía frecuentar Steffen.

Varios hombres intentaron inmovilizarme en el interior del club. Al parecer tenía la entrada vetada. Aleksander Bogdánov no era bienvenido. Me acerqué hasta una de las cámaras que había en la pequeña entrada del prostíbulo de lujo, y los amenacé con llamar a la policía. Por sorpresa - y estaba siendo irónico-, Steffen no tardó en aparecer. Les pidió a los de seguridad que me soltaran y nos quedamos a solas.

—¿Estás aquí por Peyton?

¿Por Peyton?

Había viajado todos esos kilómetros para patearle las costillas hasta destrozarlas por haberle puesto la mano encima a Rebecca. Lo que no esperaba era escuchar el nombre de Peyton. Llevaba todo el día desaparecida, sin atender a mis llamadas.

—¿Dónde está?

Steffen sonrió.

—Tu novia optó por ser una de mis putas. Aquí las llamamos puppen.

¿Puppen?

¿Putas?

¿Qué estaba sucediendo?

—Llévame con ella.

—Tendrás que pagar, cuñado.

Más tarde lo mataría.

Saqué mi tarjeta de crédito y se la lancé.

—Ahí tienes —gruñí, y apreté con fuerza los puños—. Llévame con ella.

—Mil euros —recogió la tarjeta dorada—, una hora.

«¿Una hora?» —reí, mentalmente.

Me sobrarían cincuenta y siete minutos, ya que estaba dispuesto a llevármela de ese maldito club que solía visitar con frecuencia Steffen.

Una mujer joven, menor de edad, me guio hasta la planta cuarta. Sus labios estaban sellados por una venda de seda rosa. No entendí aquella vestimenta, pero parecía uno de los fetiches de los asistentes del local de lujo. Me dejó delante de una puerta, y no me lo pensé dos veces; la abrí y busqué a Peyton desesperadamente.

La habitación estaba a oscuras.

—¿Peyton?

Cuando escuché su voz, sonreí.

—¿Aleksander? —preguntó, y encendió una de las luces que alumbró aquellas cuatro paredes—. ¿Eres tú?

—Soy yo, gatita.

Caminé rápidamente hasta ella. Me arrodillé en el suelo y observé su rostro. Sus mejillas estaban llenas de arañazos y de su labio brotaba una fina línea de sangre.

—¿Qué te ha pasado? ¿Qué haces aquí? ¿Por qué no me has llamado?

La bombardeé con mil preguntas.

Y Peyton no respondió a ni una.

—No puedo, Aleksander...

—¿Otro de tus secretos? ¡Por favor, gatita! Quiero ayudarte —toqué su triste rostro—.

Déjame ayudarte, por favor.

—Tienes que irte.

—No —sacudí la cabeza—. O nos vamos juntos, o no me voy.

—No puedo.

—¿¡Por qué!?

—¡Porque estoy buscando a alguien!

Su llanto no tardó en aparecer.

—¿A quién?

—A mi hermana.

—Pensé...

—Lo sé —se apresuró a decir—. Te he ocultado demasiadas cosas. Y, cuando las descubras todas, desearás librarte de mí.

—Lo dudo.

—Ya lo verás.

—Gatita...

—Por favor —suplicó, levantándose de la cama—. No quiero que estés en este lugar. No podría permitir que a ti también te pase algo malo.

—Tu rostro —me acerqué hasta ella, pero Peyton se alejaba de mí—, ¿quién ha sido?

—Peleé con Andrea. Él está peor que yo.

Ambos ocultaban el mismo secreto.

Pero, ¿cuál?

—Si estoy aquí...es porque me importas.

Miró por encima de su hombro.

—Y tú a mí, aunque sea demasiado tarde.

Conseguí quedar detrás de ella.

—No quiero perderte, Peyton.

—Sólo tienes que confiar en mí.

Peyton Raksy

Di media vuelta y me senté sobre la cama. Mi cabello estaba recogido. Era más sencillo de mantener la mirada con él. Los guantes negros ocultando mis pálidas manos, me encantaban, ya que Aleksander no se preocuparía por mí. Sin tener que gritar, se acercó para observar todo lo que sus ojos podían visualizar en un par de movimientos.

—¿Qué haces? —preguntó, confuso.

—Estás en la habitación del placer —recité las palabras que me memoricé por si venía algún cliente en busca de humillación—. Aquí mando yo. Tú obedeces.

Alcé mi brazo, lo señalé y bajé con lentitud al mismo tiempo que su cuerpo quedó arrodillado bajo el suelo; él también interpretó el papel de hombre humillado. Separé mis piernas, dejándole ver que bajo el uniforme que vestía no había ninguna prenda de ropa interior.

Si jugaba como una puppen, Aleksander se alejaría de mí.

Seguí seria, con los labios fruncidos. Él empezó a desnudarse, y me mostró como su duro y grande miembro se alzaba por encima de su vientre.

Yo también estaba excitada y furiosa al mismo tiempo.

Aleksander no podía disfrutar.

¡No!

—¿Sabes quién soy yo? —le pregunté, mientras que me levantaba de la cama con un pequeño látigo que solían dejar bajo la almohada.

—Peyton.

Incorrecto.

Allí no era Peyton Raksy.

Era una puppen.

Una buena y asquerosa puppen.

El no conocía las normas básicas, así que tuve que enseñárselas con la práctica; por desobedecer, su espalda quedó marcada con una línea curvada en su maravillosa piel bronceada. Mi mano guio el juguete doloroso una vez más a su cuerpo. Sus manos se aferraron al suelo, intentando clavar sus cortar uñas en algún lugar para deshacer su ira e impotencia por no saber qué estaba sucediendo conmigo. Con cuidado, me miró de reojo y movió sus labios con la intención de decir algo. No escuché nada. Bajé un poco más mi cuerpo y decidí darle esa oportunidad.

—Lo siento —siguió el juego; el puto y morboso juego de Fotze Love—. Lo siento mi señora.

Terminé calentándome.

Excitada ante sus palabras educadas.

—Eres como mi perrito. Un perro que obedece a su ama.

—Sí — dijo —, mi señora.

Volví a sentarme, pero esta vez con las piernas abiertas y una a cada lado de Aleksander. Sus oscuros ojos se clavaron directamente en los míos, cuando se dio cuenta que estaba haciendo algo mal, quedó cabizbajo mirando mis preciosos zapatos. Cogí con suavidad su mejilla, y la levanté para seguir viéndole. Acerqué su rostro al mío tirando de aquella metalizada cadena que acomodé alrededor de su cuello y rompí el espacio entre nuestros labios. Su lengua recorría cada rincón de mi boca. Sentía cada caricia húmeda, y como la falda se mojaba por mi sexo ante cada jadeo que solté inconscientemente. La habitación empezó arder. Los culpables eran nuestros cuerpos. Le ordené que quedara recostado sobre el colchón, y lo hizo. Apoyó ambas manos y con su propia rodilla alzó su cuerpo. Cuando por fin se encontraba boca arriba, gateé hasta él, lamiendo su piel con mi lengua. Quedé enfrente de aquel duro y ardiente miembro. Danzando de un lado hacia otro.

Me necesitaba y no lo iba a olvidar. Lo cogí con sumo cuidado y arropé la punta con mis labios. Escuchaba sus suaves y profundos gemidos. Tiraba de las sábanas con la intención de no hacer ningún movimiento brusco. Introduje todo su enorme miembro cálido en mi boca y moví mi cabeza de arriba abajo.

Le gustaba y deseaba desesperadamente poder marcar los movimientos.

Estaba prohibido cogerme del cabello y dar pequeños tirones.

Rodeaba aquel músculo con mi lengua, masajeando sus testículos y succionando cada lágrima que nacía de aquella maravillosa polla. Cuando su cuerpo empezó a moverse con ayuda de sus piernas -con el fin de introducir más adentro su miembro- le golpeé en el pecho, volviendo a dejar la misma marca rosada enrojecida por el látigo. Enfurecida y cansada de hacerle saber que él no mandaba, aprisioné sus muñecas en unas esposas. Estaba paralizado, atado al cabezal de cama.

Me moví con rapidez y quedé con las piernas abiertas, la falda subida y sobre su rostro.

—Abre la boca —ordené. —Lame.

De nuevo obedeció. Su lengua acariciaba mi húmedo sexo. Lentamente, rodeando el clítoris y separando los labios íntimos. Sabía lo que hacía incluso sin manos. Movía mi cabeza intentando no perder la cordura. Sin darme cuenta, mi cuerpo empezó a moverse sobre su boca. Quería seguir sintiendo su lengua dentro de mí. Apoyé mis manos sobre la pared, y me balanceé con fuerza. Apreté las piernas sobre cada lado de su cabeza. Gemía enloquecidamente cada vez que su barba de unos días, tocaba lo que más ardía en mí.

El sonido de la cama resonaba por toda la habitación. Sólo le di importancia si el hombre que había bajo mi cuerpo respiraba o no. Me moví cada vez más rápido, golpeando la pared con mi puño cerrado. En cualquier momento podría acabar en su boca, y era algo que no quería. Conté hasta tres y bajé mi sexo hasta tocar su fuerte abdomen. Limpié sus preciosos y carnosos labios con mis dedos. Apoyé mi pecho sobre el suyo y lo besé.

Lo besé con una gran necesidad que ordenaba mi corazón incluso siendo aquel preciso momento un corazón frío que tenía la necesidad de alejarse de él.

—Gatita...

—¿Qué has dicho?

—Si voy a follarte, no me importa el papel que tenga que interpretar.

Froté mi entrepierna por su cuerpo y quedé a la altura de la suya.

—Está muy dura —susurré.

—Por favor, mi señora—soltó, furioso.

Cogí el tarro de mermelada y callé sus palabras con un poco de ese exquisito manjar. Me encantaba saber que quería más de mí. Ser capaz de suplicar algo que necesitaba con sus mejillas sonrojadas haciéndole más atractivo. Consiguió hacerme sentir una diosa. La mujer que controlaba su miembro. Alguien que decidiera si eyaculaba o no. Levanté mi cuerpo y me penetré yo sola con su polla.

Bajando mis caderas hasta sentirlo por completo dentro de mí. Me encantaba su dureza. Me enloquecía. Moví mis caderas con brusquedad, intentando terminar lo que su lengua empezó. Saltaba sobre su cuerpo, dejando las marcas de mis manos sobre sus abdominales.

—Me gusta follarte contigo —confesé, olvidando que en aquel momento era una puppen perra.

Clavé mis uñas sobre su cuerpo, sintiendo pequeños espasmos, sabiendo que todo acabaría pronto. Estaba corriéndome. Dejando sus piernas humedecidas y cayendo con desesperación sobre su cuerpo. Abrí mis ojos hasta encontrarme con los de aquel hombre que sería sumiso por una noche. Él necesitaba liberarse. Le di la espalda, y me senté más cerca de su rostro. Agarré aquella polla y empecé a moverla rápidamente.

Aleksander alzó mi cuerpo con el suyo, tirando del cabezal de la cama, y gritando de placer. Salió un buen chorro de semen que salpicó mi cuerpo y el suyo con gotas de sus lágrimas varoniles. Seguí moviendo su miembro, consiguiendo ver esos ojos que tanto me gustaban cerrados.

Miré por encima de mi hombro, y atrapé un poco de aquel blanquecino líquido para lamerlo sobre mi dedo. Bogdánov se torturó con sus dientes, quedando sorprendido de lo que yo era capaz de hacer. Volví a coger un poco más sobre su pecho y seguí lamiendo mis dedos.

—Es hora de irte.

Acabó nuestro juego sexual.

Era la hora de decir adiós.

Capítulo 25

Aleksander se subió los pantalones.

—Si es tu forma para alejarme de ti —dijo, con la voz ronca —, vas por el camino equivocado, gatita.

Tenía que apartarlo de mi lado. Mentirle. Mantenerlo a salvo junto a su hermana para que Steffen ni Andrea les hiciera daño. Arreglé mi cabello, limpié mis labios e intenté caminar hasta él de una forma seductora. Posé mi mano sobre su hombro, clavé mis ojos en los suyos marrones, y solté las palabras adecuadas para alejarlo de mí.

—Este es mi trabajo, Aleksander —quizás, si conseguía que me odiara...lo perdería de vista—. Vendrán mil hombres, y todos se irán satisfechos como tú.

—Peyton...

Su sonrisa se encogió.

—Será mejor que te marches. O Steffen te sacará mil euros más.

Era testarudo.

Difícil de convencer.

¿Cómo podía desearme después de insinuarle que me acostaría con más hombres?

—¿Eso quieres? ¿Jugar a las mentiras? —Esperó una respuesta, y no tuvo ninguna. Su risa me sorprendió—. ¡Está bien, gatita! ¿Quieres que me marche? ¿Qué me olvide de ti?

Hacia unos meses hubiera gritado un sí rotundo, en la actualidad, era imposible que quisiera alejarme de él.

—Me tomaré tu silencio como un sí —alzó mi rostro por la barbilla—. Tendré que llevarme a otras mujeres a la cama, ya que tú no me quieres en la tuya.

Se apartó de mi lado, dejándome helada.

Lo vi alejarse.

Sentí frío.

Lo quería cerca de mí.

Pero no era posible.

—Aleksander —susurré, con la voz rota.

Éste se detuvo.

Me escuchó.

—¿Sí, gatita?

«Tienes que ser fuerte, Peyton»

Bajé la cabeza y me mordisqueé el interior de la mejilla.

—No olvides cerrar la puerta al salir, por favor.

«¡No!»

—Está bien.

Sus últimas palabras sonaron frías.

Al parecer, no sólo lo había alejado de mi lado, lo perdí junto a la poca confianza que gané.

Eran las tres de la madrugada y no podía dormir. Rodé mi cuerpo por la cama hasta encontrar un rincón donde pudiera cerrar los ojos. Cuando lo hice, alguien golpeó sus nudillos contra mi puerta. Me obligué a levantarme de la cama, a cubrirme con un camisón de seda y abrí la puerta para encontrar al individuo que seguía despierto como yo. A un par de metros se encontraba una mujer alta, extranjera y llevaba junto a ella una fotografía que ocultaba con sus manos.

Ella rompió el silencio.

—¿Buscabas a Ruby?

«Dios mío...»

Quedé en shock.

Por suerte conseguí reaccionar.

—Sí.

La mujer me tendió una fotografía de mi hermana; era Ruby. Su rostro era más maduro que la última vez que la vi. Sonreía forzosamente. Su cabello estaba más largo y ondulado. No estaba sola, la acompañaban cinco hombres que ocultaban su rostro con enormes máscaras negras para esconder su identidad.

—¿Por qué? —preguntó, con un acento que no identifiqué.

—Es mi hermana.

—¿Eres Peyton?

¿Ruby les habló de mí?

—¿Dónde está?

—¿Dónde está? —repitió.

—Sí —estaba emocionada. Limpié una lágrima traicionera—. ¿Dónde está mi hermana?

—Ruby...

Y de repente nos interrumpieron.

—Shaska —la voz de Steffen la asustó—, ¿no deberías estar en la planta dos? Tu turno no ha terminado —me miró a mí— y Peyton debería estar descansando. Ha sido un día duro para su primera vez en Fotze Love.

La mujer se inclinó para ocultar la fotografía.

—Lo siento —fue lo único que dijo.

—¡A trabajar! —gritó Steffen!

Shaska, que fue el nombre que pronunció Steffen, salió corriendo. Nos dejó a solas e intenté no hacerme pequeña como las demás. No podía temer a aquel hombre. Rebecca soportó sus

golpes, pero yo no lo haría.

—¿Puedo preguntarte cómo ha ido la visita de Aleksander?

Lo acababa de hacer.

Era un imbécil.

—Lo alejé de aquí. Imagino que era lo que querías.

Steffen se sintió orgulloso.

Acarició mi cabello como si se tratara del pelaje de un perro.

—Buena chica. No quiero al hermano de mi esposa rondando por aquí —no tardó en asomar una sonrisa de su rostro—. ¿Y Andrea?

—¿Andrea?

—Sí, el hermano de Ruby. Tu hermanastro.

Al parecer estaba al tanto de todo.

—Andrea y tú sois muy buenos amigos, ¿cierto?

—Más o menos —se arrimó a mi cuerpo—. Él me consigue la dosis perfecta para mis puppens —de su bolsillo sacó el polvo blanco que esnifó Andrea cuando pidió mis servicios. Cuando intentó agredirme, agradecí que el SDA que consumió lo dejara inútil—. Para ti.

Negué con la cabeza.

—No pienso drogarme.

—No estaba preguntándotelo, cariño —volvió a insistir—. Es una orden.

«Mierda.»

—¿Por qué?

—Para que descanses —besó mi mejilla—. ¡Vamos, Peyton!

Estaba acorralada.

Me encogí.

Era débil ante Steffen.

Dejé que marcara una raya en mi mano y la esnifé delante de sus narices.

—¿Contento? —pregunté.

Sentí como sangraba por la nariz.

—Dulces sueños, puppen.

Cerró la puerta una vez que empujó mi cuerpo en el interior de la habitación. Busqué la cama antes que me hiciera efecto la droga que consumí. Mis ojos se cerraron. La oscuridad inundó las cuatro paredes. Pensé que me quedaría dormida, pero me mantuvo despierta.

Tuve la sensación de no estar sola.

Y no lo estaba.

—¿Pey?

Era la voz de Ruby.

Se me aceleró el corazón.

Quise levantarme de la cama, pero no podía moverme.

—¡Ruby! ¡Estoy aquí, Ruby! —grité.

Unas manos se encargaron de cubrirme con una manta.

—Estás temblando, hermanita.

Su dulce voz me puso el vello de punta.

—¿Dónde has estado? Llevo meses buscándote.

—Lo sé. Y lo siento, Pey. No me odies.

—No te odio. Nunca te odiaría.

—He hecho cosas terribles.

—No importa.

—¿Pey?

—¿Dime?

—Te quiero.

—Y yo a ti, cariño.

Su voz se alejó.

—¿Ruby?

Silencio.

—¿¡Ruby!?

¿Había sido real?

¿Shaska la avisó?

Capítulo 26

Desperté en una de las habitaciones que solían usar las puppen cuando se quedaban a solas con un cliente. Yo no estaba sola. Si se tomaron la molestia de llevarme hasta ahí dormida, era porque había alguien esperándome. Y no me equivoqué. En el fondo de la habitación había un hombre sentado mientras que leía un libro con normas del club en francés.

—¿André?

—Bonjour, Peyton.

Me dolía la cabeza. Alcé mi cuerpo con cuidado del colchón y esperé a que André se acercara, ya que yo no podía avanzar hasta él. Acomodó un par de almohadas detrás de mi espalda y me recostó con cuidado. La droga que me dio Steffen me dejó débil e inútil. Por suerte, el cliente de esa mañana, era de fiar.

—No te esperaba.

—Llevo diez horas recorriendo la ciudad en busca de respuestas. Y —empezó con una sonrisa—, he conseguido unas cuantas. Aunque no te gustarán, Raksy.

—Tú dirás.

Removió nervioso su cabello y soltó la guinda del pastel.

—Uno de los antiguos empleados del cementerio *Nürnberg*, encontró a un par de hombres desenterrando un cuerpo. Cuando informó a sus superiores, lo despidieron por hacer preguntas.

No era posible.

—¿Por qué no denunció?

—Porque cuando se presentó en la comisaría, descubrió que la persona que le hizo la autopsia al hombre que se llevaron, estaba muerto. Era el señor Liselotte Mättig.

No era posible.

—Intentas decirme...—se me secó la boca.

—Tu hermana estaba muerta, Peyton. Sacaron su cuerpo sin vida.

—No —me moví como pude, pero no conseguí salir de la cama—. Es imposible. Imposible. Imposible —se me colapsó el cerebro. —¡Imposible!

No podía respirar.

Cerré los ojos y esperé a que todo dejara de dar vueltas.

Pero no sucedió.

André me sostuvo y tiró de mi cuerpo. Necesitaba salir corriendo y buscar a Ruby.

—Está viva —dije, para que éste me creyera.

—Ruby murió, Peyton.

—No.

—Tienes que escucharme.

—¡No! —grité—. Anoche estuve con ella.

—Es imposible.

—¡Escúchame! Me habló. Me dijo que me quería.

—¡Basta! —me cortó—. Deberías escuchar a las personas que te rodean. Aleksander, tenía razón, ¡joder! Ruby se quitó la vida. Él estaba delante de ella y no fue el culpable de su muerte — André me dejó sin palabras—. Gwen se metió en este maldito prostíbulo para encontrar la verdad y, cuando lo hizo, la mataron. ¿Me estás diciendo que murió en vano? Ella querría que estuvieras lejos de aquí. ¡No la olvides!

—Tengo que vengarme...

Me zarandeó con tanta fuerza, que sentí un terrible dolor en el cuello.

—Si mueres, no podrás encerrar a esos hijos de puta que las mataron. Desde fuera tendremos respuestas —André sufrió con la misma fuerza que yo la pérdida de Gwen—, pero desde dentro, sólo habrá sangre. Tenemos que irnos, Peyton.

¿Y si tenía razón?

¿Y si mi venganza estaba fuera de Fotze Love?

¿Habría condenado a Gwen por mis paranoias?

Porque si era así, estaba perdida en ese mundo.

—Está bien —acepté.

André me cubrió con su abrigo, y pasó mi brazo por encima de sus hombros. Seguía débil, pero nada me impediría seguir caminando.

Salvo el cabrón que me ocultó la realidad que estaba buscando.

—¿Adónde vais? —preguntó Andrea, apoyándose en el marco exterior de la puerta.

Yo no dije nada.

—Será mejor que nos dejes salir —André estaba furioso —o llamaré a la policía.

—¿Lo dices en serio?

Soltó una carcajada.

Miré a Andrea.

—Por favor.

—No —sacó un arma—. Lo mejor será que os quedéis aquí.

No teníamos salida.

André me soltó y se lanzó sobre Andrea para que pudiéramos salir del lugar que esclavizaba a menores con la droga que mi hermanastro le conseguía a Steffen. En el forcejeó, el francés acabó en el suelo. Andrea me mostró el arma y como guio el cañón hasta la frente del hombre que tenía bajo su cuerpo.

—Debería matarlo, Pey.

—No —supliqué—. Deja que se marche, Andrea. Yo me quedaré.

—Mientes.

—Te lo dijo la verdad.

Andrea negó con la cabeza.

—Has conseguido que me cabreé, amore.

Golpeó con tanta fuerza a André, que quedó inconsciente.

—¿Por qué?

El francés no le hizo nada malo.

—Porque has jodido mi negocio.

No tardé en acompañar a André en el suelo. Andrea se lanzó sobre mí e impactó su puño en mi ojo.

Capítulo 27

Algo impedía que me moviera; mi propio cuerpo no reaccionaba.

—He tenido que drogarte. Estabas muy nerviosa.

Andrea se encontraba tumbado junto a mí. Podía ver por el rabillo del ojo como sostenía un cuchillo afilado entre sus dedos. Lo movía sin cesar. Intenté hablar con él, pero fue imposible. Mi voz se apagó y mis labios quedaron sellados.

—No sé si contarte la verdadera historia de nuestra hermanita —rio—, porque la versión adulta ya la conoces, ¿verdad? Ruby se hizo puta de lujo y estuvo cuidando de mí. Ni siquiera se acordó de Pey, la hermana buena que la cuidaba y se preocupaba por ella. Cuando conoció a Aleksander, ese alemán idiota que te follas, Ruby perdió la cabeza. Pensaba en él las veinticuatro horas del día —gruñó—, y olvidaba lo más importante... ¡El trabajo!

Gritó cerca de mi oído.

Entrecerré los ojos y empujé la lengua al exterior, pero fue imposible.

Tampoco me di por vencida.

—Steffen nos trató bien. A ambos —recordó su negocio, exactamente el mismo que lo alejó de su padre e hizo que se ocultara en las viejas calles de Italia—. Es buen hombre, pero pierde fácilmente la cabeza. Se encaprichó con Ruby, al igual que Bogdánov. Así que una noche, me llamó desesperado y me pidió la droga americana que conseguí hace unos años. ¿Sabes lo bueno del SDA? —esperó a que respondiera, pero fue imposible—. Está bien, no hables, pero escúchame con atención —besó la coronilla de mi cabeza—. Si aplicas una pequeña dosis, alucina. Si esa pequeña cantidad la suministras diariamente, esa persona perderá la memoria. Si doblas la dosis, tendrás un muñeco manipulable. Y, si triplicas la droga en vena, tendrás un puto fiambre. Así acabó nuestra hermana. Muerta, drogada y tendida ante los pies de Aleksander Bogdánov.

»Ella estaría orgullosa. ¿Sabes por qué, Pey? —silencio—. Porque Ruby quería joder a ese hijo de puta. Y nadie se lo impidió. Se presentó delante de él, recitó uno de los poemas favoritos de Bogdánov, y se quitó la vida. Eso sí...alguien la obligó a hacerlo. ¿Quién? Lo descubrirás

pronto.

Andrea se levantó de la cama, recorrió la habitación y volvió a acercarse hasta mí con un vaso lleno de agua. Me lo arrojó, golpeó mis mejillas con sus manos y cuando volví a conseguir la movilidad de mi cuerpo, me alzó para dejarme de pie.

—¿Dudas?

—No está muerta. Ella no puede estar muerta —gimoteé.

A unos metros de mis pies descalzos, se encontraba el cuerpo de André inconsciente; todavía no había despertado.

—¿Por qué crees eso?

Andrea escondió un par de mechones de mi oscuro cabello detrás de la oreja.

—Anoche estuvo a mi lado —confesé, con temor—. Y Gwen la encontró.

—Lo de Gwen es cierto. Ruby está aquí. Se encuentra en la quinta planta —apuntó al techo. Recordé ese piso; era el lugar donde se practicaban los fetiches más extraños del Fotze Love y de toda Alemania—. Sobre que ella estuviera junto a ti anoche, eso fueron alucinaciones por la droga que te dio Steffen.

—No puede ser.

Realmente Ruby sí estaba muerta.

Pero, ¿por qué desenterraron su cuerpo?

—¿Andrea?

—¿Amore? —se burló de mí.

—¿Por qué dices que nuestra hermana se encuentra en el quinto piso del burdel?

Atravesó su maldito rostro con otra sonrisa y me respondió.

—Por órdenes de Bogdánov.

¿Aleksander?

No, no era posible.

—¡No! —alcé la voz.

Me negaba a creer una vez más que Aleksander era el verdadero asesino de Ruby y, menos, cuando me había enamorado de él.

—Siento tener que ser yo quien te diga esto, hermanita...pero Bogdánov es un puto psicópata con una polla inquieta.

—No entiendo nada —dije, con lágrimas en los ojos.

Andrea dejó de acariciar mis temblorosos brazos, enredó su mano en mi cabello y tiró con tanta fuerza que acabé tirada en el suelo. Me obligó a ir detrás de él a gatas, y avanzamos por uno de los pasillos en el que se encontraba el ascensor de las puppen. Mis gritos fueron música para sus oídos. Subimos hasta la quinta planta, y siguió arrastrando mi cuerpo hasta una puerta plateada.

Había un enorme cartel con el nombre de la habitación.

AMOR ETERNO

(5°)

—Ahí —dijo, tirando de mi cabello—, justo ahí —golpeó la puerta con el puño—, se encuentra Ruby.

—Ru-Ruby—tartamudeé su nombre, sabiendo que sería la última vez que lo haría.

Capítulo 28

La habitación estaba helada.

Andrea soltó mi cabello y esperó a que me reincorporara del suelo. Observé las cuatro paredes que nombraron «Amor eterno». En el centro, una enorme cama de hielo, estaba siendo ocupada por una joven que tenía el rostro oculto. El hedor a podrido me revolvió el estómago. De repente, un hombre que no esperaba tener voyeurs, se acercó hasta la chica y le apartó el velo que borraba su identidad. Me acerqué con cuidado. No quería llamar la atención de nadie. El cliente, mientras tanto, posó sus labios sobre los de ella. Cuando conseguí ver el rostro de ambos, solté un grito de dolor. La mujer que había sobre la cama de hielo, tendida bajo el cuerpo del padre de Aleksander, era mi hermana pequeña. Ruby estaba muerta, siendo manoseada por Eckbert.

Intenté abalanzarme sobre él, pero Andrea me lo impidió.

Me tiró al suelo y me obligó a mirar la escena que estaba a punto de practicar Eckbert con el cuerpo de mi hermana.

La desnudó lentamente mientras que ignoraba mis gritos. Se tumbó sobre su cuerpo helado y paseó su miembro por las delgadas y destrozadas piernas de ella.

—Te lo dije, Pey —Andrea limpió mis lágrimas —, nuestra querida hermana es una puta. Y no una puta cualquiera... ¡la mejor puta que podrían tener en Fotze Love!

—Por favor —supliqué, cerrando los ojos—. Suéltame, Andrea.

Siguió obligándome a observar la escena que quedaría marcada de por vida en mi cabeza.

—El señor Eckbert Bogdánov es el mejor cliente de Ruby —siguió manteniendo mi rostro en alto y con la otra mano me abría los parpados—. Paga miles de euros a la semana para estar un ratito a solas con ella.

Siempre pensé que el padre de Aleksander era un hombre de fiar y que su hijo menor era un depravado por haber acogido a una chica joven que se encontraba perdida en una enorme ciudad de Alemania. Y estuve muy equivocada.

—¡Basta! —insistí.

Andrea me meció.

—Cuando el cuerpo de Ruby se descomponga en unas semanas, el gran show de Fotze Love

terminará. La necrofilia es el fetiche más cotizado en la quinta planta.

—Es tu hermana, Andrea —mis lágrimas no lo detuvieron, ni siquiera a Eckbert—. ¿¡Por qué!?! Dime, por qué.

—El dinero. Siempre será el dinero.

El viejo Bogdánov siguió masturbándose mientras que mi llanto resonaba en las heladas paredes de la habitación de «Amor eterno». Estaba viviendo la peor pesadilla que ningún ser humano merecía tener.

—Hay una manera para detener este momento tan incomodo —Andrea capturó el lóbulo de mi oreja con sus dientes.

Cerré los ojos.

—¿Cuál?

—Matándote.

Tragué saliva.

Perdí a mi hermana.

A mi mejor amiga.

Y me metí en la boca del lobo sin pedir ayuda a la única persona que me hubiera sacado de aquel problema y vengar la muerte de mi hermanita.

No me quedaba nada.

No ayudaría ni a mi madre, ni a mi padrastro.

Ya nada tenía sentido.

—Mátame —dije, las palabras mágicas—. ¡Mátame, Andrea!

Eckbert dejó de tocar su miembro para mirarme.

Era el momento de decir adiós.

Capítulo 29

Aleksander Bogdánov

—¡Te lo dije! —celebró Charlie, cuando el teléfono móvil sonó.

Realmente, hicimos bien en contactar con André, ya que era el único que entraba en Fotze Love sin levantar sospechas. Al principio desconfió de nosotros, al igual que el bando que lo encaró, pero después no dudó ni un instante en pedirnos ayuda si conseguía sacar a Peyton de aquel maldito burdel. Estaba convencido que no se encontraba allí por voluntad propia, algo la retenía; sus ganas de vengarse.

Sentí un fuerte golpe en el pecho, y observé como Charlie arrugó la frente. Lo miré con una ceja alzada y éste me recordó que la llamada de André seguía sonando.

—Tú dirás —dije, al descolgar la llamada.

Al principio, sus balbuceos, se escuchaban lejanos. Después, arrastró sus labios hasta el altavoz y se tomó unos segundos para hablar con claridad. Parecía cansado, herido y derrotado en todos los sentidos.

—Se...la...han...llevado —soltó, pausadamente.

Charlie agrandó los ojos.

Sabía que algo iba mal.

—¿Dónde estás?

—Dentro... —respondió—. Pero...estoy...herido.

—Entraremos por la fuerza —Charlie intentó tranquilizarlo, pero los tres sabíamos que no sería fácil colarse en el interior—. Necesitamos tu ubicación. Una planta. Un número de habitación. ¡Algo!

Mi amigo empezó a perder los papeles más pronto de lo que llegué a imaginar.

Acomodé mi mano sobre su hombro y le pedí que se tranquilizara. Mientras tanto, André buscó en su cabeza la ruta que hizo para llegar hasta Peyton, cuando localizó la habitación donde quedó encerrado junto a ella, nos soltó la información.

—Cuarta...planta...—tragó saliva—. Habitación veintinueve —fui a descolgar la llamada, pero André me lo impidió. —Ahí me encuentro yo. A ella se la llevó Andrea.

—¿Andrea? —repetí su nombre.

«Hijo de puta» —pensé, inmediatamente al nombrarlo.

Tuve que aprovechar que André se encontraba un poco mejor y podía dialogar con más fluidez.

—¿Crees que...?

Me cortó.

—Escuché que la llevaría a la quinta planta.

—¡Genial! —exclamó Charlie.

—Venid rápido. Algo gordo sucederá.

Colgó la llamada.

Charlie y yo dejamos el coche aparcado a un par de manzanas del Fotze Love, y nos dirigimos hasta el prostíbulo de lujo. Por el camino, planeamos un sencillo plan para que todos saliéramos con vida del lugar. Mi amigo iría a por el francés, y yo...a por Peyton. Cuando detuvimos nuestros pasos en la entrada, Charlie abrió con fuerza las puertas de la propiedad. No tardaron en aparecer los hombres que me detuvieron la primera vez. Pero en aquel momento todo fue diferente. El loco que tenía a mi lado, sacó un arma y los amenazó.

—¡Al suelo! —ordenó—. ¡Vamos!

—¿Qué haces?

Me enseñó la cuerda que llevaba en el bolsillo de su traje italiano.

—Ayer vi una película de un robo. Cogí unas cuantas ideas.

Los ató, dejándolos inmóviles.

—¿Te he dicho que te amo? —pregunté, estirando los labios.

Charlie levantó la cabeza de los hombres que tenía bajo su poder.

—Me lo dices poco —guiñó el ojo—. Pero te lo perdono.

Nos separamos y seguimos el plan que trazamos en segundos; Charlie se bajó en la cuarta planta y yo subí una más. Cuando quedé en el pasillo del piso donde se encontraba Peyton, unos gritos mezclados con música me confundieron. Había varias salas, y todas tenían un nombre.

ARDIENTE VERANO

(5°)

SED DE FAUNA

(5°)

NADANDO CON SIRENAS

(5°)

AMOR ETERNO

(5°)

CONECTADOS

(5°)
HORA DE DESPEDIRSE
(5°)

No estaba seguro que puerta abrir, así que me lancé sobre lo que tenía más cercana. De la puerta que estaba bajo el nombre de “Sed de fauna” salieron un par de pájaros que huyeron desesperadamente. Asomé la cabeza en el interior y encontré la peor imagen que podía visualizar un hombre que creía en la amistad del ser humano con el animal más fiel; el perro. A unos metros de mí, un par de mujeres golpeaban a siete cachorros hasta matarlos. Los hombres que los rodeaban, se masturbaban sin tener el estómago revuelto.

Tenía que encontrar a Peyton.

Esa maldita planta estaba llena de habitaciones con los fetiches más oscuros y asquerosos del ser humano.

Ardiente verano, era un lugar donde la gente ardía hasta que no podía más.

Nadando con sirenas, era un rincón donde encerraban a mujeres y las observaban morir en enormes cubos de agua salada.

Amor eterno, era el rincón donde tenían a una mujer muerta sobre la cama...

—¿Ruby?

No escapé de aquella habitación; al contrario, avancé.

Estaba cerca de la mujer que se quitó la vida ante mis narices, convirtiéndome en sospechoso.

—No —alguien gruñó.

Miré a mi alrededor, y en un rincón de las paredes heladas, se encontraba Andrea sosteniendo el cuerpo de Peyton. Éste me miró, mostró una sonrisa y pegó sus labios en la oreja de ella. Empezó a susurrarle algo mientras que la amenazaba con un arma.

No podía dejar que le hiciera daño.

Así que adentré mi mano en el bolsillo de mi americana y me encontré con la pistola que me tendió Charlie antes de separarnos.

—¡Basta! —le advertí.

Éste no calló.

Así que apreté el gatillo, y dejé que la bala atravesara su hombro. Conseguí alejarlo de Peyton. Andrea se retorció de dolor, e intentó buscar ayuda. Escondí el arma y me acerqué hasta ella. Estaba pálida, con los labios morados y la mirada perdida.

—¿Gatita?

Arrimé su rostro al mío.

—¿Peyton?

Cruzamos nuestras miradas.

Sonreí.

Pero no por mucho tiempo.

—Deseé quedarme dormida. No lo conseguí. Bailé hasta que la luna me dio un beso de buenas noches —empezó a recitar el poema maldito.

Miré a Andrea.

—¿¡Qué has hecho!?! —grité, y sujeté con fuerza los brazos de Peyton que se enredaron en su

cabello para hacerse daño.

Él, se sentó, sostuvo el arma y me miró seriamente:

—Mismo juego, diferente hermana.

—Me arrojé con las sábanas de seda de mi cama y recordé que tenía que decirles a mis seres queridos que quería que cubrieran mi cuerpo con azucenas —ella seguía en shock.

El italiano me tiró un sobre lleno de polvo blanco etiquetado bajo el nombre de SDA.

«¿Drogas?»

—Jódete —soltó antes de sacar un arma de detrás de su pantalón para suicidarse.

Las paredes de hielo se llenaron de sus sesos y sangre.

Me impactó tanto, que Peyton tomó el control de la fuerza que retuve entre mis manos.

—Decidí quedarme dormida. Mi cuerpo, cansado y destruido, quería descansar en paz. Te observé. Te querré. Te he necesitado—Peyton se levantó del suelo, cogió el arma y lo paseó por su pecho.

Intenté avanzar, pero me detuvo.

El cañón dejó de estar tocando su piel, para encañonarme a mí.

—¿Gatita?

Tuve la esperanza de que me escuchara.

—Así que lo único que digo, antes de quedarme dormida es, no vuelvas a recordarme como una persona viva, ya que tu cuerpo y tu mente han decidido dormir para siempre —cambió el poema.

—¿Peyton?

Ella sonrió y me disparó.

Capítulo 30

Peyton Raksy

Apreté el gatillo.

No quería, pero lo hice.

Grité con fuerza, pero Aleksander no pudo escucharme.

Esas pocas palabras que solté, resonaron en mi cabeza y murieron en el interior de mi boca.

Corrí hasta él; estaba herido y perdía demasiada sangre. No quería que muriese, así que intenté salvarle la vida sin saber muy bien qué estaba haciendo. Presioné con mis manos la herida que le causó la bala y con las lágrimas en los ojos observé su hermoso rostro.

—Lo siento —gimoteé, temiendo que fueran las últimas palabras que escuchara de mí.

Aleksander sonrió.

—¿Gatita?

—Soy yo —intenté estirar los labios, pero fue inútil—. No quería hacerte daño.

Empezaba a quedarse dormido.

Por eso no dejé de hablarle.

—No debiste venir a buscarme —gruñí, y seguí derramando lágrimas que humedecían su piel—. ¿Por qué no me hiciste caso?

Tragó saliva.

Y, con los ojos entrecerrados, dijo:

—Porque tú tampoco me hiciste caso —acomodó sobre mis manos cubiertas de sangre—. Yo no maté a...Ruby...

Me di cuenta demasiado tarde.

Una voz, que detesté desde el momento que descubrí la verdad, se acercó hasta nosotros.

—Y tiene razón —Eckbert apareció; con un nuevo traje y la personalidad que me mostró el primer día que lo conocí en las oficinas Lux Bogdánov—. Nunca mataste a esa niña.

—¿Papá?

—Hola, hijo —Eckbert me apartó de Aleksander—. ¿Peyton no te lo ha dicho? Terminamos teniendo relaciones con la misma mujer.

Ellos siguieron hablando, y ese enorme hombre alemán me impidió que ayudara a Aleksander.

—¿La...mataste?

—Fue el idiota del hermano de esas dos —rió—. Se pasó con la sobredosis.

—¿Qué...haces...en este...lugar?

Le confesó la verdad a su hijo pequeño.

—Me siento atraído por los cuerpos dormidos —miró a la cama, ahí seguía mi hermana descomponiéndose poco a poco—. O, mejor dicho, cuerpos sin vida. Es un fetiche que descubrí cuando Steffen me habló de este lugar. Me gustó follarme en vida a Ruby, así que pensé seguir con ella después de la muerte.

«Viejo asqueroso» —pensé.

—Intentaste...convertirme...en su asesino —reclamó Aleksander.

—Sí, estaba celoso.

—¿Por qué?

Aleksander tembló.

Estaba débil.

—Porque mi hijo bastardo siempre conseguía a las mujeres más hermosas —golpeó la herida de él, y Aleksander se retorció de dolor—. Ahora te mataré, y esa puta irá contigo.

Ni siquiera me miró por encima del hombro.

Sacó de su elegante traje oscuro una navaja dorada e intentó trazar una larga línea con el arma sobre el cuello de su hijo. Antes que cometiera aquella barbaridad, cogí el arma que me obligó a sostener Andrea, y disparé.

Acababa de matar a uno de los hombres que estuvo implicado en el asesinato de mi hermana.

Me acerqué hasta los cuerpos de ambos.

Eckbert se movió.

Soltó una carcajada.

Y dijo sus últimas palabras:

—Disfruté follándome a esa puta...

Aleksander sacó la poca fuerza que le quedaba, y descargó todas las balas que le quedaban en su arma.

No pude hablar con él. La policía apareció e inspeccionó la habitación helada. Se encontró con dos cadáveres, un herido y una mujer que seguía arrastrando la droga con la que mataron a mi mejor amiga y a mi hermanita.

Nos sacaron con cuidado del club. Aleksander iba tendido sobre una camilla, mientras que yo, estaba siendo arrojada por uno de los agentes que se encargaba del caso y me hacía preguntas sin respuestas.

Nos cruzamos con dos agentes más que inmovilizaron a Steffen en el suelo mientras que le leía sus derechos. Ese asesino, que colaboró con Andrea y Eckbert, acabaría en prisión cumpliendo la condena de los tres.

Abandonamos el club, nos dejaron en una ambulancia, y observé por la pequeña ventanilla que había como desalojaban a las pobres chicas que explotaron.

Fotze Love cerraría sus puertas para siempre.

—¿Peyton? —la voz de Aleksander me alejó de la felicidad de las jóvenes que trabajaron esclavizadas y bajo las sustancias de una droga que las convertía en muñecas de carne y hueso.

—¿Cómo te encuentras?

El paramédico consiguió retener la hemorragia.

—Sobreviviré.

—Alek...

Me pidió que me callara.

Quería disculparme con él, pero no me dejó.

—Lo hiciste por tu hermana. Lo entiendo —sostuvo mi mano, como el momento en el que pensé que lo perdería—. Yo hubiera hecho lo mismo por Rebecca.

—Intenté arruinarte. Mandarte a la cárcel...—las lágrimas me hicieron parecer inútil, pero sus dedos liberándome de las lágrimas traicioneras, convirtieron el momento humillante por uno dulce y en el que me sentí querida.

—No me arrepiento de haber conocido a Ruby —sonrió—. Si no hubiera sido por ella, jamás te habría conocido. Tienes razón, gatita —soltó las palabras que siempre quise escuchar fuera de mis labios—, era una dulce niña que manipularon.

Rompí la distancia entre nosotros dos, y uní nuestros labios para besarlo con la misma intensidad y pasión que sentí la primera vez que mi corazón latió al susurrar su nombre.

Epílogo

Unos meses más tarde...

Aceleramos nuestros pasos.

Aleksander se encargó de arreglar su corbata, mientras que mis manos terminaron de arreglar el vuelo de la falda. Después de cinco horas sentados en la sala de espera, nuestros cuerpos se encendieron y nos arrastraron a cometer una locura en uno de los baños públicos del hospital. Tuvimos que separar nuestros sexos cuando ambos recibimos una llamada.

Charlie lo llamó a él, y André me llamó a mí.

Rebecca estaba de parto.

Seguimos corriendo y nos detuvimos en la habitación donde descansaba su hermana; Rebecca sostenía a un hermoso bebé. La madrastra de Aleksander le informó de los pequeños detalles, y me acerqué para darles la enhorabuena.

—Es preciosa, Rebecca.

Ella se esforzó para abrir sus ojos entrecerrados.

—Gracias, cuñada. No lo hubiera conseguido sin vosotros.

Aleksander rodeó mis hombros con su brazo.

—¿Cómo se llamará mi sobrina favorita?

Rebecca rio.

—¿Qué te parece Odelia?

Miré a Aleksander, y le devolvió la sonrisa.

—Un nombre hermoso para una niña preciosa.

Se encargó de acunar a su hija y soltó la pregunta que Aleksander y yo llevábamos meses esquivando.

—¿Cuándo os casaréis?

Hubo un largo e incómodo silencio.

—¿Alek? —insistió.

Retuve las ganas de soltar una carcajada. Se separó de mi lado y buscó a nuestros amigos. Al parecer tenía que dar una noticia.

Y no, no era ninguna boda.

—Peyton y yo estaremos unos meses fuera. Necesitamos descansar —me guiñó el ojo—, y había pensado que André podría controlar Lux Bogdánov junto a Charlie hasta que regresemos de nuestras merecidas vacaciones.

—¿Yo? —preguntó André, sorprendido.

—Confío en Peyton —le estiró el brazo—, y sé que serás un buen suplente de director.

André le estrechó la mano.

—Gracias.

Charlie se acercó hasta Aleksander para susurrarle algo que llegamos a escuchar todos a la perfección.

—Con él no puedo hacer chistes de pollas.

Parecía decepcionado.

Golpeó la mejilla de su mejor amigo y le respondió:

—Dejaré que me envíes un mensaje al día hasta que vuelva.

La felicidad volvió a él.

—¿Qué le dice una polla a otra?

—¡Charlie! —gritamos todos, recordándole que había un bebé cerca.

Éste nos dio la espalda ofendido.

Aun así, terminó la broma:

—¡La mía es más grande! —gritó, y salió corriendo.

«Treinta años» —pensé.

Nos despedimos de todos, terminamos de besar la cabecita de Odelia, y Aleksander y yo salimos del hospital cogidos de la mano.

—¿Crees que sospechan algo?

Miré sus ojos marrones.

—¿Qué nuestras vacaciones en realidad es nuestro viaje de novios? —me encogí de hombros—. No creo, amor.

—Te quiero, Peyton Raksy.

—Y yo a ti, Aleksander Bogdánov.

Detuvo su mano en mi vientre.

—Lo del bebé se lo tendremos que contar.

Lo besé apasionadamente para que olvidara aquel pequeño detalle que se nos olvidó comentar a nuestros seres queridos.

—Cuando volvamos.

Éste sonrió, pícaramente.

—Tendrás que hacerme callar con tus juegos, gatita.

—Lo veo justo.

Atrapó mi mano y buscó un lugar para tener intimidad.

Si quieres saber más sobre Melissa Hall
y estar informado permanente de cualquier
novedad, ahora puedes seguirla en sus redes sociales:

- * WATTPAD: <https://www.wattpad.com/user/Itsbeautifulove>
- * INSTAGRAM: <https://www.instagram.com/immelissahall/>
- * TWITTER: <https://twitter.com/ImMelissaHall>
- * LULU: <http://www.lulu.com/spotlight/melissahall>
- * AMAZON: <https://www.amazon.es/dp/108912760X>
- * YOUTUBE: Melissa Hall
- * CORREO: itsbeautifulove@outlook.com

Desde su página de Wattpad podrás comentar libros, compartir opiniones
con otros usuarios y leer libros exclusivos de forma gratuita.

